

José Carlos Mariátegui La Chira
Obras Completas Cronológicas
Volumen 9



Artículos
(1928)

[Introducción y ordenamiento general de las OO.CC. por
Octavio Obando Morán]

Producción cronológica

- .El factor religioso V (Mundial del 6 de ene de 1928). Volumen 2 de las obras completas populares. B-b de Rouillon.
- .El problema de las élites (Variedades del 7 de ene de 1928). Volumen 3 de las obras completas populares.
- .De José Carlos Mariategui a Samuel Glusberg (Carta) (10 de ene de 1928). CORRESPONDENCIA. Tomo II, p.330-332.
- .El factor religioso VI (Mundial del 14 de ene de 1928). Volumen 2 de las obras completas populares. B-b de Rouillon.
- .Una polémica literaria. Botempelli y Malaparte (Variedades del 14 de ene de 1928). Volumen 6 de las obras completas populares.
- .El factor religioso VII (Mundial del 20 de ene de 1928). Volumen 2 de las obras completas populares. B-b de Rouillon.
- . 'Los de abajo' de M. Azuela (Variedades del 21 de ene de 1928). Volumen 12 de las obras completas populares.
- .El factor religioso VIII. (Mundial del 27 de ene de 1928). Volumen 2 de las obras completas populares. B-b de Rouillon.
- .Confesiones de Drieu La Rochelle (Variedades del 28 de ene de 1928). Volumen 5 de las obras completas populares.
- .De José Carlos Mariategui a Nicanor de la Fuente (Carta) (30 de ene de 1928). CORRESPONDENCIA. Tomo I, p.342.
- .Julia Codesido (Amauta, No.11, de ene de 1928). Volumen 6 de las obras completas populares.
- .El alma matinal (Variedades del 3 de feb de 1928). Volumen 3 de las obras completas populares.
- .Vicente Blasco Ibáñez (Variedades del 4 de feb de 1928). Volumen 7 de las obras completas populares.
- .La represión de la vagancia (Mundial del 10 de feb de 1928). Volumen 14 de las obras completas populares.

- .La batalla electoral de la Argentina (Variedades del 11 de feb de 1928). Volumen 12 de las obras completas populares.
- .Waldo Frank, America y España. (Mundial del 17 de feb de 1928). B-b de Rouillón. Volumen 3 de las Obras completas populares.
- .Itinerario de Diego de Rivera (Variedades del 18 de feb de 1928). Volumen 6 de las obras completas populares.
- .Motivos de carnaval (Mundial del 24 de feb de 1928). Volumen 4 de las obras completas populares.
- .Trosky y la oposición comunista (Variedades del 25 de feb de 1928). Volumen 17 de las obras completas populares.
- .El problema de la universidad (Mundial del 2 de mar de 1928). Volumen 14 de las obras completas populares.
- .La aventura de Tristán Marof (Variedades del 3 de mar de 1928). Volumen 12 de las obras completas populares.
- .Estudiantes y maestros (Mundial del 9 de mar de 1928). Volumen 14 de las obras completas populares.
- .La Convención Internacional de Maestros de Buenos Aires (Variedades del 10 de mar de 1928). Volumen 14 de las obras completas populares.
- .De José Carlos Mariátegui a Emilio Roig (Carta) (12 de mar de 1928). CORRESPONDENCIA. Tomo I, p.360.
- .De José Carlos Mariátegui a Mario Nerval (Carta) (14 de mar de 1928). CORRESPONDENCIA. Tomo I, p.361.
- .De José Carlos Mariátegui a la Célula Aprista de México (Carta) (16 de abr de 1928). CORRESPONDENCIA. Tomo I, p. 371-373.
- . 'España Virgen' de Waldo Frank (Variedades del 17 de mar de 1928) B-b de Rouillón.
- .El porvenir de las cooperativas (Mundial del 16 de mar de 1928). Volumen 13 de las obras completas populares.
- .La crisis de la Beneficencia y la cuestión de los asistentes. (Mundial del 23 de mar de 1928). Volumen 11 de las obras completas populares.
- .Ultimas aventuras de la vida de Don Ramón del Valle Inclán (Variedades del 24 de 1928). Volumen 6 de las obras completas populares.
- .La batalla del libro (Mundial del 30 de mar de 1928). Volumen 14 de las obras completas populares.
- .Estación electoral en Francia (Variedades del 31 de mar de 1928). Volumen 17 de las obras completas populares.
- .Defensa del disparate puro (Amauta, No.13, de mar de 1928). Volumen 3 de las obras completas populares.
- .Maetzu, Ayer y Hoy (II parte) (Variedades del 7 de abr de 1928). Volumen 3 de las obras completas populares.
- .En torno al tema de la inmigración (Mundial del 13 de abr de 1928). Volumen 11 de las obras completas populares.

- .De José Carlos Mariátegui a Carmen Saco (Carta) (8 de jun de 1928). CORRESPONDENCIA. Tomo II, p.383.
- .La obra de José Sabogal (Mundial del 26 de jun de 1928). Volumen 6 de las completas populares.
- .El nuevo derecho de Alfredo Palacios (Variedades del 30 de jun de 1928). Volumen 12 de las obras completas populares.
- .Nota polémica (sin firma). (Amauta, No.15, de may-jun de 1928). B-b de Rouillón.
- .La casa de cartón por Martín Adán (amauta, No.15, de may-jun de 1928). Volumen 11 de las obras completas populares.
- .de José Carlos Mariátegui a Samuel Gluberg (Carta) (4 de jul de 1928). CORRESPONDENCIA. Tomo II, p.390-391.
- .Ubicación de Hidalgo (Mundial del 6 de jul de 1928). Volumen 2 de las obras completas populares. B-b de Rouillón.
- .Henri de Man y la crisis de marxismo (Variedades del 7 de jul de 1928). Volumen 5 de las obras completas populares.
- .De José Carlos Mariátegui a Nicanor de la Fuente (carta). (7 de jul de 1928). CORRESPONDENCIA. Tomo II, p.394-395.
- .El problema editorial (mundial del 13 de jul de 1928). Volumen 14 de las obras completas populares.
- .La tentativa revisionista de “Mas allá del marxismo” (Variedades del 14 de jul de 1928). Volumen 5 de las obras completas populares.
- .De José Carlos Mariátegui a Romaind Rolland (Carta) (20 de jul de 1928). CORRESPONDENCIA. Tomo II, p.399-400.
- .Los Artamanov, novela de Máximo Gorki (I parte) (Variedades del 20 de jul de 1928). Volumen 7 de las obras completas populares.
- .Obregón y la Revolución Mexicana (Variedades del 21 de jul de 1928). Volumen 12 de las obras completas populares.
- .El latifundio contra el burgo (Mundial del 27 de jul de 1928). B-b de Rouillón
- .Giovanni Giolitti (Variedades del 28 de jul de 1928). Volumen 17 de las obras completas populares.
- .Nota de Amauta (sin firma). (Amauta, No.16, de jul de 1928).B-b de Rouillón.
- .“Los Artamanov”, novela de Gorki (II parte) (Variedades del 3 de ago de 1928). Volumen 7 de las obras completa populares.
- .Guillermo Ferrero y la Terza Roma (Variedades del 4 de ago d 1928). Volumen 3 de las obras completas populares.
- .El espíritu feudal y la técnica capitalista (Mundial del 10 de ago de 1928). B-b de Rouillón.
- .El gobierno de la gran coalición en Alemania (Variedades del 11 d ago de 1928). Volumen 17 de las obras completas populares.
- .El indio y el mestizo (Mundial del 17 de ago de 19289).B-b de Rouillón.

- .Panait Istrati (III parte) (Variedades del 18 de ago de 1928). Volumen 6 de las obras completas populares.
- .El indio y el mestizo II (Mundial del 24 de ago de 1928). B-b de Rouillón.
- .´La Literatura Peruana´ por Luis. A. Sanches. (Mundial del 24 de ago de 1928).Volumen 11 de las obras completas populares.
- .La influencia de Italia en la cultura hispanoamericana (Variedades del 25 de ago de 1928). Volumen 3 de las obras completas populares (dejó de pertenecer al volumen 3)
- .En defensa de los alumnos del Instituto Pedagógico (Variedades del 31 de ago de 1928). Volumen 14 de las obras completas populares.
- .Política, Figuras y Paisajes, por Luis Jiménez de Asúa (Variedades del 1 de set de 1928). Volumen 7 de las obras completas populares.
- .´Caminos de Santidad´ por Julio Navarro Monzó (Variedades del 8 de set de 1928). Volumen 12 de las obras completas populares.
- .Introducción al proceso de nuestra literatura (Mundial del 14 de set de 1928). Volumen 2 de las obras completas populares. B-b de Rouillón.
- .El centenario de Tolstoy (Variedades del 15 de set de 1928). Volumen 6 de las obras completas populares.
- .El proceso y el debate de la instrucción publica II (Mundial del 17 de set de 1928). Volumen 2 de las obras completas populares. B-b de Rouillón.
- .La critica revisionista y los problemas de la reconstrucción económica (Mundial del 21 de set de 1928). Volumen 5 de las obras completas populares.
- .La filosofía moderna y el marxismo (Variedades del 22 de set de 1928). Volumen 5 de las obras completas populares.
- .La campaña electoral en los EE.UU. (Variedades del 29 de set de 1928). Volumen 17 de las obras completas.
- .De José Carlos Mariátegui a Carlos Arbulú Miranda (Carta) (29 de set de 1928). CORRESPONDENCIA. Tomo II, p.444-445.
- .Aniversario y Balance (Amauta, No.17, set de 1928).Vol. 13 de las obras completas populares.
- .El anti-soneto (Amauta, No.17, set de 1928). Volumen 11 de las obras completas populares.
- .Nueva contribución a la crítica de Valdelomar (Mundial del 5 de oct de 1928).B-b de Rouillón.
- .Esquema de una explicación de Chaplin (Variedades del 6 de oct de 1928). Volumen 3 de las obras completas populares.
- .De José Carlos Mariátegui a Nicanor de la Fuente (Carta) (7 de oct de 1928). CORRESPONDENCIA. Tomo II, p.451.
- .Contribución al planteamiento del problema indígena (Mundial del 12 y 19 de oct de 1928).Volumen 2 de las obras completas populares. B-b de Rouillón.

- .El día de la raza (encuesta). (Variedades del 13 de oct de 1928). Volumen 4 de las obras completas populares.
- .Esquema de una explicación de Chaplin (II parte) (Variedades del 13 de oct de 1928). Volumen 3 de las obras completas populares.
- .De José Carlos Mariátegui a Luis Valcárcel (carta) (19 de oct de 1928). CORRESPONDENCIA. Tomo II, p.459-460.
- .7 ensayos de interpretación de la realidad peruana. (Mundial del 26 de oct de 1928). B-b de Rouillon.
- .Rasgos y espíritu del socialismo belga (Variedades del 27 de oct de 1928). Volumen 5 de las obras completas populares.
- .Al Smith y la batalla liberal (Variedades del 28 de oct de 1928). Volumen 17 de las obras completas populares.
- .Principios programáticos del partido socialista (oct de 1928).
- .Antecedentes de la crítica antimarxista o revisionista (Mundial del 2 de nov de 1928). Volumen 5 de las obras completas populares.
- .H. Hoover y la campaña republicana (Variedades del 3 de nov de 1928). Volumen 17 de las obras completas populares.
- .Aparece el 5 de noviembre 7 Ensayos de interpretación de la realidad peruana
- . Panait Istrati (II Parte): Les Haiducs. Variedades: Lima, 6 de Noviembre de 1928
- .De José Carlos Mariátegui a Samuel Glusberg (carta) (7 de nov de 1928). CORRESPONDENCIA. Tomo II, P.468-469.
- .´Labor´. Presentación. (Labor, No.1, del 10 de nov de 1928). Volumen 13 de las obras completas populares.
- .´Labor´ (Labor, No.1, del 10 de nov de 1928). Volumen 13 de las obras completas populares.
- .Las elecciones en Estados Unidos y Nicaragua (Variedades del 10 de nov de 1928). Volumen 12 de las obras completas populares.
- .Sobre el problema indígena (Labor, No.1, del 10 de nov 1928). Volumen 2 de las obras completas populares. B-b de Rouillón.
- .De José Carlos Mariátegui a Nicanor de la Fuente (Carta) (12 de nov de 1928). CORRESPONDENCIA. Tomo II, p.471-472.
- .Ética y socialismo (Mundial del 16 de nov de 1928). Volumen 5 de las obras completas populares.
- .La crisis ministerial francesa (Variedades del 17 de nov de 1928). Volumen 17 de las obras completas populares.
- .Economía agraria (Mundial del 19 de nov de 1928). B-b d Rouillón.
- .De José Carlos Mariátegui a José Maria Eguren (Carta) (21 de nov de 1928). CORRESPONDENCIA. Tomo II, p.478.
- .Moral de producción y lucha socialista (Mundial del 23 de nov de 1928). B-b de Rouillón.

.Prensa de doctrina y prensa de información. (Labor, No.2, del 24 de nov de 1928). Volumen 13 de las obras completas populares.

.Edward Bello, novelista (Variedades del 1 de dic de 1928). Volumen 12 de las obras completas populares.

.El determinismo marxista (Mundial del 7 de dic de 1928). Volumen 5 de las obras completas populares.

.Rusia: La otra Europa, por Luc Durtain (Variedades del 8 de dic de 1928). Volumen 7 de las obras completas populares.

.La anécdota laborista (Labor, No. 3, del 8 de dic de 1928). Volumen 13 de las obras completas populares.

.De José Carlos Mariátegui a José Malanca (Carta) (12 de dic de 1928). CORRESPONDENCIA. Tomo II, p.485.

.Las economía liberal y la economía socialista (Mundial del 14 de dic de 1928). Volumen 5 de las obras completas populares.

.El problema de la yugoeslavia. Los croatas contra Belgrado (Variedades del 15 de dic de 1928). Volumen 17 de las obras completas populares.

.´Ante el problema agrario peruano´ por Alvarado Solís. (Mundial del 21 de dic de 1928). Volumen 11 de las obras completas populares.

.La América Latina y la disputa boliviano-paraguaya (respuesta a una replica). (Variedades del 29 de dic de 1928). Volumen 12 de las obras completas populares.

.Freudismo y marxismo (Variedades del 29 de dic de 1928). Volumen 5 de las obras completas populares.

.De José Carlos Mariategui a Eudocio Ravines (Carta) (31 de dic de 1928). CORRESPONDENCIA. Tomo II, p.490-492.

.Presentación a “El Movimiento Obrero de 1919”. Folleto de R. Martínez de la Torre. Volumen 13 de las obras completas populares.

- UNA POLEMICA LITERARIA*

Dos abanderados de la nueva literatura italiana, Massimo Bontempelli y Curzio Malaparte han acabado por disputar acremente. Un reportaje de Comedia, de París, en que Malaparte declaró liquidado al d'annunzianismo, ha provocado este conflicto, que desde hace algún tiempo venía incubándose en la polémica entre Stracittá y Strapaese, términos que designan dos polos opuestos, dos tendencias contrarias de la literatura de la Italia contemporánea. Bontempelli ha arremetido destempladamente a Malaparte, negándole el derecho al mote de "novecentista" y mostrándose nauseado por el reportaje.

La disputa personal no tiene, naturalmente, sino un interés anecdótico. La polémica literaria, al calor de la cual ha prendido, merece, en cambio, ser debidamente ilustrada y comentada. No se trata de una de las frecuentes controversias sobre técnica o escuela. El diálogo entre Strapaese y Stracittá refleja una de las contradicciones, una de las antinomias de la Italia fascista. Stracittá (extraciudad) es el lema del novecentismo bontempelliano, cuyo capitán entiende al fascismo como un fenómeno profundamente italiano en su expresión y en su carácter, pero no extraño a las grandes corrientes europeas y modernas. Esta tendencia se alimenta de sentimientos cosmopolitas y urbanos, es imperialista más bien que nacionalista, y no comparte esa aversión a la modernidad en la que tan frecuentemente se complace el espíritu fascista, afirmándose instintiva y violentamente como espíritu reaccionario. Strapaese (extrapueblo) es el lema de un tradicionalismo que se supone apto para interpretar lo moderno a través de algo así como un retorno a lo antiguo. La tradición italiana es -para los literatos de esta tendencia- sustancialmente rural. Bontempelli, cuya revista 900 se subtitula intencionadamente Cuadernos de Italia y de Europa, es el caudillo natural de la primera corriente. Malaparte, en tanto, se ha enrolado en la segunda cuando la oposición entre ambas se había ya planteado, a consecuencia del programa de 900 que obtuvo al principio la adhesión del bizarro autor de Italia bárbara. El suscitador y animador reconocido de la

tendencia strapaesana es Mino Maccari, director del Selvaggio,* quien la explica de esta manera: «Strapaese no se agota absolutamente en una formulita literaria, sino quiere ser la expresión ideal y práctica de aquella Italia clásica, sobria, laboriosa, volitiva, prudente. Strapaese ha sido creado a propósito para distinguir todo lo que de esta Italia es franca emanación, de lo que no siéndolo, aunque con diversas mascaradas simule serlo, se resiente de influencias y contagios de origen extranjero y de doctrinas estéticas incompatibles y en contraste con la naturaleza, con los caracteres y con las tradiciones peculiares italianas; ha surgido para contribuir con vivacidad y con intransigencia a restituir su valor a algunas dotes que, precisamente a causa de las modas y de las andanzas de proveniencia exótica, han ido perdiendo importancia en la consideración de la gente (en especial, por desgracia, sí literaria) esto es: honestidad, sinceridad, fundamento moral y religioso, seriedad sustancial, sentido de armonía, capacidad de seleccionar los valores de la vida y de hacer a cada uno la justicia que merece a cualquier costo. Cosas todas a tal punto elementales y claras como para parecer casi sueños y locuras». [*Salvaje]

Maccari define, en su esencia, la corriente strapaesana como una corriente doméstica, conservadora, nacionalista, campesina. El humor de Strapaese no aparece, por primera vez, en esta polémica, ni es de específica y original propiedad de Maccari y sus amigos. Sus primeras manifestaciones no son por cierto de ahora. Fácil es identificarlas en la conversión de Papini a un catolicismo beligerante y panfletario y en la colaboración con Doménico Giuliotti, de la cual nació el Dizionario dell'uomo salvatico (¿acaso el Selvaggio no es una reiteración de este título?); en la intransigente y romántica antimodernidad del exfuturista Ardengo Sofficci, violento impugnador de todas las herencias y secuelas espirituales de la Reforma; en el neotomismo a lo Rocco de algunos teóricos del fascismo, terriblemente nacionalista que, sin embargo, templaron ideológicamente su tradicionalismo en la lectura de ciertos notorios franceses; y, finalmente, en la complacencia con que Mussolini proclamó hace más de tres años el origen campesino, strapaesano, del fascismo, saludando entusiasta, en un congreso fascista, a los delegados de la "rústica y cuadrada provincia". Aunque la corriente strapaesana encuentre adherentes en Milán, tiene ostensibles raíces toscanas y romañolas y, en general, se la siente muy propia de cierta Italia provinciana y casera que gustó siempre de sentirse en su casa y, a su modo, un poco distante y diversa, si no extraña, de la Europa cosmopolita y modernista. Papini, tan conectado por sus estudios con el pensamiento internacional de su tiempo, conservó siempre un orgulloso sentimiento toscano que, a partir de su enfervorizamiento católico, profesó y confesó abiertamente. Recuerdo la ninguna simpatía con que hablaba de Milán, llamándola la ciudad de la gran industria literaria.

El novecentismo de Bontempelli se guarda de pronunciarse respecto a estos antecedentes de Strapaese. Pero bien se advierte que los dos fenómenos de los cuales procede y a los cuales se dirige -cosmopolitismo y urbanismo- son los más opuestos al nacionalismo ruralista y al provincianismo antañero. Bontempelli, repito, no es nacionalista sino imperialista (el imperialismo contemporáneo requiere elementos y capacidad cosmopolitas). Mientras Malaparte se proclama archiitaliano, Bontempelli se declara archirromano. Lo decía en la presentación de 900: «En el mismo momento en que nos esforzamos por ser europeos, nos sentimos perdidamente romanos».

Bontempelli es Secretario General del Sindicato Fascista de Escritores y Autores. No tiene un riguroso origen fascista; pero el fascismo le ha abierto un largo crédito de confianza. Corre, sin embargo, en la actual aventura el riesgo de la herejía, mucho más que Malaparte, fascista y escuadrista de la primera hora y quien hasta por su tesis Fascismo-Contrarreforma, (aunque entienda al fascismo como contrarreforma en un sentido civil y laico), suscribe la interpretación reaccionaria, antimoderna y nacionalista de la que, sin embargo, se llama a sí misma "revolución fascista".

Mussolini, que en uno de sus más sonados discursos últimos, reafirmó no sólo su agrarismo, sino también su honda antipatía por la urbe industrial, parece inclinarse por el momento, a Strapaese más que a Stracittá.

* Publicado en Variedades: Lima, 14 de enero de 1928.

- "LOS DE ABAJO" DE MARIANO AZUELA*

México tiene la clave del porvenir de la América india. Por esta posesión, el pueblo azteca ha pagado, sin cicatería ni parsimonia, el tributo de su sangre. Tuvo don de profecía Vasconcelos, cuando escogió el lema de la Universidad mexicana: "Por mi raza hablará el espíritu". En México se exaltan y se agrandan prodigiosamente las posibilidades creadoras de nuestra América. El pueblo que primero ha hecho una revolución es el primero que esta haciendo un arte, una literatura una escuela Pueden sonreír los que suponen que la literatura es una categoría independiente de la política del espacio y el tiempo El poder de creación es uno solo. Una época revolucionaria es creadora por excelencia. Es una época de alta tensión en la cual todas las energías y todas las potencias de un pueblo - políticas, económicas, artísticas, religiosas- logran su máximo grado de exaltación.

La pintura, la escultura, la poesía de México son las más vitales del continente. Las de otros pueblos hispano-americanos presentan, en algunos casos, individualidades y movimientos sugestivos y ejemplares; pero las de México tienen la fuerza vital del fenómeno orgánico y colectivo. Las distingue su savia popular, su impronta mexicana.

La Revolución Mexicana ha tenido, en literatura, su período de poesía. Período de cantos a la Revolución. (El "estridentismo" es su batalla literaria característica y Maples Arce su poeta representativo). Los de abajo, la novela de Mariano Azuela, parece ser signo de que la revolución entra, también, en literatura, en su período de prosa. La novela, el relato, fijarán más duradera y profundamente que el verso el carácter y la emoción de la epopeya revolucionaria.

Los de abajo no es todavía la novela de la Revolución A esta novela no será posible llegar sino a través de tentativas preparatorias. Azuela nos revela en su libro tan sólo un lado, un contorno de la Revolución. No desfila, delante

de nosotros, el ejército de la Revolución, sino una de sus columnas volantes. La versión de Azuela, robusta, honrada, violenta, se detiene en la guerrilla, en la escaramuza, en el episodio.

Los personajes de Los de abajo están reclutados entre los franco tiradores o montoneros de la Revolución, no entre sus soldados regulares.

El protagonista Demetrio Macias, que capitanea una banda de montañeses, por ser el más valiente, el más hombre de todos, anda a salto de mata, en armas contra la ley, porque está fuera de la ley como todos sus compañeros. Si sus andanzas lo convierten en general villista es, más que por su instinto de guerrillero, por la astucia del aventurero Luis Cervantes, profiteur* de la guerra civil. [* Aprovechador].

Macias, cuenta así su historia y la de su banda:

«Yo soy de Limón, muy cerca de Moyahua, del puro cañón de Juchipila. Tenía mis casas, mis vacas y un pedazo de tierra para sembrar, es decir que nada me faltaba. Pues, señor, nosotros los rancheros, tenemos la costumbre de bajar al lugar cada ocho días, Oye uno su misa, oye el sermón, luego va a la plaza, compra sus cebollas, sus jitomates y todas las encomiendas. Después entra uno con sus amigos a la tienda de Primitivo López a hacer las once. Se toma la copita; a veces, es uno condescendiente y se deja cargar la mano y se le sube el trago, y le da su mucho gusto. Todo está bueno, porque no se ofende a nadie. Pero que comiencen a meterse con usted; que el policía pasa y pasa, arrima la oreja a la puerta; que al comisario o a los auxiliares se les ocurra quitarle a usted su gusto... ¡Claro, hombre! Usted no tiene la sangre de orchata, usted lleva el alma en el cuerpo, a usted le da coraje, usted se levanta y les dice su justo precio. Si entendieron, santo y bueno, a uno lo dejan en paz, y en eso paró todo. Pero hay veces que quieren hablar ronco y golpeado... y uno es machito de por sí... y no le cuadra que nadie le pele los ojos... Y, si, señor, sale la daga, sale la pistola... ¡Y luego vamos a correr la sierra hasta que se les olvida el difuntito!»

«Bueno, ¿qué pasó con don Mónico? ¡Faceto!. muchísimo menos que con los otros; ¡ni siquiera vio correr el gallo!... Una escupida en las barbas por entro-metido y pare usted de contar... Pues con eso ha habido para que me eche encima a la Federación, Usted ha de saber del chisme ese de México, donde mataron al señor Madero y a otro, a un tal Félix o Felipe Díaz, ¡qué sé yo! Bueno, pues el mismo don Mónico fue en persona a Zacatecas a traer escolta para que me agarraran. Que diz que yo era maderista y que me iba a levantar. Pero como no faltan amigos, hubo quien me lo avisara a

tiempo, y cuando los federales vinieron a Limón, yo ya me había pelado. Después vino mi compadre Anastasio, que hizo una muerte y, luego, Pancracio, la Codorniz y muchos amigos y conocidos. Después se nos han ido juntando más, y ya ve; hacemos la lucha como podemos».

La guerrilla de Demetrio Macías sucumbe en una emboscada, en la misma sierra donde tiempo atrás deshizo a una columna de federales. La acción de la novela constituye un capítulo del episodio villista. Su naturaleza de episodio es patente hasta por el desenlace. El episodio necesita terminar; la historia es siempre una continuación y un comienzo. La revolución está hecha de muchos episodios como el de Los de abajo, pero está hecha también y sobre todo, de un gran caudal de anhelos y de impulsos populares y, después de mucho estrellarse y desbordarse, se abrió el hondo cauce por el cual corre ahora. La guerrilla es un arroyo que baja de la sierra, para perderse a veces; la revolución, un gran río que confuso en sus orígenes, se ensancha y precisa en su amplio curso.

Pero Los de abajo, los montoneros de Mariano Azuela, pertenecen siempre a la revolución. La revolución no puede renegarlos. El montonero, ese hombre listo y bravo que merodeaba por la sierra fuera de la ley, sirvió para medir la miseria y la esclavitud del peón, del campesino, oprimido por la ley. La revolución que, desde antes de serlo, sembró de esperanzas y de anhelos el país, tenía el don de imponer su verbo y de prestar su fe a sus combatientes. El propio profiteur Luis Cervantes, el bachiller arribista que escapa a Estados Unidos con el botín de los saqueos, después de entregar a Macías a la mujer que lo quiere y lo sigue, obedece inconscientemente a una fuerza superior a él. A pesar de su desvergüenza y de su fuga, es un servidor de la revolución. El aprovecha a la revolución pero la revolución lo aprovecha también a él. ¿No es él quien descubre a Macías que su aventura puede insertarse en su gran movimiento y consagrarse a una gran causa? («Mentira que usted ande aquí por don Mónico el cacique; usted anda aquí por don Motra, el caciquismo que asola toda la nación. Somos elementos de un movimiento social que tiene que concluir por el engrandecimiento de nuestra patria. Somos instrumentos del destino para la reivindicación de los sagrados derechos del pueblo. No peleamos por derrocar a un asesino miserable, sino contra la tiranía misma. Eso es lo que se llama luchar por principios, tener ideales. Por ellos luchan Villa, Natera, Carranza; por ellos estamos luchando nosotros...»). La revolución necesitaba estos tinterillos, estos bachilleres, aunque luego la desertasen y traicionasen. Si era posible un Luis Cervantes, era posible también un Atilio Montañés, el oscuro maestro elemental que dictó el programa agrarista a Emiliano Zapata, expresando la más vigorosa reivindicación: de las masas mexicanas.

Nada de esto disminuye, por cierto, el mérito de la obra de Mariano Azuela, gran precursor de la novela americana.

Los de abajo, no le debe artísticamente nada a ninguna literatura. Azuela la ha creado íntegramente con materiales mexicanos. Para algo la revolución de su patria es tan rica en materia y en espíritu.

Pero si se quiere buscarle una equivalencia a esta sobria y fuerte novela, en otra literatura revolucionaria, se podría tal vez encontrarla en cierto grado, en los Cuentos de la Caballería Roja de Babel y, en otro sentido, en Los Tejones de Leonov. Equivalencia he escrito y no parecido ni afinidad.

* Publicado en: **Variedades** el 21 de Enero de 1928. Y reproducido en **Amauta** N° 12: Lima, Febrero de 1928.

- VICENTE BLASCO IBAÑEZ*

En oposición con su pasado imperialista y ecuménico, España es, dentro de Europa, como todos sabemos, un país bastante clausurado y doméstico. Le falta en su presente lo que le sobró en su pasado: universalismo, internacionalismo. Sin la fidelidad y el vasallaje literarios de las antiguas colonias de América, la literatura española de los últimos tiempos habría viajado muy poco. Intelectualmente, España no es una nación exportadora, sino en muy modesta escala.

Por esto, el primer aspecto que conviene destacar en la obra de Blasco Ibáñez es su carácter de artículo de exportación. La literatura de Blasco Ibáñez -y Blasco Ibáñez mismo- constituyen una de las principales exportaciones intelectuales de España en el primer cuarto del 900 como, con gusto italianísimo, se llama ahora al siglo XX. Unamuno y Blasco Ibáñez eran los escritores españoles más conocidos en la Europa que yo visité del 19 al 23. Pero el renombre de Unamuno crecía en profundidad, mientras el de Blasco Ibáñez crecía en extensión. De suerte que éste era mucho más visible. Unamuno disfrutaba de una estimación cualitativa; Blasco Ibáñez gozaba de una popularidad cuantitativa. Unamuno debía su difusión a su donquijotismo señero, a su genio castizo, a su individualismo áspero y, en general, a los elementos esenciales, permanentes, intrínsecos de su obra; Blasco Ibáñez debía su difusión a su ambulatismo mediterráneo, inmigrante, a su buena gracia de valenciano andariego, a su afinidad con los sentimientos de un mundo liberal, democrático y republicano; y en general a los elementos contingentes, temporales, extrínsecos de su literatura. Blasco Ibáñez era el escritor español más notorio no sólo al público sino a los editores, a los periódicos, a los críticos, a los novelistas. Profesaba ideales standarizados que le permitían estar de acuerdo con toda una Europa genéricamente progresista, humanitaria y democrática; escribía novelas de propaganda aliadófila, ampliamente

vulgarizadas por la prensa más numerosa y potente del mundo y por la cinematografía mejor financiada y más industrializada; poseía una villa magnífica en Mentón, tres bibliotecas con cuarenta mil volúmenes, autógrafos de todos los divos del arte y de la política, retratos de todos los monarcas, capotes de todos los toreros; se alojaba en París en el Hotel Lutecia y en Madrid en el Ritz; había visitado la Argentina con Anatole France, de quien lo distinguía, aunque no fuera sino aparentemente, un optimismo radical de valenciano rico, boyante; se le suponía, entre otras propiedades cuantiosas, cotos valencianos, estancias en la Argentina, minas en Patagonia, acciones en el Congo, bonos de los empréstitos chinos.

Blasco Ibáñez jugó siempre a las cartas más seguras: la democracia, el capitalismo, la Entente, la victoria de la Justicia y el Derecho, la novela realista. No podía fallarle ninguna de estas cartas, a menos que viniese la revolución, perspectiva absurda para un hombre tan optimista, casi panglossiano.* [*Locuaz, charlatán, por alusión al Dr. Pangloss, personaje del "Cándido" de Voltaire: encarnación del optimismo].

¿Cómo llegó a ser el novelista más famoso de España? Es evidente, incontestablemente, que escribió algunas buenas novelas; pero también las ha escrito, mejores por cierto, Pío Baroja, quien permanece, sin embargo, casi confinado dentro de las fronteras literarias de su patria, prisionero de sus rústicas costumbres de médico aldeano, solterón y malhumorado. Según una sumaria autobiografía reciente, Blasco Ibáñez quiso ser, de primera intención, marino. Una contumaz aversión a las matemáticas, que persistió en él hasta la vejez -y que lo coloca radicalmente fuera de la línea de Pascal y Descartes-, lo apartó de este destino. Buscó entonces una profesión standard -él mismo lo confesaba- y recordando que, como reza el refrán, «todo español es abogado, mientras no pruebe lo contrario», optó por la carrera del Derecho. La vida de estudiante lo condujo a la política. Su intuición de capitalista larvado, de negociante en embrión, aunque inepto para las matemáticas, lo predisponía contra una institución monárquica llena de resabios absolutistas. Era aún el tiempo en que el republicanismo español conservaba su prestigio intelectual. Blasco Ibáñez llegó a la demagogia más exaltada y turbulenta. Este republicanismo le valió el destierro; pero le valió también a la larga un puesto en el Parlamento. El republicanismo español se revelaba ya como un movimiento malogrado y estéril, al cual el socialismo desposeía poco a poco de sus fuerzas populares. Blasco Ibáñez era un hombre nacido para el poder en una España republicana, capitalista, pingüe, democrática, exportadora al por mayor de vinos, carbón, anchoas, naranjas, alpargatas, hierro, etc., no para envejecerse en la oposición como diputado republicano, en un parlamento inexorablemente condenado a ser disuelto por un Primo de Rivera, dictador

badulaque y jaranero. «Yo pensé -decía Blasco- que había veinte mil españoles que podían ser diputados y llenar su rol tan bien, si no mejor que yo, mientras había tal vez un poco menos de españoles capaces de escribir novelas pasables». La dovela dio a Blasco Ibáñez lo que no podían dar la marina, la abogacía, ni la política: celebridad, dinero, poder, etc. Su nombre tiene derecho a un puesto preferente en un capítulo de la literatura española. Se le llamaba el Zola español. Para serlo de veras le faltaba, sin duda, pasión, romanticismo, originalidad. Ensayó en la novela diversos caminos, coqueteando con agudo sentido práctico, con las tendencias más propicias al éxito y la fama. *La Barraca*, *La Catedral*, *Sónica la cortesana*, *Sangre y Arena*, *Los cuatro jinetes del Apocalipsis*, *Mare Nostrum*,* señalan las principales estaciones de su itinerario un poco versátil y oportunista. Entre los méritos artísticos de sus relatos, vale la pena recordar cierta alegría de naranjos en flor y de huerto valenciano, cierta claridad de *Mar Mediterráneo*, cierto vigor y concisión de novelista latino que representaron, acaso, las cualidades más resaltantes de su literatura. España, quizá por esto mismo, está mucho menos presente en su obra que en la de Pío Baroja. [* *Mar Nuestro*. Así denominaban los antiguos romanos al *Mar Mediterráneo*]

El último capítulo de su vida -episodio de bizarra beligerancia contra Primo de Rivera-, le costó una parte de su fortuna, pero le ganó, en el espíritu hispano-americano, una parte de las simpatías que le enajenaron sus ataques a México revolucionario. Blasco Ibáñez ha terminado su carrera como la comenzó: de combatiente republicano. Hay que reconocerle, entre otras cosas, que sus devociones fueron casi siempre las de un burgués honesto: la Revolución Francesa, los Derechos del Hombre, la fraternidad universal. Me parece innecesario agregar que el poeta de su admiración era Víctor Hugo.

* Publicado en *Variedades*: Lima, 4 de Febrero de 1928.

- LA BATALLA ELECTORAL DE LA ARGENTINA*

Dos grandes bloques electorales se disputarán la presidencia de la república en las próximas elecciones argentinas: el radicalismo, irigoyenista y el radicalismo antipersonalista. El primero sostendrá la candidatura del ex Presidente Hipólito Irigoyen que, muy de acuerdo con la estrategia irigoyenista, no ha sido proclamada oficialmente todavía, pero que desde hace mucho tiempo deja sentir su presencia silenciosa y dramática en la escena eleccionaria. El segundo bloque, en el cual se coaligan "anti-personalistas" y conservadores, votará por la candidatura Melo-Gallo, acordada en la reciente convención del radicalismo anti-personalista después de una porfiada competencia entre los doctores Melo y Gallo, que se resolvió con la designación del uno para la presidencia y del otro para la vicepresidencia.

Concurrirán además a las elecciones, con candidatura propia, el Partido Socialista y el Partido Comunista. Pero, la concurrencia de ambos, sólo tiene por objeto afirmar su autonomía ante los dos bloques burgueses. El comunismo conforme a su práctica mundial asistirá a las elecciones con meros fines de agitación y propaganda clasistas. El Partido Socialista debilitado por un cisma, socavado por el irigoyenismo en algunos sectores de Buenos Aires, su plaza fuerte electoral, y afligido por la pérdida de su jefe Juan B. Justo, una de las más altas figuras de la política argentina de los últimos tiempos, se prepara para una movilización, en la cual le costará mucho trabajo mantener las cifras de su electorado. Se trabaja por rehacer su unidad. Es probable que, a pesar de la rivalidad entre los grupos directores en contraste, se arribe a un acuerdo. Pero siempre, soldada o no a tiempo, la escisión perjudicará irreparablemente la posición del Partido en el escrutinio.

De los bandos burgueses, el radicalismo irigoyenista es, al menos formal-

mente, el más homogéneo y compacto. Tiene la fuerza de la unidad de comando y la sugestión de un caudillo, de vigoroso ascendiente personal. Mas, en verdad, la composición social del irigoyenismo es más variada que la del anti-personalismo. El irigoyenismo representa el capital financiero, la burguesía industrial y urbana y se apoya en la clase media y aún en aquella parte del proletariado a la cual el socialismo no ha conseguido aún imponer su concepción clasista. Es la izquierda del antiguo radicalismo; propugna una política reformista que hace casi inútil el programa social-democrático, prolonga el viejo equívoco radical de que en los países donde el capitalismo se encuentra en crecimiento, conserva sus resortes históricos. Irigoyen, el caudillo taciturno y silencioso, es la figura más conspicua de la burguesía argentina. Pertenece a esa estirpe de políticos de gran autoridad personal que, aún entre los países de más avanzada evolución demo-liberal de Sudamérica, se benefician hasta hoy de la tradición caudillista.

La coalición anti-personalista tiene sus bases en la burguesía agropecuaria, y en los elementos conservadores y tradicionalistas; pero emplea aún, en su propaganda, palabras y conceptos del antiguo radicalismo que le consienten captarse a las fracciones de la pequeña burguesía urbana adversa y reacias al irigoyenismo. Cuenta con el favor del actual presidente, señor Alvear, a raíz de cuya ascensión al poder se produjo la ruptura entre las dos ramas del radicalismo. Dispone de poderosos órganos de prensa y de numerosas clientelas electorales en provincias.

Se dice que Alvear ha rechazado recientemente, proposiciones de paz de Irigoyen, quien, según esta noticia, habría prometido retirar su candidatura, a cambio del desestimiento de Melo y de Gallo, candidatos anti-personalistas. Es evidente, en todo caso, que Alvear reconoce a Melo y Gallo como los candidatos de su partido y que pondrá al servicio de esta fórmula electoral todo su poder.

El régimen demo-liberal se presenta en la República Argentina, robusto y sólido aún. La estabilización capitalista de Occidente que, como ya he tenido ocasión de observar, resulta hasta cierto punto -no obstante la parte que en ella tiene el fenómeno fascista- una estabilización democrática, preserva a la democracia argentina de cercanos peligros. Pero se registran, con todo, desde hace algún tiempo, signos precursores de que el descrédito ideológico de la democracia y del liberalismo se propaga también en la república del sur. Las apologías a la dictadura no escasean, ni Lugones es el único intelectual que ha tomado francamente partido por la reacción. También Manuel Gálvez y otros se entretienen en la alabanza y justificación de los gobiernos de fuerza. Un diario de izquierda -aunque sumamente heterodoxo- como Crítica, ha iniciado la revisión del juicio nacional sobre

Rosas, mediante una encuesta en la cual han sido invitados a opinar intelectuales notoriamente empeñados en reivindicar la fama del famoso déspota. Y, por su parte, los intelectuales izquierdistas de la nueva generación no esconden su absoluto escepticismo respecto al porvenir de la democracia.

De las elecciones próximas probablemente no saldrá comprometido el régimen de sufragio en la República; pero seguramente tampoco saldrá robustecido. Pero la crítica reaccionaria y revolucionaria sacará de estas elecciones una experiencia considerable.

En cuanto a los posibles resultados del escrutinio, todo pronóstico parece aventurado. El partido antipersonalista cuenta con enormes recursos electorales. Pero, por el ascendiente de su figura de caudillo, la victoria de Irigoyen no sería para nadie una sorpresa.

*Publicado en **Variedades**: Lima, 11 de Febrero de 1928.

- ITINERARIO DE DIEGO RIVERA*

A propósito de la novela de Mariano Azuela escribí que no por azar se producía en México el más vigoroso movimiento artístico de América, y que la Revolución Mexicana -fenómeno político y económico- explica y decide este fenómeno estético y espiritual. La biografía del genial pintor Diego Rivera ilustra y comprueba, con maravillosa precisión, tal tesis. Rivera no encontró su estilo, su expresión, mientras no encontró el asunto de su obra. Su vida en Europa fue una apasionada búsqueda, una vehemente indagación. Pero su obra sólo empieza a ser personal cuando la revolución comienza a inspirarla plenamente. Hasta entonces el arte de Diego Rivera no alcanzó su expresión definitiva y autónoma. El gran artista conoció todas las escuelas y estudió todas las corrientes de su época. Ninguna encendió sus potencias creadoras, ninguna sacudió su subconciencia artística como los rudos episodios de la insurrección agrarista. El grito de Emiliano Zapata y la palabra del maestro rural Otilio Montaño llegaron al fondo intacto y latente de su espíritu, que jamás habrían tocado los elegantes evangelios de la estética y la filosofía occidentales.

La autobiografía de Diego Rivera es, desde este punto de vista, el mejor documento sobre el artista y su vida. Por esto, en un número de Forma, Xavier Villaurrutia no ha hallado mejor modo de recorrer la historia de Diego Rivera que siguiendo su propio itinerario autobiográfico. Pero el itinerario mismo, en las exactas y cabales palabras de Rivera, es más expresivo que cualquier paráfrasis. Y, omitiendo sólo las primeras estaciones de la iniciación del artista, quiero copiarlo textualmente en seguida:

1902.- Empezó a trabajar en el campo, disgustado de la orientación de la Escuela, bajo el catalán Frabrés.

1907.- Marchó a España donde el choque entre la tradición mexicana, los ejemplos de pintura antigua y el ambiente y producción moderna española de entonces, obrando sobre su timidez, educada en el respeto a Europa, lo desorientaron, haciéndole producir cuadros detestables, muy inferiores a los hechos por él en México antes de marchar a Europa. En ese año trabajó en el taller de don Eduardo Chicharro.

1908-1910.- Viaja por Francia, Bélgica, Holanda e Inglaterra; trabaja poco. Telas anodinas, de este período y el anterior, son las que posee la Escuela Nacional de Bellas Artes.

Octubre de 1910.- Vuelve a México donde permanece hasta Julio de 1911. Asiste al principio de la Revolución Mexicana en los Estados de Morelos y de México, y al movimiento zapatista. No pinta nada pero en su espíritu se definen los valores que orientarán su vida de trabajo hasta hoy.

Julio de 1911.- Vuelve a Paris y empieza ordenadamente su trabajo.

1911.- Influencias neo-impresionistas. (Seurat).

1912.- Influencias greco-cezannianas.

1913.- Influencias picassianas; amistad con Pissarro.

1914.- Aparecen dentro de sus cuadros cubistas (discípulo de Pissarro) los indicios de su personalidad de mexicano.

1915.- Sus compañeros cubistas condenan su exotismo.

1918.- Desarrollo de ese exotismo (coeficiente mexicano). París.

1917.- Empieza a anunciarse en su pintura el resultado de su trabajo sobre la estructura de la obra de arte y apártanse sus cuadros del tipo cubista.

1918.- Nuevas influencias de Cezanne y Renoir. Amistad con Elie Faure.

1920-21.- Viaje por Italia. 350 dibujos según los bizantinos, primitivos cristianos, pre-renacentistas y del natural.

Setiembre de 1921.- Vuelve a México. Oleos en Yucatán y Puebla; dibujos al choque con la belleza de México. Aparece al fin la personalidad del pintor.

1922.- Decoración del Anfiteatro de la Escuela Nacional Preparatoria. No logra hacer obra autónoma y las influencias de Italia son extremadamente visibles.

1923-1926.- Murales en la Secretaría de Educación Pública y Escuela Nacional de Agricultura de Chapingo. Esta obra comprende ciento sesenta y ocho frescos en donde, poco a poco, se desprende de las influencias y extiende su personalidad, la que según su intuición y su juicio, y de algunos críticos, siempre tendió a la pintura mural».

Ahora, por tercera vez, Diego Rivera se encuentra en Europa. Pero esta vez no le preocupan absolutamente ni las escuelas post-impresionistas o neoclásicas ni los frescos ni lienzos del Renacimiento. Es desde hace varios años uno de los más grandes pintores contemporáneos. Es, tal vez, el que con materiales más eternos y con elementos más históricos y tradicionales está creando una gran obra revolucionaria. La Rusia de los Soviets -que con ocasión de su décimo aniversario recibe, desde noviembre último, innumerables visitas de escritores y artistas- lo ha invitado a asistir a su primer jubileo. En él la Revolución rusa saluda al espíritu más representativo acaso de la Revolución Mexicana.

La obra de Diego Rivera no se dispersa en museos y exposiciones, como la de los demás pintores célebres de hoy. Lo mejor de ella -lo que la define y distingue en el arte actual- está en los muros del Ministerio de Educación Pública y en la Escuela Nacional de Agricultura de su país. Diego Rivera no se ha enriquecido ni ha traficado con su pintura. Ha ganado, por sus frescos, un jornal, como un obrero. Pero esto -que era quizá absolutamente indispensable para diferenciar su obra, de todas las que se cotizan a alto precio en los mercados europeos o americanos- la dota de su sentido más característico. Sólo así Diego Rivera podía realizar una obra, engendrada por el espíritu y nutrida de la sangre de una gran revolución.

Si como quiere Bernard Shaw, un arte no es verdaderamente grande sino cuando crea la iconografía de una religión, el de Diego Rivera posee el mejor y más alto título de grandeza. En sus frescos Diego Rivera ha expresado, en admirable lenguaje plástico, los mitos y los símbolos de la revolución social, actuada y sentida por una América más agraria que obrera, más rural que urbana, más autóctona que española. Su pintura no es descripción sino creación. Diego Rivera domina con igual maestría el episodio y el conjunto. En la literatura mexicana nadie ha hecho aún nada tan grande como lo que ha hecho Rivera en la pintura, al dar a la Revolución una grandiosa representación plástica de sus mitos. A la versión realista del hombre y la mujer del pueblo, del peón y del soldado, se asocia la concepción casi metafísica, y totalmente religiosa, de los símbolos que contienen y compendian el sentido de la Revolución. Para expresar la tierra, el trabajo, etc., Diego Rivera construye figuras suprahumanas, como los profetas y las sibilas de Miguel Ángel.

Y he aquí un pintor, tal vez el único de época, que se puede admirar y apreciar de lejos, desde cualquier rincón de la tierra, sin tomar en préstamo ningún sentimiento a la crítica. Lo que ha pintado tiene una prodigiosa fuerza de propaganda, que estremece a todos los que reconocen su

intención y entienden su espíritu. En cualquier fotografía de un cuadro de Rivera, sobre reflejo de un fragmento de su obra, hay bastante vibración para que, al menos, se escuche una nota de gran sinfonía distante.

* Publicado en Variedades: Lima, 18 de Febrero de 1928.

- TROTSKY Y LA OPOSICION COMUNISTA*

La expulsión de Trotsky y Zinoviev del Partido Comunista ruso y las medidas sancionadas por este contra la oposición trotskysta, reclaman una ojeada a la política interna de Rusia. La crítica contrarrevolucionaria, tantas veces defraudada por los acontecimientos rusos, se entretiene ya en pronosticar la inminente caída del régimen soviético a consecuencia de su desgarramiento intestino. Los más avisados y prudentes de sus escritores prefieren conformarse con la esperanza de que la política de Stalin y el partido representen simple y llanamente la marcha hacia el capitalismo y sus instituciones. Pero basta una rápida ojeada a la situación rusa para convencerse de que las expectativas interesadas de la burguesía occidental no son esta vez más solventes que en los días de Kolchak y Wrangel.

La revolución rusa, que como toda gran revolución histórica, avanza por una trocha difícil que se va abriendo ella misma con su impulso, no conoce hasta ahora días fáciles ni ociosos. Es la obra de hombres heroicos y excepcionales, y, por este mismo hecho, no ha sido posible sino con una máxima y tremenda tensión creadora. El partido bolchevique, por tanto, no es ni puede ser una apacible y unánime academia. Lenin le impuso hasta poco antes de su muerte su dirección genial; pero ni aún bajo la inmensa y única autoridad de este jefe extraordinario, escasearon dentro del partido los debates violentos. Lenin ganó su autoridad con sus propias fuerzas; la mantuvo, luego, con la superioridad y clarividencia de su pensamiento. Sus puntos de vista prevalecían siempre por ser los que mejor correspondían a la realidad. Tenían, sin embargo, muchas veces que vencer la resistencia de sus propios tenientes de la vieja guardia bolchevique.

La muerte de Lenin, que dejó vacante el puesto de un jefe genial, de inmensa autoridad personal, habría sido seguida por un período de profundo desequilibrio en cualquier partido menos disciplinado y orgánico que el partido comunista ruso. Trotsky se destacaba sobre todos sus

compañeros por el relieve brillante de su personalidad. Pero no sólo le faltaba vinculación sólida y antigua con el equipo leninista. Sus relaciones con la mayoría de sus miembros habían sido, antes de la revolución, muy poco cordiales. Trotsky, como es notorio, tuvo hasta 1917 una posición casi individual en el campo revolucionario ruso. No pertenecía al partido bolchevique, con cuyos líderes, sin exceptuar al propio Lenin, polemizó más de una vez acremente. Lenin apreciaba inteligente y generosamente el valor de la colaboración de Trotsky, quien, a su vez, —como lo atestigua el volumen en que están reunidos sus escritos sobre el jefe de la revolución—, acató sin celos ni reservas una autoridad consagrada por la obra más sugestiva y avasalladora para la consciencia de un revolucionario. Pero, si entre Lenin y Trotsky pudo borrarse casi toda distancia, entre Trotsky y el partido mismo la identificación no pudo ser igualmente completa. Trotsky no contaba con la confianza total del partido, por mucho que su actuación como comisario del pueblo mereciese unánime admiración. El mecanismo del partido estaba en manos de hombres de la vieja guardia leninista que sentían siempre un poco extraño y ajeno a Trotsky, quien, por su parte, no conseguía consustanciarse con ellos en un único bloque. Por otra parte, Trotsky, según parece, no posee las dotes específicas de político que en tan sumo grado tenía Lenin. No sabe captarse a los hombres; no conoce los secretos del manejo de un partido. Su posición singular —equidistante del bolchevismo y del menchevismo— durante los años corridos entre 1905 y 1917, además de desconectarlo de los equipos revolucionarios que con Lenin prepararon y realizaron la revolución, hubo de deshabituarlo a la práctica concreta de líder de partido.

El conflicto entre Trotsky y la mayoría bolchevique, que arriba a un punto culminante con la exclusión del trotskysmo de los rangos del partido, ha tenido un largo proceso. Tomó un carácter de neta oposición en 1924 con los ataques de Trotsky a la política del Comité Central, contenidos en los documentos que, traducidos al francés, se publicaron bajo el título de Cours Nouveau. Las instancias de Trotsky para que se adoptara un régimen de democratización en el partido comunista miraban al socavamiento del poder de Stalin. La polémica fue agria. Mas entre la posición del Comité y la de Trotsky cabía aún el compromiso. Trotsky cometió entonces el error político de publicar un libro sobre 1917, del cual no salían muy bien parados Zinoviev, Kamenev y otros miembros del gobierno, duramente calificados por Lenin en ese tiempo por sus titubeos para reconocer el carácter revolucionario de la situación. El debate se reavivó, con un violento recrudecimiento del ataque personal. Zinoviev y Kamenev, que hacían causa común con Stalin, no ahorraron a Trotsky ningún molesto recuerdo de sus querellas con el bolchevismo, antes de 1917. Pero, después de una controversia ardorosa, el espíritu de compromiso volvió a

prevalecer. Trotsky se reincorporó en el Comité Central, después de una temporada de descanso en una estación climática. Y tomó a ocupar un puesto en la Administración

Mas la corriente opositora, en el siguiente congreso del partido, reapareció engrosada. Zinoviev, Kamenev y otros miembros del Comité Central, se sumaron a Trotsky, quien resultó así el líder de una composición heterogénea, en la cual se mezclaban elementos sospechosos de desviación derechista y social-democrática con elementos incandescentemente extremistas, amotinados contra las concesiones de la Nep a los kulaks.

Trotsky, por otra parte, es un hombre de cosmópolis. Zinoviev, lo acusaba en otro tiempo, en un congreso comunista, de ignorar y negligir demasiado al campesino. Tiene, en todo caso, un sentido internacional de la revolución socialista. Sus notables escritos sobre la transitoria estabilización del capitalismo lo colocan entre los más alertas y sagaces críticos de la época. Pero este mismo sentido internacional de la revolución, que le otorga tanto prestigio en la escena mundial, le quita fuerza momentáneamente en la práctica de la política rusa. La revolución rusa está en un período de organización nacional. No se trata por el momento, de establecer el socialismo en el mundo, sino de realizarlo en una nación que, aunque es una nación de ciento treinta millones de habitantes que se desbordan sobre dos continentes, no deja de constituir por eso, geográfica e históricamente, una unidad. Es lógico que en esta etapa, la revolución rusa esté representada por los hombres que más hondamente sienten su carácter y sus problemas nacionales.

Stalin, eslavo puro, es de estos hombres. Pertenece a una falange de revolucionarios que se mantuvo siempre arraigada al suelo ruso. Mientras tanto Trotsky, como Radek, como Rakovsky, pertenece a una falange que pasó la mayor parte de su vida en el destierro. En el destierro hicieron su aprendizaje de revolucionarios mundiales, ese aprendizaje que ha dado a la revolución rusa su lenguaje universalista, su visión ecuménica. Por ahora, a solas con sus problemas, Rusia prefiere hombres más simples y puramente rusos.

* Publicado en Variedades, Lima, 25 de Febrero de 1928. Revisado conforme al original que poseemos: el autor ha interpolado algunas palabras y suprimido o molificado algunos párrafos. (N. de los E.)

- LA AVENTURA DE TRISTAN MAROF*

Un Don Quijote de la política y la literatura americanas, Tristán Marof, o Gustavo Navarro, como ustedes gusten, después de reposar en Arequipa de su última aventura, ha estado en Lima, algunas horas, de paso para La Habana. ¿Dónde había visto yo antes su perfil semita y su barba bruna? En ninguna parte, porque la barba bruna de Tristán Marof es de improvisación reciente. Tristán Marof no usaba antes barba. Esta barba varonil, que tan antigua parece en su cara mística e irónica, es completamente nueva. Lo ayudó a escapar de su confinamiento y a asilarse en el Perú. Ha formado parte de su disfraz; y, ahora, tiene el aire de pedir que la dejen quedarse donde está. Es una barba espontánea, que no obedece a ninguna razón sentimental ni estética, que tiene su origen en una razón de necesidad y utilidad y que, por esto mismo, ostenta una tremenda voluntad de vivir; y resulta tan arquitectónica y decorativa.

La literatura de Tristán Marof. -El Ingenuo Continente Americano, Suetonio Pimienta, La Justicia del Inca, etc.- es como su barba. No es una literatura premeditada, del literato que busca fama y dinero con sus libros. Es posible que Tristán Marof ocupe más tarde un sitio eminente en la historia de la literatura de Indo-América. Pero esto ocurrirá sin que él se lo proponga. Hace literatura por los mismos motivos porque hace política; y es lo menos literato posible. Tiene sobrado talento para escribir volúmenes esmerados; pero tiene demasiada ambición para contentarse con gloria tan pequeña y anacrónica. Hombre de una época vitalista, activista, romántica, revolucionaria -con sensibilidad de caudillo y de profeta- Tristán no podía encontrar digna de él sino una literatura histórica. Cada libro suyo es un documento de su vida, de su tiempo. Documento vivo; y, mejor que documento, acto. No es una literatura bonita, ni cuidada, sino vital, económica, pragmática. Como la barba de Tristán Marof, esta literatura se identifica con su vida, con su historia.

Suetonio Pimienta es una sátira contra el tipo de diplomático rastacuero y

advenedizo que tan liberalmente produce Sur y Centro América. Diplomático de origen electoral o "revolucionario" en la acepción suramericana del vocablo. La Justicia del Inca es un libro de propaganda socialista para el pueblo boliviano. Tristán Marof ha sentido el drama de su pueblo y lo ha hecho suyo. Podía haberlo ignorado, en la sensual y burocrática comodidad de un puesto diplomático o consular. Pero Tristán Marof es de la estirpe romántica y donquijotesca que, con alegría y pasión, se reconoce predestinada a crear un mundo nuevo.

Como Waldo Frank -como tantos otros americanos entre los cuales me incluyo-, en Europa descubrió a América. Y renunció al sueldo diplomático para venir a trabajar rudamente en la obra iluminada y profética de anunciar y realizar el destino del Continente. La policía de su patria -capitaneada por un intendente escapado prematuramente de una novela posible de Tristán Marof- lo condenó al confinamiento en un rincón perdido de la montaña boliviana. Pero así como no se confina jamás una idea, no se confina tampoco a un espíritu expansivo e incoercible como Tristán Marof. La policía pacaña podía haber encerrado a Tristán Marof en un baúl con doble llave. Como un fakir, Tristán Marof habría desaparecido del baúl, sin violentarlo ni fracturarlo, para reaparecer en la frontera, con una barba muy negra en la faz pálida. En la fuga, Tristán Marof habría siempre ganado la barba.

A algunos puede interesarlos el literato; a mi me interesa más el hombre. Tiene la figura prócer, aquilina, señera, de los hombres que nacen para hacer la historia más bien que para escribirla. Yo no lo había visto nunca; pero lo había encontrado muchas veces. En Milán, en París, en Berlín, en Viena, en Praga, en cualquiera de las ciudades donde, en un café o un mitin, he tropezado con hombres en cuyos ojos leía la más dilatada y ambiciosa esperanza. Lenines, Trotskys, Mussolinis de mañana. Como todos ellos, Marof tiene el aire a la vez jovial y grave. Es un Don Quijote de agudo perfil profético. Es uno de esos hombres frente a los cuales no le cabe a uno duda de quedarán que hablar a la posteridad. Mira a la vida, con una alegre confianza, con una robusta seguridad de conquistador. A su lado, marcha su fuerte y bella compañera. Dulcinea, muy humana y muy moderna, con ojos de muñeca inglesa y talla walkyria.

Le falta a este artículo una cita de un libro de Marof. La sacaré de La Justicia del Inca. Escogeré estas líneas que hacen justicia sumaria de Alcides Arguedas: «Escritor pesimista, tan huérfano de observación económica como maniático en su acerba crítica al pueblo boliviano, Arguedas tiene todas las enfermedades que cataloga en su libro: hosco, sin emoción exterior, tímido hasta la prudencia, mudo en el parlamento, gran elogiador del general Montes. Sus libros tienen la tristeza del altiplano, Su manía es la decencia. La sombra que no lo deja dormir, la plebe. Cuando escribe el pueblo boliviano

está enfermo, yo no veo la enfermedad. ¿De qué está enfermo? Viril, heroico, de gran pasado, la única enfermedad que lo carcome es la pobreza».

Este es Tristán Marof. Y ésta es mi bienvenida y mi adiós a este caballero andante de Sudamérica.

* Publicado en **Varietades**: Lima, 3 de Marzo de 1928.

- ULTIMAS AVENTURAS DE LA VIDA DE DON RAMON DEL VALLE INCLAN*

A propósito de la barba de Tristán Marof, bosquejé yo a algunos, en una plática íntima, la "teoría de la barba biológica". Mis proposiciones, aproximadamente, se resumían así: La barba decae porque desaparecen sus razones biológicas, históricas. La barba tramonta, porque es extraña a una civilización maquinista, industrial, urbana, cubista. La figura del hombre moderno no necesita esta decoración medioeval, inadecuada a sus gustos deportivos, a su movimiento, a su mecánica. La estética de la figura humana está, en el fondo, regida por las mismas leyes que la estética de los edificios. La necesidad, la utilidad, justifican y determinan sus elementos. La barba, en un hombre, debe ser como la columna, como la cariátide, en un palacio o un templo: debe ser necesaria. Está demás, cuando no lo es. Hay personas que se dejan barbas, porque piensan que les sientan bien; otras, porque quieren parecerse a sus antepasados. Estas barbas de carácter puramente hereditario o de origen exclusivamente estético, no son biológicas, no son arquitectónicas. Carecen de función vital. Aunque parezcan arraigadas y naturales, es como si fueran postizas. Pero todas las reglas de nuestra edad -reglas behavioristas-, tienen excepciones, vale decir sin variedad, sin diversidad. También en nuestra época, nacen y crecen barbas biológicas. La de Marof, nacida y crecida para amparar su evasión, es de éstas. Ya he dicho hasta qué punto la encuentro vital, económica, pragmática, espontánea. Ha brotado sólo ayer y parece muy antigua, al revés de las barbas ficticias, arbitrarias, deliberadas, que aun siendo muy viejas tienen el aire de haber aparecido la víspera, durante un descuido.

La barba de don Ramón del Valle Inclán, aunque haya tenido un proceso mucho más ordenado, es de la misma stirpe. Tiene todos los atributos de un buen espécimen de barba biológica. La barba de Valle Inclán es como su manquera. ¿Cómo habría podido Valle Inclán ser Valle Inclán sin su barba? (Entre los mitos de la Biblia, el de la cabellera de Sansón me parece más eficaz y sabio que un tratado de biología). No es por acaso que el

soneto de Rubén Darío comienza con el célebre verso: "este gran don Ramón de las barbas de chivo". El genio poético de Rubén tenía que asir la personalidad de Valle Inclán por la barba. Esto es por lo más vital de su figura.

Esta barba, que es uno de los muchos ornamentos de España, uno de los más ultramontanos, retintos y señeros atributos de su individualidad, ha comparecido hace poco ante un juez. Porque, muy donquijotesca, muy caballero, muy español como es, Valle Inclán está siempre dispuesto a romper una lanza por la justicia, contra jueces y alguaciles. El haber gritado en un teatro contra una pieza mala, le ha valido un proceso. Un proceso que no ha sido sino un interrogatorio, en el cual Valle Inclán rehusó declarar su nombre, profesión y domicilio como Cualquier anónimo. Era el juez el que debía decirle su nombre, porque mientras en la sala de la audiencia nadie ignoraba el de Valle Inclán, muy pocos sabían sin duda el del magistrado que lo interrogaba. Valle Inclán declaró, en su diálogo, ser coronel-general de los ejércitos de Tierras Calientes y se afirmó católico, apostólico y antidinástico.

Valle Inclán es tradicionalista, ultramontano, por oposición a la España jesuíticamente constitucional, burocráticamente dinástica, falsamente liberal de don Alfonso XIII. Es o ha sido carlista; pero no a la manera de don Carlos ni de su líder Vázquez de Mella. Ha sido carlista por sentir en el carlismo algo así como una reivindicación del caballero andante. En 1920, estaba hasta la médula con la revolución rusa, con Lenin, con Trotsky, con todos los grandes donquijotes de la época. De partir a la guerra, lo habría hecho por los Soviets, no por don Jaime. Y hoy mismo, interrogado sobre el porvenir del liberalismo por un diario español, ha respondido que un liberalismo iluminado debe hacerse socialista. El porvenir no será liberal, sino socialista. Don Ramón no lo piensa como político, ni como intelectual; lo siente como artista, lo intuye como hombre de genio. Este hombre de la España negra es el que más cerca está de una España nueva.

Los amigos y paisanos de Blasco Ibáñez andan quejosos de la manera desdeñosa y agresiva como Valle Inclán ha tratado la memoria del autor de Sangre y Arena. Esta ha sido otra de las últimas aventuras de Valle Inclán. También, aunque no lo parezca, aventura de viejo hidalgo, porque es muy de viejo hidalgo guardar sus ojerizas y sus aversiones más allá de la muerte. La aversión de Valle Inclán a Blasco Ibáñez refleja un contraste profundo entre la España del 800 y la España inmortal y eterna. ¿Qué podría amar Valle Inclán de un mediterráneo optimista, republicano, democrático, de gusto mesocrático y de ideales standarizados, y sobre todo tan exento de pasión y tan incapaz de tragedia?

La crítica nueva hará justicia a este gran don Ramón, pendenciero, arbitrario y donquijotesco. Waldo Frank, en su magnífico libro *España Virgen* -que tan justicieramente pasa por alto otros valores adjetivos, otros signos secundarios de la literatura española- destaca el carácter singularmente representativo, profundamente español, de Valle Inclán. «El último gesto lógico de Larra -escribe Frank- fue levantarse la tapa de los sesos. Pero el espíritu de Larra está en las mesas de los cafés de Madrid. El sueño es un vino del arte histórico de España. La desesperación es una voluptuosidad, y la incompetencia un culto. Entre los devotos de este trance narcisista se encuentran los escritores más exquisitos de España. El principal de todos ellos es, sin duda, don Ramón María de Valle Inclán. Cervantes era manco y a don Ramón le falta un brazo: Rojas, el autor de *La Celestina*, hace cuatro siglos, dialogó sus novelas y las dividió en actos; don Ramón hace lo mismo y entremezcla en su prosa palabras y giros que el mismo Rojas habría encontrado arcaicos. Los libros de Valle Inclán no se venden por pesetas sino por reales de vellón. Su tipografía es afectadamente antigua. Sus volúmenes se abren con la opera omnia* y están ilustrados con grabados a la usanza medioeval. Su forma revela gran maestría en el uso del castellano antiguo, con el que se mezclan vocablos puros del gallego, que fue en otros tiempos la lengua poética de España. Es un arte armonioso y de plasticidad verbal. Don Ramón es un hidalgo de Galicia, la rocosa provincia del nordeste que apenas hollaron los árabes. Don Ramón se jacta de su sangre celta. Hay un estrecho y curioso parentesco entre la música del diálogo de sus libros y el sonido de la siringa, pero este parentesco no es más profundo que un eco. La plasticidad de la prosa de Valle Inclán vive para dar forma a la muerte. Su drama es un drama de furiosa retórica. Los espíritus más gloriosos de España pasan por sus libros. La Iglesia con "la caridad de la espada", la caballería enmohecida y deshecha en su largo peregrinaje hacia el sur, las guerras patriarcales, la lealtad, el amor místico, están personificados en la fiereza ampulosa de sus escenas. Pero aunque estas formas sean espectros, no tienen ellos el hálito del sepulcro; la sal de la ironía moderna -la ironía perenne de España- está en ellos. Su pujanza no se puede negar. Es tan atrayente el candor firme y sombrío de esta prosa, que uno acepta de buen grado la pantomima quimérica y sentimental... la pompa gesticulante de esos sueños, que son el sueño de España».[* Obras completas. Era costumbre de Valle Inclán publicar sus libros como el se tratase de edición de sus Obras Completas]

El gesto bizarro, el lenguaje osado, la imaginación aventurera, la sensibilidad genial de Valle Inclán es, para todos los que estamos siempre dispuestos a mandar al diablo las invitaciones de un hispanismo diplomático y metropolitano, uno de los testimonios más fehacientes de la vitalidad de la España que amamos, y de la cual no estamos nunca tan cerca

como cuando nos vence la gana de renegar a España, ahítos de su borbones, infantes, duques, académicos, curas, doctores, alguaciles, bachilleres y cupletistas. Desde el fondo de la historia de España, don Ramón del Vale Inclán, cenceño y filudo personaje del Greco, manco como Cervantes, nos tiende su única mano, generosa e impávida.

 [* Publicado en *Variedades*: Lima, 24 de Marzo de 1928]

- ESTACION ELECTORAL EN FRANCIA*

Este año promete una buena cosecha a la democracia. Es un año esencial y unánimemente electoral. Habrá elecciones en Francia, Inglaterra, Alemania, la Argentina, etc. Y no sería normal, ni lógico que la democracia saliera ejecutada de una votación. El sufragio universal se traicionaría a sí mismo si condenase el parlamento y la democracia. Puede inclinarse alternativamente a la izquierda o a derecha; pero no puede suprimir la derecha ni la izquierda. Ni la revolución ni la reacción muestran, por eso, ninguna ternura electoral o parlamentaria. Las elecciones son, así para los reaccionarios como para los revolucionarios, una simple oportunidad de predicar el cambio de régimen y de denunciar la quiebra de la democracia. Las elecciones italianas de 1921, convocadas en plena creciente fascista, dieron la mayoría a las izquierdas y trajeron abajo a Giolitti. El fascismo ganó apenas treintaicinco asientos en la cámara. Pero el año siguiente, después de la marcha a Roma, obtuvo de la misma cámara un voto de confianza. Poco importa que la reacción o la revolución estén próximas. Las elecciones, formalmente, oficialmente, necesitan dar siempre la razón a la democracia. La víspera misma de ganar el gobierno, los bolcheviques perdieron las elecciones. Los socialdemócratas de Kerensky tenían la cándida pretensión de que, dueños ya del poder, Lenin y sus correligionarios reconociesen a una asamblea que los condenaba a priori. Lenin, como bien se sabe, prefirió licenciar esta asamblea extemporánea y retórica.

El momento, por otra parte, es de temporal estabilización capitalista, que es como decir de estabilización democrática. Porque la burguesía puede haber empleado el golpe de estado fascista para conseguir o afianzar su estabilización; pero sólo en los países donde la democracia no era muy extensa ni muy efectiva. En Inglaterra, en Alemania, en Francia, el capitalismo se ha defendido dentro de la democracia, aunque se haya valido a ratos de leyes de excepción contra sus adversarios. La burguesía no es precisa o estrictamente el capitalismo; pero el capitalismo si es,

forzosamente, la democracia burguesa.

Los resultados de las elecciones no importan demasiado. El 11 de Mayo de 1924, el bloque nacional y el cartel de izquierdas se disputaron acanitamente en Francia la victoria electoral. El escrutinio de ese día no se contentó con derribar a Poincaré de la presidencia del consejo. No pareció satisfecho sino después de arrojar a Millerand de la presidencia de la república. Caillaux, el condenado del bloque nacional, regresó a Francia con cierto aire de César democrático. Y, sin embargo, dos años después el cartel se disolvía, para dar paso a una nueva fórmula: un gabinete presidido por Poincaré, con Herriot en el Ministerio de Instrucción y Briand en el del Exterior. El 11 de Mayo no tocó, en consecuencia, la sustancia de las cosas. Herriot acabó colaborando en un ministerio poincarista y Poincaré concluyó presidiendo un gobierno apoyado en los radicales-socialistas. Esta vez, como la anterior, cualquiera que sea el resultado de las elecciones solo podrá sostenerse en el gobierno un ministerio de "opinión". El escrutinio no producirá, por ningún motivo, un gobierno de partido. Ni un bloque de derechas ni un cartel de izquierdas sería lo suficientemente sólido. El gobierno futuro tendrá que contar, como el de Poincaré, con el favor de la pequeña burguesía no menos que con la venia de la alta finanza y la gran industria. Una victoria del partido socialista sería, sin duda, la única posibilidad de acontecimientos imprevistos e insólitos. Pero ningún partido asumiría el poder con más miedo a sus responsabilidades ni con más miramiento a la opinión que el partido socialista. Los socialistas franceses se inclinan, por esto, a una reconstitución, más o menos adaptada a las circunstancias, de la fórmula radical-socialista. León Blum rehusaba en 1925 y 26, la participación de los socialistas en el gobierno en espera, según él, de que les llegara la oportunidad de asumirlo íntegramente por su cuenta. Esta política apresuró el regreso de Poincaré y el restablecimiento de la unión nacional, con el programa de revalorización del franco. Mas la oportunidad aguardada, con tanta certidumbre, por León Blum, no parece haber llegado todavía. Los socialistas no podrían hacer en el poder sino una de estas dos políticas: o una política revolucionaria, sostenida por todas las fuerzas del proletariado, que conduciría inevitablemente a la guerra social, o una política conservadora, de concesiones incesantes a los intereses y la opinión burgueses, como la practicada por los laboristas ingleses durante el experimento Mac Donald. En el segundo caso, un ministerio socialista duraría menos aún que el primer ministerio Herriot después de las elecciones victoriosas del 11 de Mayo. En el primer caso, salvo la acción de jefes superiores, con dotes excepcionales del comando, los socialistas se-rían finalmente desalojados del poder por los comunistas.

El destino del partido socialista francés podría bien ser el de reemplazar al partido radi-

cal-socialista. Pero este proceso requiere tiempo. Los radicales socialistas, aunque pierdan súbitamente su ascendiente sobre las masas pequeño-burguesas de las grandes ciudades, conservarán por algún tiempo, sus clientelas electorales de provincias. Tienen viejas raíces que los defienden de una rápida absorción, sea por parte de la izquierda socialista, sea por parte de la derecha plutocrática. Su función no ha terminado: Y, mientras la estabilización democrática no se encuentre seriamente amenazada, su chance electoral seguirá siendo considerable.

* Publicado en *Variedades*, Lima, 31 de Marzo de 1928.

- "EL NUEVO DERECHO" DE ALFREDO PALACIOS*

El Dr. Alfredo Palacios, a quien la juventud hispano-americana aprecia como a uno de sus más eminentes maestros, ha publicado este año una segunda edición de *El Nuevo Derecho*. Aunque las nuevas notas del autor enfocan algunos aspectos recientes de esa materia, se reconoce siempre en la obra de Palacios un libro escrito en los primeros años de la paz, cuando el mundo, arrullado todavía por los ecos del mensaje wilsoniano, se mecía en una exaltada esperanza democrática. Palacios ha sido siempre más que un socialista, un demócrata, y no hay de qué sorprenderse si en 1920 compartía la confianza entonces muy extendida, de que la democracia conducía espontáneamente al socialismo. La democracia burguesa, amenazada por la revolución en varios frentes, gustaba entonces de decirse y creerse democracia social, a pesar de que una parte de la burguesía prefería ya el lenguaje y la práctica de la violencia. Se explica, por esto, que Palacios conceda a la Conferencia del Trabajo de Washington y a los principios de legislación internacional del trabajo incorporados en el tratado de paz, una atención mucho mayor que a la Revolución Rusa y a sus instituciones. Palacios se comportaba en 1920, frente a la Revolución, con mucha más sagacidad que la generalidad de los social-demócratas. Pero veía en las conferencias del trabajo, más que en la Revolución Soviética, el advenimiento del derecho socialista. Es difícil que mantenga esta actitud hoy que Mr. Albert Thomas, Jefe de la Oficina Inter-nacional del Trabajo - esto es, del órgano de las conferencias de Washington, Ginebra, etc. - acuerda sus alabanzas a la política obrera del Estado fascista, tan enérgicamente acusado de mixtificación y fraude reaccionario por el Dr. Palacios, en una de las notas que ha añadido al texto de *El Nuevo Derecho*.

Este libro, sin embargo, conserva un notable valor como historia de la formación del derecho obrero hasta la paz wilsoniana. Tiene el mérito de no ser una teoría ni una filosofía del "nuevo derecho", sino principalmente un sumario de su historia. El Dr. Sánchez Viamonte que prologa la segunda

edición, observa con acierto: «No obstante su estructura y contenido de tratado, el libro del doctor Palacios es más bien un sesudo y formidable alegato en defensa del obrero, explicando el proceso histórico de su avance progresivo, logrado objetiva-mente en la legislación por el esfuerzo de las organizaciones proletarias y a través de la lucha social en el campo económico. No falta a este libro el tono sentimental un tanto dramático y, a veces épico, desde que, en cierto modo, es una epopeya; la más grande y trascendental en todas, la más humana, en suma: la epopeya del trabajo. Por eso, supera el tratado puramente técnico del especialista, frío industrial de la ciencia, que aspira a resolver matemática-mente el problema de la vida».

Palacios estudia los orígenes del "nuevo derecho" en capítulos a los que el sentimiento apologético, el tono épico como dice Sánchez Viamonte, no resta objetividad ni exactitud magistrales. El sindicato, como órgano de la conciencia y la solidaridad obreras, es enjuiciado por Palacios con un claro sentido de su valor histórico. Palacios se da cuenta perfecta de que el proletariado ensancha y educa su conciencia de clase en el sindicato mejor que en el partido. Y, por consiguiente, busca en la acción sindical, antes que en la acción parlamentaria de los partidos socialistas, la mecánica de las conquistas de la clase obrera.

Habría, empero, que reprocharle, a propósito del sindicalismo, su injustificable prescindencia del pensamiento de Georges Sorel en la investigación de los elementos doctrinales y críticos del derecho proletario. El olvido de la obra de Sorel -a la cual está vinculado el más activo y fecundo movimiento de continuación teórica y práctica de la idea marxista- me parece particularmente remarcable por la mención desproporcionada que, en cambio, concede Palacios a los conceptos jurídicos de Jaurés. Jaurés -a cuya gran figura no regateo ninguno de los méritos que en justicia le pertenecen- era esencialmente un político y un intelectual que se movía, ante todo, en el ámbito del partido y que no podía evitar en su propaganda socialista, atento a la clientela pequeño-burguesa de su agrupación, los hábitos mentales del oportunismo parlamentario. No es prudente, pues, seguirlo en su empeño de descubrir en el código burgués principios y nociones cuyo desarrollo baste para establecer el socialismo. Sorel, en tanto, extraño a toda preocupación parlamentaria y partidista, apoya directamente sus concepciones en la experiencia de la lucha de clases. Y una de las características de su obra -que por este solo hecho no puede dejar de tomar en cuenta ningún historiógrafo del "nuevo derecho"- es precisamente su esfuerzo por entender y definir las creaciones jurídicas del movimiento proletario. El genial autor de las Reflexiones sobre la violencia advertía -con la autoridad que a su juicio confiere su penetrante interpretación de la idea marxista- la "insuficiencia de la filosofía jurídica

de Marx" aunque acompañase esta observación de la hipótesis de que "por la expresión enigmática de dictadura del proletariado, él entendía una manifestación nueva de ese Volksgeist* al cual los filósofos del derecho 'histórico' reportaban la formación de los principios jurídicos". En su libro *Materiales de una teoría del proletariado*, Sorel expone una idea -la de que el derecho al trabajo equivaldrá en la conciencia proletaria a lo que es derecho de propiedad en la conciencia burguesa- mucho más importante y sustancial que todas las eruditas especulaciones del profesor Antonio Menger. Pocos aspectos, en fin, de la obra de Proudhon -más significativa también en la historia del proletariado que los discursos y ensayos de Jaurés- son tan apreciados por Sorel como su agudo sentido del rol del sentimiento jurídico popular en un cambio social. [*Espíritu popular]

La presencia en la legislación demo-burguesa de principios, como el de "utilidad pública", cuya aplicación sea en teoría suficiente para instaurar, sin violencia, el socialismo, tiene realmente una importancia mucho menor de la que se imaginaba optimistamente la elocuencia de Jaurés. En el seno del orden medioeval y aristocrático, estaban, asimismo, muchos de los elementos que más tarde debían producir, no sin una violenta ruptura de ese marco histórico, el orden capitalista. En sus luchas contra la feudalidad, los reyes se apoyaban frecuentemente en la burguesía, reforzando su creciente poder y estimulando su desenvolvimiento. El derecho romano, fundamento del código capitalista, renació igualmente bajo el régimen medioeval, en contraste con el propio derecho canónico, como lo constata Antonio Labriola. Y el municipio, célula de la democracia liberal, surgía también dentro de la misma organización social. Pero nada de esto significó una efectiva transformación del orden histórico, sino a partir del momento en que la clase burguesa tomó revolucionariamente en sus manos el poder. El código burgués requirió la victoria política de la clase en cuyos intereses se inspiraba.

Muy extenso comentario sugiere el nutrido volumen del Dr. Palacios. Pero este comentario me llevaría fácilmente al examen de toda la concepción reformista y demócrata del progreso social. Y ésta sería materia excesiva para un artículo. Prefiero abordarla, sucesivamente, en algunos artículos sobre debates y tópicos actuales de revisionismo socialista.

Pero no concluiré sin dejar constancia de que Palacios se distingue de la mayoría de los reformistas por la sagacidad de su espíritu crítico y el equilibrio de su juicio sobre el fenómeno revolucionario. Su reformismo no le impide explicarse la revolución. La Rusia de los Soviets -a pesar de su dificultad para apreciar integralmente la obra de Lenin- tiene en el pensamiento de Palacios la magnitud que le niegan generalmente regañones

teóricos y solemnes profesores de la social-democracia. Y en su libro, se revela honradamente contra la mentira de que el derecho "nazca con tanta sencillez como una regla gramatical".

* Publicado en Variedades: Lima, 30 de Junio de 1928.

- "LOS ARTAMONOV", NOVELA DE MAXIMO GORKI*

I

Esta tarde plúmbea, sorda, opaca, se parece extrañamente a la tarde en que descendí de un tren alemán, hace cinco años, en la estación de Saarow Ost, para visitar a Máximo Gorki. El paisaje de cartón de Saarow Ost era esa tarde igual a los paisajes que los niños iluminan con lápices de colores en sus cuadernos germanos. Paisajes que yo había gustado por primera vez en mi infancia con un alpestre y ladino sabor de leche Nestlé. Paisaje seguro, para niños convalecientes, donde uno no podría nunca extraviarse, porque sus caminos lo toman en seguida de la mano para guiarlo. Paisaje que le prescribe a uno dieta, apetito, sueño a las ocho, leche al pie de la vaca. No se concibe en este lugar menús indigestos, con langostas, caviar, gänselobepastte.* Berlín no dista sino cinco horas; pero para llegar aquí hay que pasar por un bosque de pinos y tomar en Furstenwalde un trencito vecinal que corre sólo dos veces al día. En los pinos del camino, el viajero deja sus ideas ciudadinas, sus hábitos urbanos. Todas las figuras se dejarían recortar con una tijera. Las rutas tienen postes con letreros y flechas que conducen al lago, al bosque, al sanatorio, a la estación. Es imposible perderse, aunque se quiera. [*Pasta alemana preparada con grasa de ganso; parecida al pathé].

Máximo Gorki convalecía en Saarow Ost de las jornadas de la Revolución rusa. Yo me preguntaba, mientras caminaba de la estación al Neue Sanatorium,* cómo podía trabajar en este pueblo de convalecencia, infantil, albo y lacteado, un rudo vagabundo de la estepa. Saarow Ost no es un pueblo sino un sanatorio. Un sanatorio encantado, con bosques, jardines, lagunas, chalets, tiendas, un café, gente sana y un ambiente sedante, esterilizado, higiénico. Las excitaciones están rigurosamente proscritas. El crepúsculo -espectáculo sentimental y voluptuoso- severamente prohibido. La población parece administrada por una nurse,** la naturaleza tiene un delantal blanco y no ha proferido jamás una mala palabra. ¿Qué podía escribir Gorki en esta aldea industrial, bacteriológicamente pura, de cuento

de Navidad? Fue la primera cosa que le pregunté, después de estrechar su mano huraña. Gorki había escrito en Saarow Ost el relato de su infancia. Estaba contando a los hombres su historia. Quería contar la de otros hombres. Todos sus recuerdos eran matinales. La serie de sus grandes novelas realistas estaba interrumpida. Saarow Ost: en cada convalecencia me visitan tus imágenes. [* Nuevo Sanatorio. / ** Niñera].

Ahora que acabo de leer Los Artamonov, siento que Gorki no podía volver a escribir así bajo los tilos y los pinos del Neue Sanatorium. Esta novela ha sido escrita probablemente en Italia, donde Gorki ha pasado los últimos años. Los italianos son, generalmente, malos novelistas; pero Italia es propicia para la novela. Los enfermos se curan; pero el clima, la naturaleza, nos rodean de las mismas garantías científicas e higiénicas de la convalecencia. Todas las excitaciones operan libremente. Y aunque la novela italiana es escasa, toda la evolución de la novela moderna cabe entre Manzoni y Pirandello. Muchas de las novelas de Gorki han sido escritas en Italia, en el clima especial, tónico, pagano, de Capri, Amalfi o Frascati. La fantasía de Gorki recupera, ratifica, disciplina, en contacto con la naturaleza excesiva, teatral, patética de Italia, sus dotes de sobriedad y concisión. Los Artamonov; en las 332 páginas de la traducción italiana (Milano, Fratelli Treves) caben holgadamente tres generaciones, 55 años, la historia de la Rusia campesina y provinciana, desde la abolición de la servidumbre hasta la Revolución Bolchevique. Zola no habría podido narrar todo esto sino en una serie como la de los Rougon Macquart,* con muchos raptos románticos y mucho diletantismo sociológico entre etapa y etapa de su biografía. Gorki desmiente con esta novela que haya muerto el realismo. ¿No tendrá razón René Arcos cuando nos dice que el realismo está ahora naciendo? Ciertamente, la tiene. La literatura de la burguesía no podía ser realista, del mismo modo que no ha podido serlo la política, la filosofía. (La primera teoría y práctica de realpolitik** es el marxismo). La burguesía no ha logrado nunca liberarse de resabios románticos ni de modelos clásicos. El superrealismo es una etapa de preparación para el realismo verdadero. Llamémosle, más bien, adoptando el término de René Arcos, infrarrealismo. Había que soltar la fantasía, libertar la ficción de todas sus viejas amarras, para descubrir la realidad. [* Nombre de una novela de Zola en 20 tomos][**Política realista]

La burguesía larvada, frustrada, incompleta de Rusia nos enseña su alma y su carne en Los Artamonov. La última novela de Gorki es una biografía. Los Artamonov son una familia burguesa: espécimen de una burguesía retardada, provinciana, alcohólica, cuya existencia histórica empezó en 1861 con la abolición de la servidumbre y que no alcanzó jamás a imponer a Rusia su doctrina ni su régimen. Sus comerciantes, sus industriales, no

supieron superponerse al zarismo ni a la monarquía.

Para que el zarismo concediera a Rusia una constitución y un parlamento fue menester que amenazara la revolución socialista, la marejada proletaria y campesina. La burguesía rusa se agitó siempre en la impotencia. Entró en su etapa de decadencia sin conocer una etapa de plenitud. Miliukoff, su leader específico, no tuvo propiamente su hora de poder, ni aun cuando se derrumbó el absolutismo. Cuando sonó esa hora, un pequeño burgués socialista, Kerenski, ocupó su puesto. Las obras de los grandes novelistas rusos, son la historia clínica de una neurosis: la neurosis de una burguesía, que no pudo construir un Estado democrático y capitalista. Esta burguesía produjo, desde su segunda generación, toda suerte de renegados, de nihilistas y de utopistas. No pudiendo realizarse en la sociedad capitalista, sus hijos soñaban vagamente con realizarse en la sociedad obrera. El fundador de la familia Artamonov es un siervo emancipado. Carece de esa cultura, de esa tradición que los burgueses occidentales adquirieron en un largo proceso de ascensión. Es fuerte, brutal, instintivo. Funda una familia burguesa y una empresa capitalista que se disolverían antes de que muriese el último de sus hijos. Nikita Artamonov no consigue ser un monje; Pedro Artamonov no logra ser un industrial. En la primera generación, se agota un impulso histórico, apenas definido. Nikita se evade del monasterio. Pedro no sabe de qué evadirse: ¿de la fábrica, de la ciudad provinciana de Driomov, de su casa, de su mujer? ¿Cuál de estas cosas es su cárcel? No obtendrá una respuesta ni cuando, viejo demente, lo sorprende imprevista, inconcebible, la Revolución. No entiende el mundo que lo rodea. Se embriaga sin convicción. Termina sin comprender nada.

El epílogo de este drama absurdo lo están viviendo todavía algunos dispersos sobrevivientes que acaso no encontraremos en la próxima novela de Gorki. Porque la próxima novela de Gorki será, probablemente, una novela de la Revolución.

 * Bajo el epígrafe de **La** última novela de Máximo Gorki, la primera parte fue publicada en Mundial: Lima, 20 de julio de 1928. Y, con el título que aquí adoptamos, en Repertorio Americano: Tomo XVII, Nº 9, p. 142; San José de Costa Rica, 10 de setiembre de 1928. / La segunda parte, titulada Máximo Gorki, Rusia y Cristóbal de Castro, fue publicada en Mundial: Lima, 3 de agosto de 1928.

- OBREGON Y LA REVOLUCION MEXICANA*

El General Obregón, asesinado diecisiete días después de su elección como Presidente de México, condujo a la Revolución Mexicana en uno de sus períodos de más definida y ordenada actividad realizadora. Tenía porte, temple y dones de jefe. Estas condiciones le consintieron presidir un gobierno que, con un amplio consenso de la opinión, liquidó la etapa de turbulencias y contradicciones, a través de las cuales el proceso revolucionario mexicano concretó su sentido y coordinó sus energías. El gobierno de Obregón representó un movimiento de concentración de las mejores fuerzas revolucionarias de México. Obregón inició un período de realización firme y sagaz de los principios revolucionarios; apoyado en el partido agrarista, en los sindicatos obreros y en los intelectuales renovadores. Bajo su gobierno, entraron en vigor las nuevas normas constitucionales contenidas en la Carta de 1917. La reforma agraria -en la cual reconoció avisadamente Obregón el objetivo capital del movimiento popular- empezó a traducirse en actos. La clase trabajadora consolidó sus posiciones y acrecentó su poder social y político. La acción educacional, dirigida y animada por uno de los más eminentes hombres de América, José Vasconcelos, dió al esfuerzo de los intelectuales y artistas una aplicación fecunda y creadora.

La política gubernamental de Obregón logró estos resultados por el acierto con que asoció, a sus fines, la mayor suma de elementos de reconstrucción. Su éxito no se debió, sin duda, a la virtud taumatúrgica del caudillo. Obregón robusteció el Estado surgido de la Revolución, precisando y asegurando su solidaridad con las más extensas y activas capas sociales. El Estado, con su gobierno, se proclamó y sintió órgano del pueblo, de modo que su suerte y su gestión dejaban de depender del prestigio personal de un caudillo, para vincularse estrechamente con los intereses y sentimientos de las masas. La estabilidad de su gobierno descansó en una amplia base popular. Obregón no gobernaba a nombre de un partido, sino de una concentración revolucionaria, cuyas diversas reivindicaciones constituían

un programa. Pero esta aptitud para unificar y disciplinar las fuerzas revolucionarias, acusaba precisamente sus cualidades de líder, de conductor.

La fuerza personal de Obregón procedía de su historia de General de la Revolución. Esta fuerza era debida, en gran parte, a su actuación militar. Pero el mérito de esta actuación, se apreciaba por el aporte que había significado a la causa del pueblo. La foja de servicios del General Obregón tenía valor para el pueblo por ser la de un General de la Revolución que, al enorgullecerse de sus 800 kilómetros de campaña, evocaba el penoso proceso de una epopeya multitudinaria.

Obregón era hasta hoy el hombre que merecía más confianza a las masas. En pueblos como los de América, que no han progresado políticamente lo bastante para que sus intereses se traduzcan netamente en partidos y programas, este factor personal juega todavía un rol decisivo. La Revolución Mexicana, además, atacada de fuera por sus enemigos históricos, insidiada de dentro por sus propias excrescencias, cree necesitar aún en su cabeza a un jefe militar, con autoridad bastante para mantener a raya a los reaccionarios, en sus tentativas armadas. Tiene la experiencia de muchas deserciones, detrás de las cuales ha jugado la intriga de los reaccionarios, astutamente infiltrada en los móviles personales y egoístas de hombres poco seguros, situados accidentalmente en el campo revolucionario por el oleaje del azar. El caso de Adolfo de la Huerta, dando la mano a los reaccionarios, después de haber participado en el movimiento contra Carranza y haber ocupado provisoriamente el poder, ha sido seguido a poca distancia por el de los generales Serrano y Gómez.

Por esto, al aproximarse el término del mandato de Calles, la mayoría de los elementos revolucionarios designó al General Obregón para su sucesión en la presidencia. Esto podía dar a muchos la impresión de que se establecía un turno antipático en el poder. De la resistencia a esta posibilidad, se aprovecharon las candidaturas Serrano y Gómez, trágicamente liquidadas hace algunos meses. Pero la fórmula Obregón, para, quien examinase objetivamente los factores actuales de la política mexicana, aparecía dictada, por razones concretas, en defensa de la Revolución.

Obregón no era, ciertamente, un ideólogo, pero en su fuerte brazo de soldado de la Revolución podía apoyarse aún el trabajo de definición y experimentación de una ideología. La reacción lo temía y lo odiaba, no sin intentar halagarlo a veces con la interesada insinuación de suponerlo más moderado que Calles. Moderado y prudente era sin duda Obregón, mas no

precisamente en el sentido que la reacción sospechaba. Su moderación y su prudencia, hasta el punto en que fueron usadas, habían servido a la afirmación de las reivindicaciones revolucionarias, a la estabilización del poder popular.

Su muerte agranda su figura en la historia de la Revolución Mexicana. Quizá su segundo gobierno no habría podido ser tan feliz como el primero. El poder engríe a veces a los hombres y embota su instinto y su sensibilidad políticas.

En los hombres de una revolución, que carecen de una fuerte disciplina ideológica, es frecuente este efecto. La figura de Obregón se ha salvado de este peligro. Asesinado por un fanático, en cuyas cinco balas se ha descargado el odio de todos los reaccionarios de México, Obregón concluye su vida, heroica y revolucionariamente. Obregón queda definitivamente incorporado en la epopeya de su pueblo, con los mismos timbres que Madero, Zapata y Carrillo. Su acción y su vida pertenecieron a una época de violencia. No le ha sido dado, por eso, terminar sus días serenamente. Ha muerto como murieron muchos de sus tenientes, casi todos sus soldados. Pertenecía a la vieja guardia de una generación educada en el rigor de la guerra civil, que había aprendido a morir, más bien que a vivir, y que había hecho instintivamente suya sin saberlo una idea que se adueña con facilidad de los espíritus en esta edad revolucionaria: "vive peligrosamente".

* Publicado en Variedades; Lima, 21 de Julio de 1923.

- GIOVANNI GIOLITTI*

Los días que corren no son propicios para una equitativa valoración de Giolitti. El fascismo no puede mostrarse demasiado indulgente con el político que más conspicua y específicamente representa la Italia demoliberal, positivista, tendera burocrática de los últimos lustros pre-bélicos. El antifascismo post-aventiniano, — aunque grato a la firmeza con que Giolitti votó en el Parlamento contra la política anti-liberal del fascismo—, no puede perdonar al estadista piamontés su parte en los errores tácticos de gobierno que consintieron la marcha sobre Roma y la abdicación y desmoronamiento del Estado liberal. La apología de Francesco Crispi y de los hombres de la antigua derecha, se acomoda al gusto y al interés de la dictadura fascista mucho más que el reconocimiento de las benemerencias de Giolitti, que debió su fortuna política a la derrota del método crispiano.

Nunca se ha despotricado tanto en Italia contra la democracia sanchopancesca, utilitaria, negociante, giolittiana, en una palabra, de la "monarquía socia-lista" como desde que Mussolini, en la necesidad de sofocar toda protesta contra el régimen, anunció su intención de reemplazar definitivamente y formalmente al viejo Estado liberal por el Estado fascista. Giolitti ha escuchado sin inmutarse, en sus postreros años, las más exorbitantes y estruendosas requisitorias contra su sentido prudente, realista, práctico, administrativo, de la política.

La Italia de Vittorio Veneto, que el fascismo siente espiritual e históricamente tan suya, debe a la obra giolittiana, ordenadora y parsimoniosa, los elementos fundamentales de su costosa victoria. En largos años de una administración, que sacrificó los tópicos clásicos del Risorgimento a los hechos prosaicos de un trabajo de crecimiento y equilibrio capitalistas Giolitti, el neutralista, preparó a Italia para la guerra, capacitándola para ascender del desastre de Adua al triunfo de Vittorio Veneto.

El rencor de la Italia d'annunziana, retórica, militarista contra el sobrio y

parco estadista piemontes, se ha tomado la más exultante y completa revancha contra el régimen fascista. Sería fácil, sin embargo, probar que el fascismo debe su persistencia y estabilización, más que a sus medidas de violencia, a su método oportunista, a su estrategia social, a una praxis, en suma, heredada del giolittismo, con la diferencia de que éste prescindía de la declamación idealista y asignaba a su función fines más modestos e inmediatos.

Giolitti era la antítesis del político programático y doctrinario. Pero, profesaba, sin duda íntimamente un ideal, que ahora se destaca más netamente que nunca como el resorte espiritual de su obra: el ideal de hacer de Italia un estado moderno, apto para superar definitivamente una pesada tradición clerical, comunal, güelfa, anti-unitaria.

Para consolidar el Estado liberal, monárquico y unitario, surgido de las luchas del Risorgimento, Giolitti comprendió que era necesario abandonar el dogmatismo y la intransigencia de Crispi y licenciar definitivamente una buena parte de las frases e ideas del Risorgimento mismo. La política del Estado, en la medida en que podía ser reformadora y progresista, en el orden político, tenía que apoyarse en las masas obreras, cada vez más ganadas al socialismo. El ideario liberal significaba un constante fermento de tendencias e impulsos republicanos. Giolitti liquidó la cuestión institucional acordando a las masas el derecho de huelga y asociación, el sufragio universal, el mejoramiento económico.

Críticas liberales como Mario Missiroli no le han ahorrado invectivas por su empirismo oportunista, exento al parecer de toda convicción doctrinal. Pero, precisamente, Missiroli, que acusaba a Giolitti de haber destruido el patrimonio ideal del Risorgimento con su política transformista de transacción y compromiso, ha acabado por reconocer, el fondo voluntarista e ideal de la política giolittiana. La experiencia de la crisis post-bélica, lo obligó a admitir que "la política giolittiana era la sola conveniente a un pueblo incapaz de superar las contradicciones de su historia milenaria". "Fue después de la catástrofe del socialismo y de la democracia —escribe Missiroli— cuando comprendí la ineluctabilidad de la política giolittiana y la grandeza de Giolitti. Fue entonces cuando intuí su profundo pesimismo, su patriotismo ascético, su infalible sentido de la historia. La grandeza de Giovanni Giolitti consiste en haber sabido gobernar, según los modos de la civilidad occidental, un pueblo que había permanecido extraño a las formaciones espirituales de la modernidad y en haberlo elevado, merced a una obra exclusivamente personal, por encima de su propia conciencia moral y de sus hábitos atrasados".

Piero Gobetti no anda muy lejos de Missiroli cuando define a Giolitti como "la sublimación más rara y casi única de la ordinaria administración". Giolitti, realmente, resolvía la política en la administración; pero sin perder de vista los fines superiores del Estado liberal. Incorporando a las masas en la vida política, como partido de clase, opuso a las inclinaciones conservadoras de la burguesía el contrapeso indispensable para que no condujesen al Estado al renegamiento gradual de los principios del liberalismo. El socialismo le permitió salvar al Estado de la estratificación burocrática y de la reacción ultramontana. La función del socialismo, como Missiroli también lo acepta en el prefacio de su segunda edición de *La Monarquía Socialista*, que rectifica en parte las aserciones originales de la obra, fue eminentemente liberal en el período giolittiano.

Pero esta política sólo podía desenvolverse libremente en la época en que las masas se acomodaban con facilidad a una acción reformista. Desde que la guerra abrió un período revolucionario, el socialismo se tornó amenazador e inquietante. Giolitti, siguiendo su estrategia equilibrista de contrapeso y antinomias, pensó que podía servirse de las brigadas fascistas para volver a la razón a los socialistas. Luego, sería fácil reducir al orden a los fasci di combattimento. Su último gran servicio a la burguesía y al orden fue su actitud contemporalizadora ante la ocupación de las fábricas. La resistencia del gobierno a la reivindicación obrera del control de las fábricas, habría provocado probablemente la revolución. Giolitti prefirió ceder a la demanda de las masas, quitándoles de este móvil concreto que las impulsaba a la lucha. Pero erró, en cambio, en su cálculo cuando disolvió a la cámara en 1921, con la esperanza de asegurarse, con el concurso de la violencia fascista, una mayoría manejable. Este error franqueó a los fascistas el camino del poder. Mussolini le debe toda su fortuna política. Si el ministro "de la mala vida" como le llamaban algunos por sus concomitancias con la plutocracia septentrional y las oligarquías y caciquismos meridionales, hubiese acerado en su maniobra electoral, la conquista de Roma por el fascismo habría quedado conjurada. Giolitti no se daba cuenta de la naturaleza extraordinaria, excepcional, de los nuevos tiempos. Con su calma y su socarronería piemontesas, creía que todas las efervescencias y exuberancias post-bélicas acabarían por apaciguarse y desvanecerse. Presentía, más próxima de lo que en verdad estaba, la estabilización. Este error histórico, esta falla política, han puesto en revisión toda su fatigosa obra de parlamentario y gobernante; y le han restado, en su última hora, la satisfacción de verse continuado.

* Publicado en *Variedades*, Lima, 28 de Julio de 1928.

- “Los Artamanov”, novela de Gorki (II parte)*

II

El júbilo, la emoción, el clamor con que el pueblo ruso ha saludado el retorno de Gorki a su patria, refrendan plebiscitariamente el homenaje tributado por los Soviets al genial novelista en su sexagésimo cumpleaños. Este homenaje no fue un seco homenaje oficial o académico. Tuvo evidente calor popular. Pero la muchedumbre ha estado más visible y espectacularmente presente en la estruendosa bienvenida. El abrazo que ha esperado a Gorki en la estación de regreso ha sido el abrazó multitudinario de la Revolución.

Y Gorki ha vuelto a Rusia, solicitado por un irresistible y espontáneo impulso interior. Es, como escribe Víctor Serge, el "testigo" de la Revolución, el testigo lúcido, alerta, ferviente. Serge define con certeras palabras este papel: «Gorki sabía, veía, juzgaba, comprendía todo. Veía lejos, veía justo, de una manera que le era propia (y que además no era la nuestra). Otros, que hacían la revolución veían infinitamente mejor que él, que no aspiraba a este rol, lo que se debía hacer, los fines y los caminos. Estos no tenían la aptitud de ahondar en el contenido humano de sus propios actos, de comprender al enemigo de otro modo que como enemigo, de ver la Revolución diversamente que como una grande y ruda tarea por proseguir sin debilidad. Gorki era su igual y su hermano; pero un hermano diferente. La historia es hecha por las masas; pero las masas se encarnan en hombres en las horas críticas de la historia. En esta hora de la Revolución, había un hombre que era el cerebro de la República, otro que era su voluntad de vivir y su espada, un tercero inflexible y probo que era el Terror. Gorki era el "testigo". Me parece difícil precisar mejor la misión, el sino de Gorki frente a la Revolución rusa».

El testimonio del gran escritor no acepta tergiversaciones. Ningún testimonio ha sido, sin embargo, tan tenazmente invocado y mistificado por

los enemigos de los Soviets. Cuando Gorki, urgido por su campaña a favor de las víctimas del hambre, más que por su estado de salud, salió de Rusia en 1921, la prensa burguesa propagó las más insidiosas conjeturas sobre las relaciones entre el novelista y los Soviets. En diciembre de 1922, visité a Gorki en Saarow Ost. Le escuché entonces un terminante desmentido de los juicios que se le atribuían. Gorki, de incógnito en Saarow Ost, se negaba a todo reportaje. Esto no obstaba para que las agencias telegráficas difundiesen entrevistas a las que jamás se había prestado. Su posición no había cambiado: su admiración a Lenin, de la cual dio fe en páginas archinotorias, se mantenía intacta. Volvería a Rusia apenas su salud lo consintiese y su trabajo lo reclamase. Así ha sucedido: convalecidas sus fuerzas en Saarow Ost y Capri, Gorki ha regresado a Rusia, nostálgico de su gente, para escribir una novela de la vida obrera. Los Artamonov, su última obra, es una novela de la vida burguesa. La historia de los Artamonov concluye cuando la Revolución empieza. Para su nuevo trabajo, Gorki necesitaba documentarse en la misma Rusia.

No faltan hoy mismo periodistas bastante inescrupulosos para mentir en torno de esto. El señor Cristóbal de Castro, en un artículo de La Libertad de Madrid, desahoga una vez más su odio inepto y mezquino a la Revolución rusa, exhumando las más mendaces versiones acerca de la actitud de Gorki ante los Soviets. Al revés de Gorki novelista, el señor Cristóbal de Castro no ha menester de documentarse para tratar un tema. Tiene la osadía irresponsable del gacetillero para afirmar cualquier cosa, sin ningún temor de engañarse. Le bastan los recuerdos dispersos de sus lecturas apresuradas y vulgares para escribir la historia. Puede trazar la biografía de Gorki, sin haberse jamás acercado a su obra ni a su vida: El hombre y los ex-hombres se titula el lamentable artículo de este lamentable Cristóbal que no descubrirá ninguna América, porque su autor tiene la curiosa sospecha de que el de los ex-hombres es el asunto central de la obra de Gorki. Escribe que «al estallar la revolución bolchevique, Máximo Gorki culminaba su apostolado por los ex-hombres», confundiendo probablemente a los ex-hombres con el pueblo ruso. Esta afirmación nos persuade de que el señor de Castro no conoce la obra de Gorki sino de oídas, por lo que se conversa sobre ella en las cafés. De otra manera no se habría formado un juicio tan sumario y grosero.

Haré gracia al público de los demás truculentos lugares comunes de que el cronista de La Libertad se vale para explicar a su modo la posición de Gorki ante los Soviets. Me interesa denunciar su más flagrante y original mentira, que constituye precisamente el motivo central de su divagación. No obstante su costumbre de servir a la glotonería de su público cualquiera vulgaridad, el señor Cristóbal de Castro no habría escrito este artículo si no

hubiese tenido algo que decir de la reciente novela de Gorki, aún no traducida al español, si no me equivoco. He aquí lo que dice: «En Capri, junto al mar azul, el apóstol de los ex-hombres fue metodizando sus cóleras por la reflexión y sus juicios por el documento hasta dar en su libro *Los Artamonov*, un robusto resumen del comunismo al través de tres generaciones: el mujik,* de la época de los siervos; el industrial dilapidador de la época zarista y el revolucionario bolchevique. Generación aldeana y crédula. Generación industrial y ambiciosa. Generación revolucionaria y tiránica. Las tres generaciones de Artamonov no sólo se dañaron a sí mismas, sino que quitaron la fe y la paz a los siervos, a los mujiks, a los obreros de toda Rusia». Guardo muy frescos y precisos mis recuerdos de este libro, sobre el cual he escrito.* (Me diferencia del señor de Castro el hábito de no comentar o resumir sino libros que he leído). Y me siento en grado de suponer que el señor Cristóbal de Castro no conoce *Los Artamonov* sino a través de uno de esos retazos de crónica, recogidos sin ningún discernimiento crítico, de que se sirve generalmente para su trabajo periodístico. Porque en caso de haber leído *Los Artamonov*, su absurda interpretación lo dejaría en muy mala postura. Resultaría que el escritor de *La Libertad* no sólo está mal informado por gacetilleros presurosos y confusos, sino que es incapaz de informarse mejor por su cuenta. Habría leído *Los Artamonov*, pero sin entender una palabra del asunto ni de los personajes. Remito a los lectores a mi anterior artículo. Les será fácil enterarse de que ni el asunto ni los personajes de *Los Artamonov* tienen algo que ver con el comunismo. Las tres generaciones de la familia Artamonov que nos presenta Gorki son tres generaciones burguesas. El fundador de esta precaria dinastía de burgueses de provincia, procede del servicio de un príncipe expropiado. Es un siervo emancipado, como los que se encuentran en los orígenes de la burguesía de otros países. Es un campesino, pero no es un mujik. Proviene quizá de una generación aldeana y crédula, pero él mismo no lo es. En él se reconoce, más bien, el impulso creador que mueve el surgimiento de toda burguesía. Toda la obra de la familia Artamonov -una fábrica y su provecho-, es del viejo ex-doméstico. De sus hijos, uno lo sucede en el comando de la fábrica, el otro, un jorobado, se refugia en un monasterio. Su sobrino, hijo natural de un noble, se prolonga en un industrial de cierta facundia y presunción, contagiado de ideas reformadoras y progresistas, que miran al afianzamiento del poder de la burguesía contra el poder supérstite de la aristocracia. Uno de los Artamonov de la tercera generación repudia la fábrica y la familia. Los repudia por adhesión intelectual al socialismo; pero escapa por este mismo acto al argumento de la novela. Es un personaje ausente, desertor. La ruina de los Artamonov tiene un testigo implacable, el viejo portero Tikhon. Cuando la revolución sobreviene, habla por sus labios. Pero tampoco Tikhon es comunista ni es obrero. No es sino un testigo rencoroso y desilusionado del drama al que le toca asistir. [*Campesino pobre]

Don Cristóbal de Castro concluye su artículo atribuyendo a Gorki una niña de pocos

años. He visto en Crítica de Buenos Aires la fotografía en que aparece Gorki con esta niña y su madre. Y he reconocido en la última a la nuera de Gorki, la esposa de su hijo, precisamente la intérprete de mi entrevista. Es una lástima que desde un rincón de Sudamérica se pueda sorprender en tan grosero error a un periodista de Madrid, tro-tamundos y experimentado.

* Variedades del 3 de ago de 1928.

- EL GOBIERNO DE LA GRAN COALICION EN ALEMANIA*

La laboriosa gestación del gabinete que preside el líder socialista Herman Müller, denuncia la dificultad del compromiso logrado entre la Social-democracia y el Volkspartei para constituir un gobierno de coalición en Alemania. Los socialistas, que en las últimas elecciones obtuvieron una magnífica victoria, han hecho las mayores concesiones posibles a los populistas y Stresseman (Volkspartei), que en dichas elecciones perdieron no pocos asientos parlamentarios. La social-democracia ha vuelto al poder; pero a condición de compartirlo con el partido que representa más específicamente los intereses de la burguesía alemana. El programa del gabinete Müller-Stresseman es un programa de transacción, en cuya práctica tienen que surgir frecuentes contrastes. A eliminar en lo posible las causas de conflicto, han estado destinadas, sin duda, las largas negociaciones que han precedido la formación del gobierno. Pero el compromiso, por sagaces que sean sus términos, está siempre subordinado en su aplicación al juego de las contingencias. La culminación de la victoria de los socialistas habría sido el restablecimiento de la coalición de Weimar: socialistas, centristas y demócratas; la asunción del poder por la coalición negro-blanco y oro; la restauración en el gobierno de los colores y el espíritu republicanos y democráticos. Pero una victoria electoral no es la garantía de una victoria parlamentaria. Las elecciones francesas del 11 de mayo de 1924 dieron la mayoría al bloque de izquierdas; pero la asamblea salida de ellas concluyó por restablecer en el gobierno a Poincaré. El parlamento y el gobierno parecen ser, además, en Alemania, desde hace algún tiempo, una escuela de prudencia y ponderación. Los partidos creen servir mejor sus doctrinas por la transacción que por la táctica opuesta. Alemania está resuelta a dar al mundo, —que la reprochó siempre su tiesura, su rigidez y su lentitud—, las más voluntarias seguridades de su flexibilidad, de su agilidad, de su ponderación. La elección de Hindenburg, candidato del bloque de las derechas, que recibía de los nacionalistas el tono y el verbo, fue estimada por muchos como el comienzo de una restauración monárquica y conservadora, que en poco tiempo había cancelado el espíritu y la letra de la constitución de Weimar.

Mas la ascensión de Hindenburg a la presidencia tuvo, por el contrario, la virtud de conciliar, poco a poco, a las derechas con las instituciones democráticas. El partido populista ya había superado esta prueba. Pero el partido nacionalista conservaba aún, enardecido por la marejada reaccionaria, su intransigencia anti-republicana. El paso de la oposición al poder, lo obligó a abandonarla, al mismo tiempo que a suavizar, en obsequio a la política inter-nacional de Stresseman, su aspereza revanchista. No obstante sus críticas y reservas, los nacionalistas han aceptado prácticamente la política de reconciliación de Alemania con los vencedores, hábilmente actuada por Stresseman. Y han relegado, durante largo tiempo, a último término, sus reivindicaciones monárquicas. Su colaboración con la república, aunque dosificada a las circunstancias, ha servido a la estabilización democrática y republicana del Reich. Los nacionalistas han salido diezmados de las últimas elecciones, en las cuales, en cambio, los partidos del proletariado, socialistas y comunistas, han hecho una imponente afirmación de su fuerza popular. Los socialistas no han podido, a su turno, sustraerse al influjo de esta atmósfera de moderación y compromiso. El retorno a la coa-lición de Weimar no les ha parecido inoportuno y aventurado sólo a los centristas, sino también a los propios directores de la social-democracia. Por esto la participación de Stresseman y el Volkspartei en el gobierno, reclamada también seguramente por Hindenburg, ha exigido una gestión empeñosa, en la cual los jefes socialistas se han sentido impulsados a una estrategia muy cauta. Stresseman, ha discutido con ellos en una posición ventajosa. Algunos votos menos en el parlamento, no han restado a su partido absolutamente nada de su significación de órgano político de la gran industria y la alta finanza. La social-democracia sabe perfectamente que al parlamentar con los populistas, trata con el estado mayor de la burguesía alemana.

Y, desde este punto de vista, el proceso de estabilización democrática de Alemania nos descubre, en sus raíces, un aspecto de la crisis del parlamentarismo o sea de la democracia. La potencia de un partido, como lo demuestra este caso, no depende estrictamente de su fuerza electoral y parlamentaria. El sufragio universal puede disminuir sus votos en la cámara, sin tocar su influencia política. Un partido de industriales y banqueros, no es lo mismo que un partido de heterogéneo proselitismo. Al partido socialista, que es un partido de clase, sus ciento cincuenta y tantos votos parlamentarios, si le bastan para asumir la organización del gabinete, no lo autorizan a excluir de éste a la banca y la industria, a menos que opte por un camino revolucionario que no es el suyo.

La gran coalición no deja fuera de la mayoría parlamentaria, sino de un

lado a los nacionalistas fascistas y, de otro lado, a los comunistas. A la extrema de-recha y a la extrema izquierda. Los comunistas, —que a consecuencia del fracaso de la agitación revolucionaria de 1923 han atravesado un período de crisis interna—, han realizado en las últimas elecciones una extraordinaria movilización de sus efectivos. Grandes masas de simpatizantes, han vuelto a favorecer con sus votos al partido revolucionario. La primera consecuencia de la victoria de la clase obrera en la política ha sido, por esto, la amnistía para todos los perseguidos y procesados político-sociales. Esta amnistía fue uno de los votos del pueblo. El gobierno no podía dejar de sancionarlo.

Los socialistas tienen cuatro ministros en el gabinete: Müller, canciller; Hilferding, Finanzas; Severing, Interior; y Wisel, Trabajo. Pero esta cuantiosa participación en el poder, no es la que corresponde a la fuerza electoral del proletariado. Stresseman y sus amigos pesan en el gobierno de la gran coa-lición, tanto como los ministros de la socialdemocracia. El equilibrio de este gobierno, por lo tanto, resulta artificial y contingente en grado sumo. Ya se habla de la probabilidad de apuntalarlo en el otoño próximo, con un remiendo. Y esto es lógico. La gran coalición es un frente demasiado extenso para no ser provisional e interino.

* Publicado en Variedades, Lima, 11 de Agosto de 1928.

- Panait Istrati (III parte)*

Monde, la nueva revista internacional de Henri Barbusse, (Clarté, emancipada hace algunos años de Barbusse, se ha transformado recientemente en La Lutte de Clases), publica en sus primeros números algunos relatos de viajes de Panait Istrati. Las últimas estaciones de la vida del genial autor de Los relatos de Adrián Zograffi (Kyra Kyralina, Tío Anghel, Los Haiducs) nos son contadas así por él mismo, con su encantado y oriental don de narrador.

La exaltación, la intensidad, la pasión de Panait Istrati vagabundo nos eran maravillosamente comunicadas por sus novelas. Pero nos escapaba el Istrati artista, el Istrati renacido. Su biografía, divulgada en todas las lenguas, concluía con el episodio de su frustrado suicidio y de su revelación como artista en una carta a Romain Rolland. Espíritu agónico, al buscar la muerte, Panait Istrati halló la vida: la vida inmortal del creador, del artista. Pero, ¿el literato habría extinguido al vagabundo? He aquí una pregunta ansiosa de todos los que desde su primer libro lo conocimos y amamos. ¿Qué habían hecho París y la gloria, del errante amigo de Mikhail? Sabíamos que Panait Istrati, hombre antes que literato, había ido a Rumania a combatir la dura batalla de su pueblo. Lo oíamos responder siempre ¡presente! al llamado de la revolución. Mas nos faltaba su confianza. Necesitábamos que nos contase con su voz amical, fraterna, su experiencia íntima de escritor célebre.

Hace varios meses, lo escuchamos en un reportaje de Frederic Lefèvre. Con Istrati, Lefèvre no podía emplear la técnica habitual de sus entrevistas: Une heure avec...* A Panait Istrati no es posible acercarse como reportero sino como amigo. No una sino muchas horas duró el diálogo de Istrati y Lefèvre; gozoso itinerario de imágenes y aventuras, que después de conducirnos a Braila donde del amor de un griego y una rumana nació Istrati, hace cuarenta años, nos devuelve a su intimidad de ahora. Por esta confesión, sabemos que el novelista no vive menos insatisfecho y atormentado que el vagabundo. El placer y el dolor de la creación no

colman su alma. ¡Qué miserable cosa le parece haberse convertido en un literato, nada más que un literato! Sobre sus hombros sensibles y porfiados, pesa una responsabilidad nueva. «No veo en mi caso -dice a Lefévre- sino una aventura, edificada sobre un accidente auténtico y sangriento sobrevenido en mi vida. En tanto que los hombres deberán esperar accidentes semejantes para poder expresarse, no tendré mi ejemplo por un éxito. Soy pobre y espero morir pobre, porque marchó en mi vida de hoy acompañado de la inmensa familia de los vagabundos encontrados en mis rutas. Estoy en la mitad de mi obra, tal como la he concebido durante mis largos años de vagabundo. Cuando haya doblado el cabo de esta jornada, dejaré la pluma, tornaré a los caminos de ayer y reviviré, con mis compañeros recuperados, horas oscuras y alegres, exentas tal vez de las pesadas responsabilidades que me oprimen. Así, habré dado mi más bello ejemplo: liberarse de lo que se lleva en sí de mejor, sin hacer de esta liberación un hábito ni un oficio» [* Una hora con...]

Ahora, en estos artículos de Monde, Panait Istrati reanuda su relato. Instalado en París, su instinto nómada no lograba conformarse con una existencia sedentaria. La partida de Rakovsky, ex-Embajador de los Soviets en París, encendió súbita e irresistiblemente sus nostalgias de viajero. Rakovsky e Istrati son viejos camaradas de la lucha revolucionaria rumana. Se conocieron hace muchos años, cuando Rakovsky, mitad rumano, mitad búlgaro, (según él mismo, dos países se han disputado el honor de no ser su patria) era sólo un agitador oscuro y Panait Istrati secretario de un Sindicato de albañiles. Se reencontraron últimamente en París, Rakovsky embajador, Istrati novelista famoso, traducido a dieciséis lenguas, consagrado por la más alta crítica mundial. El ex-Embajador invitó a su amigo a un viaje a Rusia. Ambos partían unas horas después. Istrati nos cuenta un episodio de este viaje, quizá el de más interés autobiográfico: su vista a Grecia, el país de su padre. Grecia, según parece, en esta oportunidad no ha tenido tiempo de ser descortés con Istrati, quien a su turno no ha tenido tiempo de entrar en la batalla contra el gobierno como en Rumania. El poeta de la amistad -la amistad es el motivo central de la obra de Istrati- ha hallado en Grecia amigos que ingresan definitivamente en su existencia. Ninguna victoria literaria, ningún éxito editorial, de los últimos tiempos, mejor ganados que éstos de Panait Istrati. Desde su primer libro, que en el orden editorial es Kyra Kyralina, y en el orden biográfico Tío Anghel, se reconoció en Istrati dotes de inmortalidad. Su obra era el mensaje de un hombre de acendrada, generosa, ingente humanidad. Tengo la sospecha de que esta obra ha dejado ya su huella en la literatura hispano-americana. Me parece encontrar su resonancia en el magnífico Don Segundo Sombra de Ricardo Güiraldes. Esta novela es, como las de Istrati, un canto a la amistad. Y Don Segundo tiene el instinto andariego, la alegría aventurera de los personajes de Istrati. Como éstos, posee el don del relato. Su filosofía se alimenta de los mismos sentimientos. Si no me equivocas -es una asonancia

espiritual más que una analogía artística la que he percibido entre las dos obras- no sufriría ninguna disminución el mérito de Don Segundo Sombra. Porque la vecindad a Istrati no puede ser sino un caso de grandeza.

 * Me complace remitir al lector a la traducción del relato de Spilca el monje, que Eugenio Garro ha hecho expresamente para **Amauta** (Nos. 1, 2 y 3, pp. 17-19, 34-36 y 26; Lima, IX, X y XI - 1926), y a la que hizo antes para **Variedades** del relato de Jeremías, el hijo de la floresta. (Nota del autor). * Variedades del 18 de ago de 1928

- "POLITICA, FIGURAS, PAISAJES", POR LUIS JIMENEZ DE ASUA*

Con tantos hombres de cátedra o de letras que, refugiándose en un cómodo y cobarde agnosticismo de la ciencia y el arte, se sienten exonerados de todo deber civil de combatir o resistir el retorno al despotismo, especialmente si tiene como condoliere* a un crudo e inculto pretor, Jiménez de Asúa habría podido clausurarse en su dominio técnico, sentirse penalista y catedrático puro, ignorar la suerte de su pueblo, eludir su responsabilidad de ciudadano y de intelectual. Pero Jiménez de Asúa, como don Miguel de Unamuno, tan presente y esencial en todo pensamiento que nos conduzca a España, como Gregorio Marañón, pertenece a un tipo de intelectuales que no entienden los deberes de la inteligencia restringidos a un plano profesional sino extendidos a la defensa de todos los valores de la civilización que no se reducen cierta-mente a la ciencia, la cátedra, el arte. Hombres de sensibilidad exquisita, que reconocen en todo retorno all'antico,** en toda recaída en el absolutismo, en política, una agresión a la cultura, a la civilización, agresión que si no es rechazada victoriosamente comprometerá e insidiará el progreso de todas las actividades del espíritu, a comenzar por aquéllas que algunos suponen más autónomas. [* Conductor, caudillo./

** Retorno a lo antiguo]

Jiménez de Asúa ha empezado a reflexionar y a ocuparse en la política de su patria, solicitado por la necesidad de resistir una reacción de este género, que ya ha trascendido a la vida intelectual de su pueblo, de la manera que en alguna parte de su libro comenta. «La vocación por las ciencias del delito -escribe en el prólogo- me hizo desentenderme, durante largos años, de preocupaciones políticas y sociales. A tiempo he comprendido que los técnicos que abjuran de su cualidad ciudadana merecen el más denso menosprecio. El universo íntimo de mi ser se ha colonizado por nuevos pobladores, a los que se deben las páginas de esta obra. El Directorio* y los que continúan ahora sus maneras no son ajenos a esta evolución de mi intimidad, que contemplo con extremo regocijo». [* Dictadura española impuesta por el General Primo de Rivera]

El pensamiento político de Jiménez de Asúa no está netamente formulado en su obra. Más que una doctrina, se dibuja en sus escritos una actitud. Una actitud que no es únicamente suya y que se podría tal vez definir con esta palabra: neoliberalismo, porque la palabra liberalismo sabe a cosa rancia, bastante desacreditada. Este liberalismo no se estima, doctrinal ni prácticamente, inconciliable con el socialismo. Por el contrario, descansa en la convicción de que la realización de la idea liberal, en lo que encierra de más esencial, es en nuestro tiempo misión del socialismo y de las clases obreras. Es, en sustancia, el liberalismo dinámico, dialéctico histórico, del cual ha sido siempre insigne y austero maestro Benedetto Croce, quien exento como pocos pensadores de la misma escuela, de toda gazmoñería liberal, o pseudo liberal, condenaba desde 1907 inexorablemente a la reacción, con estas palabras: «La pretensión de destruir el movimiento obrero, nacido del seno mismo de la burguesía, sería como pretender cancelar la Revolución Francesa, la cual creó el dominio de la burguesía. Más aún, al absolutismo iluminado del siglo décimo octavo, que prepara la revolución, y, de grado en grado, suspirar por la restauración del feudalismo y del Sacro Imperio Romano y por añadidura el retorno de la historia a sus orígenes, donde no sé si encontraría el comunismo primitivo de los sociólogos (y la lengua única del profesor Trombetti, pero no se encontraría, por cierto, la civilización). Quien se pone a combatir al socialismo no ya en este o tal momento de la vida de un país, sino en general (digamos así en su exigencia), está constreñido a negar la civilización y el propio concepto moral sobre el cual la civilización se funda».. Liberales de esta estirpe, aunque no acepten siempre la etiqueta liberal, son en Europa don Miguel de Unamuno y Bertrand Russell y, en la América Latina, Sanín Cano.

Mas esto indica que el liberalismo no tiene continuación y actualidad sino en un plano netamente intelectual y filosófico; y que si se desciende al terreno de la política práctica y concreta, el liberalismo está representado por conservadores, atentos sólo a su técnica administrativa y económica y ausentes de su espíritu revolucionario, que se obstinan en la tarea reaccionaria de resistir al socialismo, al cual incumbe todo desarrollo posible y lógico de la idea liberal. Con penetrante percepción, un literato ajeno a teorizaciones políticas, como don Ramón del Valle Inclán, declara que el deber de todo liberalismo consciente es hacerse socialista. El liberalismo, por tanto, en cuanto quiere permanecer tal, carece de doctrina. Su programa económico es el del socialismo, que recibe todo su patrimonio histórico. Y, por consiguiente, no se ve cuál puede ser, en sentido revolucionario, el oficio de los partidos liberales. El liberal verdadero proclama que su función ha pasado a los partidos socialistas, a la clase

trabajadora. El drama del liberalismo está en su obligación de reconocer que ha llegado la hora de su liquidación como programa económico y como partido político.

Jiménez de Asúa constata que el neoliberalismo español no puede transigir con el regreso al antiguo régimen constitucional y a los hombres y métodos que lo representaron. «Con independencia de los añejos partidos republicanos, cuya única misión parecía la de dar ministros al monarca, se ha constituido ya un poderoso núcleo de acción republicana. España posee, en suma, hombres capaces de regir los destinos del país por rutas certeras y democráticas, pero esas juventudes intelectuales, que combaten contra el Directorio y que repudian sus procedimientos, no sólo quieren luchar contra la episódica dictadura vigente sino que desean derrotar al germen de futuros despotismos. No se contentan, pues, con un cambio de métodos de gobierno, pretenden la sustitución del régimen monárquico, por una república democrática que viva en estrecha alianza con los obreros. La empresa de derrotar al Directorio no hubiera sido difícil si la intelectualidad liberal quisiera convivir con la monarquía; pero como sus aspiraciones flechan más dilatados horizontes, aún deberá soportar España la opresión por algún tiempo».

El Partido Socialista Español, a su turno, en su último congreso, ha revelado, a través de los discursos de Indalecio Prieto y Teodomiro Menéndez, una acentuada preocupación respecto a la conveniencia de entonar su acción con las aspiraciones de la opinión liberal, hasta transformarse en el núcleo central de ésta. Prieto y Menéndez son, sin duda, mucho más liberales que socialistas. Son dos liberales que se dan cuenta de que no hay nada que hacer en el liberalismo; pero en quienes los resabios de la política parlamentaria y electoral, operan todavía lo bastante para que el liberalismo les parezca, por algún tiempo, la mejor política socialista.

Hace falta en España una clarificación mayor de las ideas para que se arribe a una concentración decisiva de las fuerzas. Tanto las valuaciones de Jiménez de Asúa como las del socialismo oficial, dicen que esa clarificación está aún lejos. Las unas y las otras denuncian este hecho: que los liberales no se deciden a ser absoluta y efectivamente liberales, tanto como los socialistas no se deciden a ser efectivamente socialistas.

 * Publicado en **Varietades**: Lima, 19 de Setiembre de 1928. En armonía con una práctica del autor, y en atención a su carácter circunstancial, se ha suprimido del texto un párrafo inicial, que expresaba lo siguiente: «En las novísimas ediciones de Historia Nueva que constituyen la primera fase de una labor de "organización de la comunidad hispánica", ha aparecido un libro de Jiménez de Asúa, **Política, Figuras, Paisajes**, que inaugura un capítulo de la copiosa bibliografía del brillante profesor español. En este volumen, ha reunido Jiménez de Asúa sus recientes escritos sobre temas políticos, culturales y estéticos, reintegrando a los primeros cuanto les amputara y recortara la censura, en las planas de **La Libertad**, de Madrid. Tenemos aquí entero y vivo, sin mutilaciones inquisitoriales, el juicio de Jiménez de Asúa sobre los objetivos de la batalla liberal contra la dictadura de Primo de Rivera, sobre la amnistía y el indulto acordados por este gobierno para cancelar las responsabilidades militares de Marruecos, sobre el derecho penal

militar tan entonado en España a los intereses y sentimientos de la burocracia marcial, etc. El libro es, ante todo, el alegato escrito de Jiménez de Asta contra la dictadura rijosa y flamenca que impone temporalmente a España un regreso especioso a la monarquía absolutas».

- "CAMINO DE SANTIDAD" POR JULIO NAVARRO MONZÓ*

Navarro Monzó es, en la América Latina, un elocuente y erudito predicador de religiosidad. Su empeño de suscitar inquietudes espirituales y religiosas en esta América de Catolicismo jesuítico y burocrático, significa una reacción contra el positivismo mediocre, el escolasticismo rudimentario y el culto mecánico que impera en nuestros pueblos.

El catolicismo culminó en la España de los místicos y de Loyola. La fe que conquistó a esta América fue la más combativa, ardorosa, encendida. Pero, superpuesta a los mitos indígenas, acomodada a una sociedad sensual y mestiza, no conservó en las colonias hispanas, como no conservó en la misma España, su impulso místico. La Contrarreforma condenaba a los países que la adoptaban a renunciar al secreto íntimo de la nueva economía y de la nueva política de Occidente. España aceptó, reclamó, con vehemente y apasionada fidelidad al Medioevo, este destino. Sus colonias lo heredaban pasivamente sin pathos, sin heroísmo, sin tragedia. Y así, mientras el catolicismo español puede producir todavía un espíritu y un pensamiento religiosos, tan acendrados y patéticos, como los de Unamuno, el catolicismo latinoamericano alcanza su grado más alto en la ortodoxia relativa, en el pragmatismo sagaz de Gabriela Mistral, si no en el tolstoyanismo orientalista de Vasconcelos. La alta especulación religiosa -y aun filosófica- no entra casi en el trabajo intelectual de los latinoamericanos; y, en todo caso, constituyen un ejercicio laico más bien que religioso, como lo indican los nombres citados. El latinoamericano no siente, sino en una medida muy ínfima, el problema religioso y moral de la cultura. O se contenta gregaria y formalmente con las soluciones simples y rígidas del catecismo elemental. O se adapta a un escepticismo frívolo, vacuo, estéril, extraño a toda meditación filosófica, proclive a toda abdicación moral.

En esta atmósfera trivial y sorda, la propaganda de Navarro Monzó tiene el mérito y la utilidad de todo excitante espiritual. A gentes que se mueven

según la mecánica de la civilización occidental pero ajenas a sus cómo y a sus por qué, ausentes de su sentido y de su drama, Navarro Monzó trata de interesarlas en la búsqueda y el entendimiento de los valores espirituales. La evolución religiosa de la humanidad, es el tema constante de sus libros, conferencias y artículos. La primacía de lo espiritual, es la conclusión de su enseñanza.

Camino de Santidad, contiene los elementos esenciales del pensamiento de Navarro Monzó, estrechamente emparentado con diversas notorias posiciones de la filosofía contemporánea en la explicación del fenómeno místico. El racionalismo ochentista resolvía la religión en la filosofía. El pragmatismo y el vitalismo del novecientos, prefieren reconocer la autonomía de la religión. «Como Samuel Butler fue el primero en insinuar - escribe Navarro Monzó en Camino de Santidad- lo divino en la naturaleza no es sino un esfuerzo de superación que parece tratar de realizar sus pensamientos, modelos eternos, en el devenir de las cosas; un torrente ascendente que, tanteando, ensayando, equivocándose y volviendo a empezar, se abre paso lentamente, creando formas cada vez más bellas, más perfectas, seres cada vez más inteligentes; una voluntad que hace irrupción en los cataclismos primeros hasta hallar en el hombre un instrumento bastante imperfecto aún pero cada vez más consciente y, por ende, más dócil a sus constantes designios de bien». El fenómeno místico, la experiencia religiosa, son estudiados por Navarro Monzó lejos de cualquier dogmatismo confesional. Toda fe religiosa marca una etapa de la ascensión humana. El concepto de Dios no ha permanecido estático. El Dios de la cristiandad no es el de la Biblia. «Dios no es ya una entidad terrible, el Señor del Sinaí, Yahveh de los Ejércitos, que fulmina a los hombres con sus rayos y tiñe sus vestidos en sangre humana pisoteando los pueblos en las batallas, como un viñatero estruja bajo sus pies las uvas en el lagar. El profeta lo compara a una madre y, no satisfecho aún, en nombre de Él, dice al pueblo judío: "tú me has esclavizado con tus pecados y me has cansado con tus iniquidades". No es el Dios trascendente que escribe su ley sobre tablas de piedra. Es algo inmanente, solidario con la humanidad, que busca grabar sus mandatos en los corazones en tablas de carne, como querían Jeremías y Ezequiel. Es una fuerza que busca realizar sus designios en el curso de la historia pero que nada puede sin la cooperación del hombre, que se siente coartado por la obstinación humana». Y más adelante, reitera Navarro Monzó esta definición de la divinidad, apoyándose en los escritos joaninos. «Su autor -dice- como todos los demás autores del Nuevo Testamento, vieron en Jesús una revelación positiva de lo Divino, y el Dios que se revela en el Cristo no es, naturalmente, la Divinidad desnuda de todo atributo, trascendente e inefable de la cual nos habla Lao Tse, Plotino y Eckhart. No es el supremo misterio descubierto por la metafísica, sino la

Inteligencia que se manifiesta ordenando todas las cosas, la Bondad que las rige: el Padre, en una palabra, del cual habla tanto y tan insuperablemente el Sermón de la Montaña».

Filosóficamente, el pensamiento de Navarro Monzó no avanza un paso más allá de la filosofía racionalista, y antes bien se detiene con sagaz reserva ante sus últimas conclusiones, acaso porque una categórica y explícita negación de toda trascendencia, rompería la cuerda tensa que enlaza su propaganda con el protestantismo. No llega tampoco al individualismo absoluto de Unamuno en *La Agonía del Cristianismo*, que tan exaltadamente se revela contra el pretendido cristianismo social, cuando afirma que "la cristiandad exige una soledad perfecta" y que "El ideal de la cristiandad es una cartuja que abandona padre y madre y hermanos por el Cristo y renuncia a fundar una familia, a ser marido y padre". Y, práctica e históricamente, Navarro Monzó, aunque proclama que la Nueva Reforma es un hecho, no se evade del ámbito ideológico del protestantismo. De su obra, puede decirse que es una preparación para la herejía, pero que no es aún la herejía; que es el anuncio de un evangelio, pero no es el evangelio todavía. *Camino de Santidad* es una invitación al misticismo; pero no como lo han sido todos los movimientos religiosos, a un tipo determinado de misticismo. «Hay un poco de misticismo -escribe Navarro Monzó- en el amor de la familia, en el sacrificio diario que un hombre hace por los suyos. Hay más misticismo todavía en el interés que se toma por los intereses generales: en la solidaridad de clase, en el desarrollo de la cultura, en la dignidad de su gremio, en el buen nombre de su profesión. Mayor es todavía el misticismo que implica el patriotismo cuando éste no es apenas huera y retórica patriotería, cuando lleva a los supremos sacrificios de todas aquellas cosas que, en la rutina de la vida diaria, el hombre considera inestimables. Pero si palabras tales como Justicia, Verdad, Bien, llegan a ser consideradas como valores absolutos frente a los cuales palidecen todos los demás valores; si un hombre se halla dispuesto a sacrificar su posición y la de su familia, a colocarse frente a los prejuicios de su clase, a enfrentarse aún con su misma patria para defender uno de aquellos valores en contra de un pueblo entero apasionado y enloquecido, es indudable que se halla en las cumbres mismas del Misticismo».

Pero en la prédica de Navarro Monzó hay demasiada diplomacia para que sea verdaderamente mística. Es una propaganda entonada a la tendencia "modernist" -empleando el término con que se le bautiza en el campo católico- de conciliar la religión con la ciencia, la tradición con la modernidad. Es el Libre Cristianismo, tan acérrimamente descalificado por el Papini tremendamente hereje y religioso de 1910 y definido por él en sus *Polemiche Religiose* como "una suerte de libre pensamiento porque niega

toda organización religiosa y reduce la religión a una imprecisa fe en el indefinido Dios panteístico y a las obras socialmente buenas". («Es el libre pensamiento -agregaba Papini- que bien conocemos con un poco más de Cristo y un poco menos de coherencia. Ese libre pensamiento de los países nórdicos más pegados a la idea de una religión constituida, como el libre pensamiento es el libre cristianismo de los países latinos que cuando comienzan a desvertirse no se paran hasta que no se quedan desnudos»).

Desde hace mucho tiempo, Navarro Monzó ha descartado radicalmente la posibilidad de extender a Latinoamérica el Protestantismo. «Cuando los mismos países reformados -sostenía hace varios años en otro libro- están sintiendo la necesidad de una Nueva Reforma, lo mejor que pueden hacer los países latinos es buscar ellos mismos su propia Reforma, una Reforma que corresponda a las necesidades mentales y sociales del hombre del siglo XX, en lugar de aceptar servilmente los frutos de la Reforma llevada a cabo por los pueblos del Norte hace ya cuatro siglos». Pero Navarro Monzó no precisa esta nueva Reforma -sus proposiciones al respecto son muy genéricas y elásticas-. Y, en todo caso, no se ve cómo la Nueva Reforma podría encontrar su sede en pueblos que han ignorado totalmente la primera Reforma y que no han sentido su necesidad. El modernismo -esto es una nueva corriente peculiar de los países católicos y latinos- sería, si la América Latina se moviese hacia un cisma, un modelo mucho más apropiado y próximo.

Persuadido de que es tarde para esperar su aclimatación en la América Latina, el Protestantismo nos recomienda -por boca de estos propagandistas no ortodoxos- no sus propios dogmas, que reconoce ya bastante envejecidos, sino los principios probables de una presunta Nueva Reforma. No es, así, sin duda, como se ha presentado en la historia ninguna gran herejía, destinada a convertirse en un dogma o una religión. La primera condición del hereje creador y fecundo es su beligerancia, su intransigencia. Los héroes de la Reforma Protestante desafiaron la hoguera, la excomunión, el infierno. No es posible creer, por muy indulgente y optimista que uno sea, en una Nueva Reforma diplomáticamente predicada desde las tribunas de la YMCA.

La Reforma representó, en el orden religioso, la ruptura no sólo con Roma y el Papado, sino con el orden medioeval, con la sociedad feudal. La Nueva Reforma, si ha de venir, tendrá que surgir a su vez en abierto contraste con el orden burgués, con la sociedad capitalista. El Protestantismo ha sido y es la religión y la moral del capitalista, del gran capitalismo. No se concibe una nueva Reforma que no comience por entender esta solidaridad.

Si Navarro Monzó se colocara en el mismo terreno que Unamuno, podría inhibirse de

conocer y enjuiciar estos problemas. Pero aunque políticamente, como natural desarrollo de la idea liberal y protestante, no parezca distante del anarquismo, su concepción está perfectamente clasificada dentro de las varias formas del cristianismo social. Navarro Monzó no quiere separar la religión de la vida, ni que lo espiritual ignore lo temporal. Para Julián Benda, he aquí, sin duda otro, caso de Clerc qui trahi.*
 [*"La intelectualidad traidora"]

 * Publicado en Variedades: Lima, 8 de Setiembre de 1928.

- EL CENTENARIO DE TOLSTOY*

El primer centenario del nacimiento del Conde León Tolstoy nos invita a todos, con más o menos instancia, a un momento de meditación tolstoyana. La América Latina es uno de los continentes espirituales que menos ha sentido el ascendiente de Tolstoy. Sabemos que de esto no es posible hacerle un mérito. Tolstoy no ha penetrado en el espíritu latinoamericano por defecto de sensibilidad. La América sajona podía, por razones de vitalidad capitalista, mostrarse poco permeable a la prédica del autor de La Guerra y la Paz. La moral puritana o judía le bastaba como fermento espiritual en su desarrollo capitalista. ¿Qué se iba a hacer un pueblo de pionners, con el mensaje de un patriarca rural eslavo, ásperamente hostil a la civilización industrial y urbana, orientalmente impregnado de ideas budistas y taoístas*? Tolstoy en Norteamérica no habría tenido la fortuna de Williams James, de Ralf Waldo Emerson, ni de Walt Withman. Habría sido un rudo caso de soledad y de protestas a lo Thoreau. Latino América, agraria y colonial, le ha resistido por otras razones: por negligencia espiritual e intelectual, por carencia de preocupaciones religiosas, por sensualidad tropical. El veneno de todos los decadentismos, nos ha hallado más propicios. Tolstoy ha Llegado tarde a nuestra conciencia. Vasconcelos es, quizá, el único portador de su mensaje. [*El taoísmo es una doctrina filosófico-teológica china, predicada por Lao Tse Tao en chino significa sendero, camino]

Tolstoy está presente y operante, sobre todo, en Asia. Romain Rolland acaba de agregar a su Vida de Tolstoy un capítulo sobre "la respuesta del Asia" a su llamamiento. Gandhi, el Mahatma hindú, es el continuador del pensamiento tolstoyano. La relación entre Tolstoy y Gandhi quedó, hace tiempo, perfectamente esclarecida. Romain Rolland anexa a su nuevo capítulo una carta escrita por Tolstoy a Gandhi dos meses antes de su muerte. En esta carta, que saluda con júbilo los albores del gandhismo, Tolstoy formula, en términos definitivos, el evangelio de la no-resistencia al mal. La política gandhiana de la no cooperación no es sino la aplicación a la lucha del pueblo hindú de la doctrina de la no resistencia. Uno de los mayores movimientos nacionales contemporáneos, lleva así inscritos en su

bandera los lemas de Tolstoy. No debatiremos aquí con qué eficacia: queremos sólo registrar, lacónica y objetivamente, el hecho. La siembra de Tolstoy en Oriente, según ahora se estudia, fue más extensa y profunda de cuanto se sospecha. Tolstoy tuvo siempre la mirada dirigida al Oriente más que a Occidente. Sus ideas religiosas y filosóficas se nutrieron abundantemente de la tradición asiática. Sus correspondientes y amigos de la India, China, el Japón, ganaron, a lo que parece, su predilección.

Pero, como está también averiguado, ningún ascendiente iguala acaso al de Rousseau en la formación ideológica del fuerte labriego de Yasnaia Poliana.* Por su filiación rousseauiana -no anulada por una amorosa asimilación del pensamiento de Lao Tse, Buda, Krishna y aun Mahoma-Tolstoy pertenece, en gran parte, a Occidente, donde su influencia intelectual es considerable, por mucho que su agreste acento de campesino eslavo se avenga poco con el espíritu activista y ciudadano del europeo moderno. La civilización occidental está habituada a superar estas contradicciones, en virtud de las cuales San Francisco de Asís y Juan Jacobo Rousseau no son menos suyos que Nietzsche y Karl Marx. [*Así se llamaba la finca de Tolstoy].

La historia ha querido que tocase a una revolución marxista honrar en Rusia a Tolstoy, en su primer centenario. Los Soviets se han comportado noblemente en esta fecha universal y rusa. Lunatcharsky, Ministro de Educación Pública, ha formado parte del comité de conmemoración. La experimentación de las ideas pedagógicas de Tolstoy en Yasnaia Poliana, es uno de los homenajes rendidos a su memoria. Una edición completa de sus obras, de la cual cuida su íntimo amigo Chejov, se cuenta entre las empresas editoriales del Estado ruso.

Mas, si se aprecian bien las cosas, no hay nada de irónico en esta solemne conmemoración del apóstol de la no-resistencia, por un gobierno socialista, obediente a la fatalidad histórica de la violencia. La Revolución Rusa no se ha mostrado nunca avara de su reconocimiento con ninguno de los grandes hombres que, por diversos caminos, prepararon la revuelta moral del pueblo ruso contra el viejo régimen. La deuda de Rusia a Tolstoy encuentra en el poder a los espíritus mejor dispuestos a pagarla. Los marxistas rusos están unidos a la civilización oriental, exactamente por el lado opuesto que Tolstoy. La realización de su ideal depende del empleo de la ciencia y la técnica occidentales, no menos que de una concepción energética, activista y operante de la vida. El capitalismo no puede ser superado y vencido con otras armas. Tolstoy, campesino y aristócrata, íntimamente, no podía comprenderlo. Rusia, para realizar su revolución, tenía que decir oportunamente adiós a la doctrina tolstoyana, sin renegar a Tolstoy, que tan

definitivamente queda insertado en su historia.

La mayoría de sus comentaristas reconoce en la literatura rusa dos personalidades dominantes: la de Tolstoy y la de Dostoievsky. Un crítico de la nueva Rusia, Ilya Ehrenburg, ha escrito que, en las nuevas generaciones, el ascendiente de Tolstoy es, ciertamente, mayor que el de Dostoievsky, contra lo que se entretienen en suponer, en sus arbitrarias conjeturas sobre el fenómeno bolchevique, gentes incapaces de concebir sino una Rusia más o menos neurótica. La literatura de estirpe dostoievskiana refleja, en mi opinión, la neurosis de una burguesía retardada, que no llegó a encontrar su equilibrio en el poder político. La literatura de Tolstoy, tiene un espíritu diverso. Dostoievsky decía que las obras de Turguenev y Tolstoy, por bellas que fueran, eran una literatura de pomietschik; esto es, de terratenientes. Por lo que toca a Tolstoy es evidente que, aunque su genio rebasara muchos límites, sabe clasificarlo como la sublimación de la vieja aristocracia. Si no conservó el alma del terrateniente, como pretende la frase de Dostoievsky, conservó el alma y los gustos del campesino.

Y si la Rusia, a pesar de su revolución obrera y marxista, es aún principalmente un gran país campesino, son sin duda muchas y muy frescas las raíces que Tolstoy conserva en su memoria.

* Publicado en Variedades: Lima, 15 de Setiembre de 1928.

- LA CAMPAÑA ELECTORAL EN LOS ESTADOS UNIDOS*

En el actual instante de la historia mundial, la elección de presidente de la república norteamericana es un acontecimiento de un interés internacional como nunca lo ha sido, ni aún cuando, —pendiente de este pacto la entrada de Estados Unidos en la Sociedad de las Naciones—, tocó al electorado yanqui elegir al sucesor de Mr. Wilson. Era entonces demasiado evidente el descenso de Wilson para que se abrigase excesivas esperanzas respecto a la suerte del Partido Demócrata en los escrutinios. La elección de 1924 halló a los Estados Unidos en un grado más de su crecimiento como imperio y potencia mundial. Pero en esta elección las fuerzas electoras se dividieron no en dos, sino en tres grandes corrientes, con ostensible beneficio para el partido de la gran burguesía. El Partido Demócrata concurrió a la elección con una candidatura de débil ascendente personal. Y la aparición de un tercer partido, con el senador La Follette a la cabeza, no podía ir más allá de una imponente movilización de fuerzas.

Esta vez, el electorado se concentra de nuevo en dos grandes corrientes. La política electoral norteamericana recobra su antiguo ritmo bipartito. La candidatura demócrata dispone de considerable y excepcional influjo popular; y su programa se diferencia del programa republicano con más vivacidad que en anteriores oportunidades. Otros factores singulares, además de la personalidad del candidato, juegan esta vez en la elección: la religión de Al Smith, cuya victoria significaría la ascensión de un católico por primera vez a la presidencia de los Estados Unidos; y su posición anti-prohibicionista que agita un ardoroso contraste de opiniones y aún de intereses. La actitud de los republicanos frente a los desiderata de los agricultores, a pesar de los esfuerzos del partido de Herbert Hoover por atenuar los efectos de su política económica en el electorado rural, aparece como otro agente de orientación eleccionaria que complica la situación.

La candidatura del Partido Republicano es característica del actual sentido de su misión. La designación de Herbert Hoover es debida, en gran parte, a

su condición específica de hombre de negocios. La burguesía yanqui colocó siempre en la presidencia de la república a un estadista o un magistrado, a una figura que no significase una ruptura de la más encumbrada tradición de Washington y Lincoln. A un tipo de capitalista puro, se prefirió siempre un tipo burocrático o intermediario. Para esta elección, el partido republicano ha buscado un jefe en el mundo de los negocios. En un artículo del "Magazin of Wall Street" enjuiciando las cualidades de los principales candidatos como hombres de negocios, se consigna la siguiente apreciación sobre Hoover, oportunamente remarcada por Bukharin en un discurso en la III Internacional: "No es exagerado decir que él (Hoover) se considera y es realmente dirigente del mundo de negocios americanos. No hubo nunca en ninguna parte una institución tan estrechamente ligada al mundo de los negocios como el departamento de Hoover... El respeta al gran capital y admira a los grandes capitalistas. Tiene la opinión de que una sola persona que hace una gran cosa es mejor que una docena de sabios soñadores que hablan de lo que no han intentado nunca hacer y que nunca sabrán hacer. Es incontestable que Hoover presidente, no se semejará a ninguno de sus predecesores. Será un business-president dinámico, en tanto que Coolidge era un business-president estático. Será el primer business-president en oposición a los presidentes políticos que hemos tenido hasta ahora".

Smith representa la tradición demócrata. Es el tipo de estadista, formado en la práctica de la administración, más magistrado que caudillo. Poco propenso a la filosofía política, se mantiene casi a igual distancia de Bryan que de Wilson. Su carácter, su figura, hablan al electorado demócrata mejor que su ideología. En su nominación, el Partido Demócrata se ha mostrado más conservador que el Republicano, desde el punto de vista de la fidelidad a la tradición política norteamericana. Smith corresponde al tipo de presidente, configurado según el principio yanqui de que cualquier ciudadano puede elevarse a la presidencia de la república, mucho más que Hoover. La elección de Hoover, del gran hombre de negocios, con cierta prescindencia de inveterados miramientos democráticos -y demagógicos-sería, bajo este aspecto, un acto más atrevido que la elección de Al Smith, antiprohibicionista y católico.

¿Cuál de estos dos candidatos conviene más a los intereses del imperio norteamericano? He aquí la cuestión que el instinto histórico de su media y pequeña burguesía tiene que resolver, pronunciándose en su mayoría por Al Smith o por Herbert Hoover.

El resultado de los escrutinios no depende automáticamente de las estrictas fuerzas electorales de cada partido. Un cálculo, basado rígidamente en los

porcentajes de las últimas votaciones, resulta, como es natural, desfavorable para los demócratas. En la elección, pueden influir en mayor o menor grado los factores especiales ya anotados, la personalidad del candidato demócrata, popularísima en el Estado de New York, el sentimiento público sobre la de-batida cuestión del prohibicionismo, la influencia de los intereses agrícolas, la repercusión del programa de Al Smith en las masas populares. etc. Según un sistema de cálculo electoral, que Bruce Bliven llama una diversión inocente, los elementos que en esta oportunidad decidirán el voto de un elector son los siguientes: hábito (lealtad. partidista), "prohibicionismo", religión, personalidad del candidato. A estos factores se les asigna sobre una escala de 100, los siguientes puntos respectivamente: 60. 50, 55, 25. Según su prevalecimiento particular en cada estado, se predice el probable orientamiento de los estados cuyo resultado es dudoso. Pero más seguro es atenerse al estudio concreto de cada electorado Y a este trabajo andan entregados en Estados Unidos los expertos.

La chance de Smith se basa en sus probabilidades de una gran victoria en los estados del Sur. Estos Estados pueden dar 114 votos electorales. A estos votos se agregarán los de los Estados demócratas de Kentucky, Tennessee y Oklahoma. La decisión del resultado global la darán los escrutinios de Massachusetts, Connecticut, Rhode Island, New York, New Jersey, Maryland, Illinois, Missouri, Wisconsin y Montana. Después de un atento examen de los coeficientes electorales de estos Estados, Bruce Bliven opina que Smith puede vencer en Rhode Island, New York, Maryland, Missouri, Wisconsin y Montana, mientras Hoover cuenta con mayores elementos de triunfo en los otros Estados mencionados. Del éxito con que maniobren los demócratas para atraerse los millones de votos que le favorecieron al senador La Follette, dependerá en gran parte la suerte de su candidato.

* Publicado en **Varietades**, Lima, 29 de Setiembre de 1928.

- AL SMITH Y LA BATALLA DEMOCRATA*

El partido demócrata norteamericano combate su actual batalla electoral con la energía de sus mejores tiempos. Como ya he tenido oportunidad de recordarlo, su movilización de votantes en 1924 careció de los estímulos y elementos que ahora la favorecen. La presencia del senador La Follette en el campo eleccionario, por una parte, y la descolorida personalidad de Mr. Davis, por otra, impedían al partido demócrata, en esa ocasión, imprimir a su campaña frente al partido republicano, el carácter vigorosamente polémico y antagónico, que ahora le granjea un extenso y activo proselitismo en la opinión liberal, en ese tercer partido latente, potencial, que mientras no ocupe este puesto el socialismo, esperan algunos ver surgir de la conjunción de los elementos no asimilados por los demócratas. Esta vez, ante la campaña de Al Smith, se habla en este sector liberal, "avancista", de una rehabilitación del Partido Demócrata. La candidatura y la personalidad del Gobernador de Nueva York han tenido la virtud de operar el milagro.

Este hecho prueba, ante todo, lo absurdo de la hipótesis de que en los Estados Unidos pueda desarrollarse un tercer gran partido que no sea aún, por específicas razones americanas, socialista, revolucionario. Para el diálogo, para la oposición, dentro de la ideología demo-liberal, bastan dos partidos, el republicano y el demócrata. El tercer partido, como partido "progresista", "avancista", sobra absolutamente. Sólo aleatorias y contingentes corrientes electorales, originadas por un gesto o un tipo de secesión, pueden encender, de tarde en tarde, esta ilusión. Apenas el Partido Demócrata desciende a la arena, con un líder fuerte y un lenguaje beligerante, recupera su poder de polarización y absorción de todas las tendencias genéricamente radicales o democráticas. El tercer gran partido se incuba, no en dispersos núcleos o capillas "independientes", sino en una clase, el proletariado, enfeudada aún en su mayoría al oportunismo y al empirismo de la Federación Americana del Trabajo.

Por ahora, la única función que las circunstancias históricas encargan a los imponderables elementos sueltos del tercer partido latente, es la de reintegrarse a la vieja corriente demócrata, tan luego como acierta a atraer a su cauce los arroyos colaterales, aptos para conservar su independencia sólo en las épocas de floja y mansa avenida. La adhesión de estos elementos sirve al veterano Partido Demócrata para recobrar el tono guerrero de los años en que W. I. Bryan, lejano aún de sus días de ancianidad ortodoxa y "trascendentalista", tronaba contra los trusts imperialistas.

Y no hay que sorprenderse de que iconoclastas habituales como el famoso H. L. Mencken, sostengan con entusiasmo y esperanza la candidatura de Al Smith, reconociéndolo un liberal de verdad que "ha mantenido como Gobernador del Estado de Nueva York, la libertad de palabra, las asambleas libres y todos los demás derechos y garantías del Bill de Derechos". El sentido práctico, muy anglosajón, de estos adversarios de la plutocracia republicana, representada por Hoover, apreció ante todo las posibilidades concretas de triunfo con que cuenta la candidatura de Al Smith, que en el caso de derrota constituiría al menos una imponente afirmación demócrata.

Todos los propugnadores de la candidatura de Al Smith se preocupan, fundamentalmente, de comunicar a sus lectores, su convicción de que, con una intensa y extrema movilización electoral, la chance del gobernador demócrata es muy grande. El análisis de la situación electoral de cada Estado, y en especial de los que, republicanos ordinariamente, pueden dar esta vez su voto al candidato demócrata, se convierte en la especulación favorita de escritores que ofrecen a Smith una adhesión estrictamente doctrinal, política.

Las bases electorales de los demócratas se encuentran, como es notorio, en los Estados del Sur. Toda confianza en la victoria de Smith reposa en la convicción de que el Partido Demócrata está seguro del Solid South. He enumerado ya los Estados de cuyo voto depende el resultado final de la lucha. Las razones por las que se atribuye a Smith probabilidades de ganar en estos Estados, son muy variadas e ilustrativas. En Rhode Island, por ejemplo, donde Mr. Davis obtuvo en 1924 el 36 por ciento de los votos, Al Smith dispone de un electorado mucho más numeroso, por ser católica casi la mitad de los votantes. En Nueva York, estado de mayoría republicana, el factor favorable es el ascendiente personal de Smith que debe a su popularidad tres victorias sobre los republicanos. El porcentaje de votos católicos, que es sólo de 27 a 28, juega en Nueva York un rol secundario.

En Wisconsin, donde los demócratas únicamente obtuvieron el ocho por ciento de los sufragios en 1924, se asigna a Smith posibilidades de triunfo por la opinión anti-prohibicionista que en este Estado prevalece.

En el Sur, ciudadela de los demócratas, los republicanos explotarán contra Smith la intransigencia protestante; pero contra Hoover, y por ende a favor de Smith, opera en esos Estados un sentimiento reaccionario: la aversión a los negros. Hoover, según lo constata, precisamente, Mencken, ha herido este sentimiento, por no haber mantenido, como Secretario de Comercio, en las Oficina del Censo, la distinción racial. "En el Sur —dice Mencken— temen y odian a los negros más que al mismo Papa".

Si Smith sale electo, no deberá su victoria a lo que de liberal hay en su programa y de avanzado o reformista en su proselitismo, ni aún a sus cualidades de estadista y líder democrático, sino a la complicada interacción de factores tan diversos como el sentimiento de religión o de raza o la opinión respecto a la ley anti-alcohólica.

La política internacional que Smith, conforme a su programa, se propone desenvolver, es de reconciliación con la América Latina. En los propios republicanos no son pocos los que como el senador Borah consideran excesiva y censurable la política actuada por Coolidge, caracterizada por medidas como la intervención en Nicaragua, que tan categóricamente desmiente el presunto pacifismo del pacto Kellogg. Lo más probable, en general, es que al imperialismo yanqui le convenga actualmente una atenuación sagaz de sus métodos en los países latinoamericanos. Y, de otro lado, el crédito que puede concederse a la capacidad de una administración demócrata para no usar sino buenas maneras con estos países, aparece forzosamente muy limitado. El gobierno de los Estados Unidos, como lo probó el de Wilson, tiene que realizar la política internacional que le imponen las necesidades de su economía capitalista. Y, en todo caso, la victoria de Smith, como ya hemos visto, no significaría precisamente la victoria de su programa. Y, menos, que de ninguna, la de esta parte —las relaciones con la América Latina— que ocupa un lugar tan secundario en la atención del pueblo norteamericano.

* Publicado en Variedades, Lima, 28 de Octubre de 1928.

- HERBERT HOOVER Y LA CAMPAÑA REPUBLICANA*

Mr. Herbert Hoover, candidato del Partido Republicano a la presidencia de los Estados Unidos, dirige su campaña electoral con la misma fría y severa estrategia con que dirigía una campaña económica desde el Ministerio de Comercio o, mejor aún, desde su bufete de business man. Es, según parece, el mejor candidato que el Partido Republicano podía enfrentar a Al Smith, quien como ya hemos visto es, a su vez, el mejor candidato que el Partido Demócrata podía escoger entre sus directores. Ningún otro candidato permitiría a los demócratas movilizar a sus votantes con las mismas probabilidades de victoria. Con cualquier otro opositor, el candidato republicano estaría absolutamente seguro de su elección. Los dos grandes partidos confrontan a sus mejores hombres, como se dice, un poco deportivamente, en lenguaje anglo-americano.

Ya he tenido oportunidad de observar cómo eligiendo a Smith, la democracia norteamericana se mantendría más dentro de su tradición, —y por ende se mostraría, en cierto sentido, más conservadora—, que si prefiriese a Hoover, por corresponder Smith al tipo específico de administrador, de gobernante, de estadista, que la república de Washington, Lincoln y Jefferson ha estimado invariablemente como su tipo presidencial, aún dentro de la más rigurosa política imperialista y plutocrática.

Hoover procede directamente del estado mayor de la industria y la finanza. Es, personal e inmediatamente, un capitalista, un hombre de negocios. Tiene la formación espiritual más integral y característica de líder industrial y financiero del imperio yanqui. No viene de una facultad de humanidades o de derecho. Es un ingeniero, modelado desde su juventud por la disciplina tecnológica del industrialismo. Hizo, apenas salido de la Universidad, su aprendizaje de colonizador en minas de Australia y de la China. En su madurez, como Director de Auxilios, amplió y completó en Europa su experiencia de los intereses imperiales de los Estados Unidos.

Este último es, al mismo tiempo, el cargo del cual arranca su carrera política. Porque, sin haber pasado por el servicio público y haberse acreditado competente en él, es evidente que ningún business man norteamericano, aún en una época de extrema afirmación capitalista, estaría en grado de obtener el voto de sus correligionarios para la presidencia de la República.

Por profesar con entusiasmo y énfasis ilimitados el más norteamericano individualismo, Hoover pertenece, sin duda, a la estirpe del pionero, del colonizador, del capitalista, mucho más que Smith. Su protestantismo hace también de Hoover un hombre de más cabal filiación capitalista. Hoover reivindica, con intransigencia, la doctrina del Estado liberal, contra las proclividades intervencionistas y humanitarias del demócrata Smith. Pero esto, en los tiempos que corren, no importa propiamente fidelidad a la economía liberal clásica. El individualismo de Hoover no es el de la economía de la libre competencia, sino el de la economía del monopolismo, de la cartelización. Contra las empresas, negocios y restricciones estatales Hoover defiende a las grandes empresas particulares. Por su boca, no habla el capitalismo liberal del período de libre competencia, sino el capitalismo de los trusts y monopolios.

Hoover es uno de los líderes de la "racionalización de la producción". Como una de sus mayores benemerencias, se recuerda su acción, en el Ministerio de Comercio, para conseguir la máxima economía en la producción industrial, mediante la disminución de los tipos de manufacturas y productos. El más cabal éxito de Hoover, como secretario de Comercio, consiste en haber lo-grado reducir de 66 a 4 las variedades de adoquines, de 88 a 9 las de grados de asfalto, de 1,351 a 496 las de limas y escofinas, de 78 a 12 las de frazadas, etc. Paradójico destino el del gobernante individualista, en esta edad del capitalismo: trabajar, con todas sus fuerzas, por la estandarización, esto es por un método industrial que reduce al mínimo los tipos de artículos y manufacturas, imponiendo al público y a la vida el mayor ahorro de individualismo.

Quizá igualmente paradójico sea el destino del capitalista e imperialista absoluto en el orden político. Contribuyendo a que el proceso capitalista se cumpla rigurosamente, sin preocupaciones humanitarias y democráticas, sin concesiones oportunistas a la opinión y a la ideología medias, un gobernante del tipo de Hoover, apresurará probablemente mejor que un gobernante del tipo de Smith, el avance de la revolución y, por tanto, la evolución económica y política de la humanidad. La experiencia democrática demagógica de la Europa occidental, parece confirmar

plenamente la concepción soreliana de la guerra de clases en la economía y la política. El capitalismo necesita ser, vigorosa y enérgicamente, capitalista. En la medida en que se inspira en sus propios fines, y en que obedece sus propios principios sirve al progreso humano, mucho más que en la medida en que los olvida, debilitada su voluntad de potencia, disminuido su impulso creador.

Hilferding, el ministro de la social-democracia alemana, —más estimable sin duda como teórico del Finanzkapital— decía no hace mucho que, puesto que el capitalismo seguía adelante, no era posible dudar de que se avanzaba hacia la revolución, porque nada es más revolucionario que el capitalismo. El juicio de Hilferding, como conviene a la posición de un reformista algo escéptico, acusa un determinismo demasiado mecanista, incompatible con un verdadero espíritu socialista y revolucionario. Pero, es útil y oportuna su cita en este caso, como elemento de investigación del sino de la candidatura Hoover. Los que en la política norteamericana operan en una dirección revolucionaria, pueden admitir íntimamente que la victoria de Hoover, dentro de un orden de circunstancias que es el más probable en un período de temporal estabilización capitalista, convendría a la transformación final del régimen económico y social del mundo, más que la victoria del demócrata Smith. Pero no les es dado o lícito pensar esto, sino a condición de oponerse con toda su energía, a esa misma victoria de Hoover, aún a trueque de ir al encuentro de la victoria de Smith. Porque la historia quiere que cada cual cumpla, con máxima acción, su propio rol. Y que no haya triunfo sino para los que son capaces de ganarlo con sus propias fuerzas, en inexorable combate.

* Publicado en Variedades, Lima, 3 de Noviembre de 1928.

Producida la elección de Herbert Hoover, éste efectuó una visita a América Latina. Así comentó la revista Amauta (Nº 19, noviembre-diciembre de 1928), en la sección "Notas" de "Panorama Móvil" la gira de Hoover y su paso por Lima:

"LA VISITA DEL SEÑOR HOOVER"

"¿Qué clase de mensaje ha traído a la América Latina el señor Herbert Hoover, presidente electo de los Estados Unidos? El señor Hoover es, ante todo, un hombre de negocios y ha dicho pocas y sobrias palabras. En Lima, ha hablado de la excelencia de la aviación comercial como medio de acercar a los pueblos de América. Su viaje, según propia definición, es un viaje de buena voluntad. El ingeniero y el puritano, el capitalista y el explorador, aparecen siempre en sus gestos y en su lenguaje.

"El señor Hoover ha trabajado en minas de Australia y la China, en finanzas de Europa, en la industria y la administración de Estados Unidos. Le faltaba este viaje a la América latina para redondear su experiencia personal del mundo. Antes de ocupar la presidencia de Estados Unidos, ha querido concluir su aprendizaje Imperialista.

"Porque el señor Hoover, en la presidencia de los Estados Unidos, representa al mismo tiempo que el capitalismo puro, una concepción plenamente Imperialista de la política yanqui. El capitalismo, con esta elección, prescinde de intermediarios, en la más típica de sus democracias: no busca ya su jefe de gobierno entre tipos de magistrados, estadistas o profesores, sino directamente entre tipos de industriales y financistas de versación mundial, con servicios en los 5 Continentes. Llegamos a la etapa en que el hombre de Estado se identifica absolutamente con el hombre de negocios.

"El mensaje del señor Hoover no es, por ende, el de sus millones de electores. —que al elegirlo han votado unos por el protestantismo, otros por el prohibicionismo, otros por el mas cuáquero y norteamericano de los candidatos—, ni es siquiera el mensaje del Partido Republicano, que fue el del gran leñador Lincoln y hoy se contenta con ser el de la pluto-cracia de Wall Strett; es el mensaje de la diplomacia del dólar, la misma cuando habla por boca del señor Coolidge que cuando habla por boca del señor Borah. Cuestión de roles.

"La crónica, si es exacta, registrara que el señor Hoover encontró en Lima, como es lógico, cortesía oficial, atenciones protocolarias; pero que el pueblo, en todas sus capas, presenció su llegada con la más absoluta y compacta indiferencia. No tenía por qué mostrar otro gesto. Con prisa norteamericana, con velocidad de **recordman**, el señor Hoover quiere llevarse una impresión cinematográfica de la América Latina. Esta impresión debe ser lo mas superficial y física que resulte posible". (N. de los E.)

- Panait Istrati (II Parte): Les Haiducs

III

Monde, la nueva revista internacional de Henri Barbusse, (Clarté, emancipada hace algunos años de Barbusse, se ha transformado recientemente en La Lutte de Clases), publica en sus primeros números algunos relatos de viajes de Panait Istrati. Las últimas estaciones de la vida del genial autor de Los relatos de Adrián Zograffi (Kyra Kyralina, Tío Anghel, Los Haiducs) nos son contadas así por él mismo, con su encantado y oriental don de narrador.

La exaltación, la intensidad, la pasión de Panait Istrati vagabundo nos eran maravillosamente comunicadas por sus novelas. Pero nos escapaba el Istrati artista, el Istrati renacido. Su biografía, divulgada en todas las lenguas, concluía con el episodio de su frustrado suicidio y de su revelación como artista en una carta a Romain Rolland. Espíritu agónico, al buscar la muerte, Panait Istrati halló la vida: la vida inmortal del creador, del artista. Pero, ¿el literato habría extinguido al vagabundo? He aquí una pregunta ansiosa de todos los que desde su primer libro lo conocimos y amamos. ¿Qué habían hecho París y la gloria, del errante amigo de Mikhail? Sabíamos que Panait Istrati, hombre antes que literato, había ido a Rumania a combatir la dura batalla de su pueblo. Lo oíamos responder siempre ¡presente! al llamado de la revolución. Mas nos faltaba su confianza. Necesitábamos que nos contase con su voz amical, fraterna, su experiencia íntima de escritor célebre.

Hace varios meses, lo escuchamos en un reportaje de Frederic Lefèvre. Con Istrati, Lefèvre no podía emplear la técnica habitual de sus entrevistas: Une heure avec...* A Panait Istrati no es posible acercarse como reportero sino como amigo. No una sino muchas horas duró el diálogo de Istrati y Lefèvre; gozoso itinerario de imágenes y aventuras, que después de

conducirnos a Braila donde del amor de un griego y una rumana nació Istrati, hace cuarenta años, nos devuelve a su intimidad de ahora. Por esta confesión, sabemos que el novelista no vive menos insatisfecho y atormentado que el vagabundo. El placer y el dolor de la creación no colman su alma. ¡Qué miserable cosa le parece haberse convertido en un literato, nada más que un literato! Sobre sus hombros sensibles y porfiados, pesa una responsabilidad nueva. «No veo en mi caso -dice a Lefévre- sino una aventura, edificada sobre un accidente auténtico y sangriento sobrevenido en mi vida. En tanto que los hombres deberán esperar accidentes semejantes para poder expresarse, no tendré mi ejemplo por un éxito. Soy pobre y espero morir pobre, porque marchó en mi vida de hoy acompañado de la inmensa familia de los vagabundos encontrados en mis rutas. Estoy en la mitad de mi obra, tal como la he concebido durante mis largos años de vagabundo. Cuando haya doblado el cabo de esta jornada, dejaré la pluma, tornaré a los caminos de ayer y reviviré, con mis compañeros recuperados, horas oscuras y alegres, exentas tal vez de las pesadas responsabilidades que me oprimen. Así, habré dado mi más bello ejemplo: liberarse de lo que se lleva en sí de mejor, sin hacer de esta liberación un hábito ni un oficio». [* Una hora con...]

Ahora, en estos artículos de Monde, Panait Istrati reanuda su relato. Instalado en París, su instinto nómada no lograba conformarse con una existencia sedentaria. La partida de Rakovsky, ex-Embajador de los Soviets en París, encendió súbita e irresistiblemente sus nostalgias de viajero. Rakovsky e Istrati son viejos camaradas de la lucha revolucionaria rumana. Se conocieron hace muchos años, cuando Rakovsky, mitad rumano, mitad búlgaro, (según él mismo, dos países se han disputado el honor de no ser su patria) era sólo un agitador oscuro y Panait Istrati secretario de un Sindicato de albañiles. Se reencontraron últimamente en París, Rakovsky embajador, Istrati novelista famoso, traducido a dieciséis lenguas, consagrado por la más alta crítica mundial. El ex-Embajador invitó a su amigo a un viaje a Rusia. Ambos partían unas horas después. Istrati nos cuenta un episodio de este viaje, quizá el de más interés autobiográfico: su vista a Grecia, el país de su padre. Grecia, según parece, en esta oportunidad no ha tenido tiempo de ser descortés con Istrati, quien a su turno no ha tenido tiempo de entrar en la batalla contra el gobierno como en Rumania. El poeta de la amistad -la amistad es el motivo central de la obra de Istrati- ha hallado en Grecia amigos que ingresan definitivamente en su existencia. Ninguna victoria literaria, ningún éxito editorial, de los últimos tiempos, mejor ganados que éstos de Panait Istrati. Desde su primer libro, que en el orden editorial es Kyra Kyralina, y en el orden biográfico Tío Anghel, se reconoció en Istrati dotes de inmortalidad. Su obra era el mensaje de un hombre de acendrada, generosa, ingente humanidad. Tengo la sospecha de que esta obra ha dejado ya su huella en la literatura hispano-americana. Me parece encontrar su resonancia en el magnífico Don Segundo Sombra de Ricardo Güiraldes. Esta novela es, como las de Istrati, un canto a la amistad. Y Don Segundo tiene el instinto andariego, la alegría aventurera de los personajes de

Istrati. Como éstos, posee el don del relato. Su filosofía se alimenta de los mismos sentimientos. Si no me equivocase -es una asonancia espiritual más que una analogía artística la que he percibido entre las dos obras- no sufriría ninguna disminución el mérito de Don Segundo Sombra. Porque la vecindad a Istrati no puede ser sino un caso de grandeza.

* Me complace remitir al lector a la traducción del relato de Spilca el monje, que Eugenio Garro ha hecho expresamente para Amauta (Nos. 1, 2 y 3, pp. 17-19, 34-36 y 26; Lima, IX, X y XI - 1926), y a la que hizo antes para Variedades del relato de Jeremías, el hijo de la floresta. (Nota del autor).

- LAS ELECCIONES EN ESTADOS UNIDOS Y NICARAGUA*

La elección de Mr. Herbert Hoover estaba prevista por la mayoría de los expertos de que, en estos casos, disponen los Estados Unidos para un minucioso cómputo de las probabilidades electorales de cada partido.

La pérdida de algunos votos por el Partido Demócrata en el "sólido Sur" no es una sorpresa. No había pasado inadvertida para los observadores la posibilidad de que el intransigente sentimiento protestante que prevalece en los Estados del Sur, acarrese en algunos, contra la tradición demócrata de ese electorado, la victoria del Partido Republicano.

Tampoco es, en rigor, una sorpresa el triunfo de Hoover en el Estado de Nueva York. En las votaciones presidenciales, el Estado de Nueva York ha sido normalmente republicano. En esta votación la fuerte "chance" de Smith en Nueva York, dependía de su popularidad personal, a la que ha debido su elección, en tres oportunidades, como gobernador de este Estado. La reñida lucha entre republicanos y demócratas en Nueva York, demuestra lo fundado de la esperanza de Al Smith de ganar para su causa los 45 votos decisivos que Hoover, en impresionante duelo, ha conservado para su partido.

Al Smith ha tenido una buena votación en todo el país. En todos los Estados dudosos, el porcentaje de votos obtenido por Smith excede considerablemente al alcanzado por el candidato demócrata en la elección de 1924. El Partido Demócrata ha efectuado una magnífica movilización electoral. A esta briosa ofensiva contra el poder republicano, ha contribuido en gran parte el ascendiente personal de Al Smith. Pero esto no obsta para atribuir a la personalidad de Al Smith una buena parte de los estímulos que han ayudado a la victoria republicana. La elección de un católico antiprohibicionista encontraba resistencias enormes en dos grandes corrientes del sentimiento yanqui: el protestantismo y el prohibicionismo,

Republicano protestante, prohibicionista, Hoover está bajo este triple aspecto bajo la tradición presidencial de los Estados Unidos. Hoover ha ganado los votos de Estados, en los que, como en Nueva York, aproximadamente, la "chance" de Al Smith era, a juicio de los expertos, muy grande. El cable subraya su victoria en Missouri, Maryland, Wisconsin y Montana. En estos Estados, Smith ha disputado vigorosamente la mayoría a Hoover; pero como en Nueva York, el escrutinio eleva así a la presidencia de los Estados Unidos en reemplazo de Mr Calvin Coolidge, a aquel de sus líderes que promete actuar la más enérgica política capitalista. El rol asumido por el Imperio Yanqui en la política mundial, después de la gran guerra, exigía esta elección, Hoover siente este rol mucho más y mejor que Smith. Como apuntaba en mi anterior artículo, Hoover tiene una perfecta educación imperialista de hombre de negocios. En sus discursos, asoma francamente el orgullo del destino imperial de Norte América. En su política no pesarán las consideraciones democráticas que habrían influido en el gobierno de Al Smith. El estilo de Woodrow Wilson queda de nuevo licenciado. Estados Unidos necesita, en este período de máxima afirmación internacional de su capitalismo, un hombre como Herbert Hoover. El perfecto hombre de estado en un imperio de trust y monopolios, es, sin duda, el perfecto hombre de negocios.

Es interesante que las elecciones de Nicaragua hayan coincidido casi, en el tiempo, con las elecciones de Estados Unidos. Nicaragua, electoralmente es, por el momento, un sector de la política norteamericana. Desde que el Vicepresidente Sacasa y el General Moncada, jefes de la oposición liberal, pactaron con los yanquis, los liberales nicaragüenses resbalaron al campo de gravitación de los intereses norteamericanos. El único camino de resistencia activa al dominio yanqui, era el camino heroico de Sandino. El Partido Liberal no podía tomarlo.

Desde que la bandera de la lucha armada quedó exclusivamente en manos de Sandino y de su aguerrida e intrépida legión, la solución liberal se presentó como la mejor para el interés norteamericano. Los políticos conservadores, conocidos por su antigua adhesión a la política yanqui, eran dentro del personal de posibles gobernantes, los menos apropiados para la pacificación de Nicaragua. La elección de un conservador habría tenido el aspecto de una imposición o un escamoteo electorales.

Pero estas ventajas de la solución liberal no se habrían mostrado tan claramente si Sandino no hubiese mantenido impertérrito, su actitud rebelde. La presidencia de un liberal tiene la función de reducir al mínimo los estímulos capaces de alimentar la hoguera sandinista. Moncada, en el poder, debe testimoniar la neutralidad yanqui, la corrección de las elecciones, la plenitud de la soberanía popular. La democracia, en este caso, sirve mejor que la dictadura.

El General Moncada no hará, ciertamente, una política sustancialmente distinta de la que desenvolverían un Chamorro o un Díaz. Pero salvará mejor las formas de la independencia nicaragüense. El nombre de su partido no está tan comprometido, ante la opinión de Nicaragua y del Continente latinoamericano, como el nombre del Partido Conservador. Aquí está, más que en la impopularidad de los conservadores, la clave de su tranquila victoria.

*Publicado en **Variedades**: Lima, 10 de Noviembre de 1928.

- LA CRISIS MINISTERIAL FRANCESA *

Los radicales socialistas franceses no han podido conciliar su posibilismo y su programa hasta el punto de renegar toda la tradición laicista de su partido —y con ella toda la política de Waldeck-Rousseau y Combes— acompañando a Poincaré en el restablecimiento de las congregaciones religiosas. Un vivo clamor se alzó en los rangos radicales socialistas contra esta medida del gobierno de Poincaré aconsejada por razones de prestigio y expansión internacionales, a las cuales se habrían rendido seguramente los propios ministros radicales socialistas Herriot, Sarraut, etc., sin la agitación culminada con el voto del partido adverso a este capítulo de la política poincarista.

Poincaré ha reorganizado el gabinete con una numerosa participación de los republicano-socialistas— Briand, Painlevé, Hennessy, etc.—; pero la presencia de este grupo no confiere absolutamente a su gobierno el carácter con el cual apareció, en el período agudo de la crisis del franco, y con el cual se confirmó en la campaña eleccionaria. Los radicales-socialistas, aunque sus jefes no sean en verdad muy proclives a una duradera beligerancia, —Herriot tiene una perfecta psicología de pacifista burgués y Sarraut es, ante todo, orgánicamente, un prefecto—, han pasado a la oposición, después de tres años de renuncia a actuar su propia política. La gran coalición burguesa, presidida por Poincaré para hacer frente a la crisis del franco, ha terminado.

No tiene mucha importancia el hecho de que uno de los grupos que constituyeron el 11 de Mayo de 1924 el bloque de izquierdas, —los republicanos socialistas— permanezca al lado de Poincaré, que le ha acordado una representación excesiva en el poder: cinco portafolios. Los republicanos socialistas componen un grupo parlamentario —más propiamente que un partido— numéricamente débil, cuya fuerza reside en la habilidad estratégica de Briand y otros de sus diputados para maniobrar en el Parlamento. Briand y los republicanos socialistas, lo mismo que Loucheur y sus "radicales de izquierda" acompañaron al bloque nacional

hasta la víspera de su derrota del 11 de Mayo. Loucheur, magnate de la industria, tiene intereses económicos incompatibles con la oposición.

Pero Briand y Loucheur en el ministerio son el signo de que Poincaré es aún la carta más fuerte. Las últimas elecciones han servido a Poincaré para quebrantar y disminuir la posición de los radicales socialistas. Bajo el estandarte ministerial, los radicales socialistas no pudieron esta vez presentarse al país con un programa de izquierda. Tuvieron que contentarse con un desteñido rol subsidiario. Poincaré les escamoteó diestramente la estrecha mayoría que le quitaron en 1924.

Para rehacer el bloque de izquierda, hace falta tiempo. Los radicales socialistas reanudarán necesariamente su inteligencia con los socialistas; pero reconstituirán el bloque con una autoridad disminuida por el fracaso de su política de coalición. Si en 1924 se acusaba a Herriot de obedecer a las sugerencias de León Blum, ahora en el poder de los socialistas, dentro de nuevo bloque de izquierdas, se mostrará lógicamente acrecentado. La oposición acechará la primera fisura en el gabinete, para traer abajo a Poincaré. La cuestión de la participación en el poder volverá a plantearse entonces a los socialistas. La última crisis, la ha puesto de nuevo en debate. Un período de graves deliberaciones comienza para el partido socialista que, siendo de hecho un partido de gobierno, no se resuelve todavía a aceptar los riesgos y los honores de la participación directa en el poder.

Quienes pueden regocijarse del sentido de la crisis son los elementos clericales. El gobierno de la Tercera República, después de varios lustros de política anticlerical, reconoce necesarias a la expansión de Francia en el extranjero las congregaciones religiosas. Lo que antes se canceló, en nombre de la laicidad, ahora es restablecido en nombre de conveniencias nacionales. Se descubre que las congregaciones, intolerables como agentes de la Iglesia en el interior, son buenos instrumentos de la política internacional del Estado. El partido radical-socialista no ha podido suscribir esta política. Mas en esto hay que ver, sobre todo, una consecuencia de su rol gubernamental secundario. Es probable que, con la jefatura y las responsabilidades del gobierno en sus manos, le hubiera sido menos inconcebible rectificarse. Herriot y Sarraut habrían encontrado entonces argumentos persuasivos para aplacar la excitada asamblea de sus correligionarios. En una condición de inferioridad y obediencia, la abdicación se agravaba extremadamente.

Tardieu, en el Ministerio del Interior, en reemplazo de Sarraut, imprime un fuerte color derechista al programa interno del nuevo gobierno. León Blum ha dicho que Tardieu es un hombre de izquierda por su temperamento; pero que las circunstancias lo han llamado a jugar la función de hombre de derecha. El interés de apelar al instinto de

conservación y defensa de las clases conservadoras para mantener en el poder a Poincaré y su coalición, obligará a Tardieu, en este caso, a acentuar su tendencia reaccionaria. Sarraut, como Ministro del Interior, resultó un típico prefecto de policía. Tardieu, conservador de gran estilo, tratará de hacer sentir más su fuerza personal. Es, entre los nuevos ministros, el que más evidentemente se entrena para suceder a Poincaré en el puesto de condottiero de las fueras conservadoras.

 * Publicado en Variedades, Lima, 11 de Noviembre de 1928.

- EDWARDS BELLO, NOVELISTA*

Joaquín Edwards Bello confirma con su obra la tendencia de la literatura chilena a lograr su madurez en la novela, en el relato. La lírica -en prosa y verso- predomina excesivamente en la mayor parte de las literaturas sud-americanas. Chile tiene poetas que influyen diversa y acentuadamente en el espíritu hispanoamericano: Gabriela Mistral, Pablo Neruda, Vicente Huidobro. Pero la fruta de estación de su literatura es, más bien, la novela. Con la novela entra una literatura en su edad adulta.

El Roto, novela de la cual nos ha dado una edición definitiva, completamente revisada, la Editorial Nascimento, acusaba ya, a un vigoroso novelista. El asunto revelaba su simpatía por lo popular, su robusta vocación de biógrafo de tipos sociales, su violenta liberación de decadentes supersticiones antiplebeyas. En su sondaje de los bajos fondos de la vida social chilena, no lo asustaba lo más animal y soterráneo. El Roto es un análisis del turbio limo del suburbio. «Se trata -anuncia Edwards Bello en un breve prefacio- de la vida del prostíbulo chileno, que tuvo un sentido social profundo, por la constancia con que influyó en el pueblo y por el carácter aferradamente nacional de sus componentes. En pocas partes de Ibero-América tuvo el pueblo una manifestación tan personal. La vida alegre chilena extravasó triunfalmente a Bolivia, Perú y otros países del Continente. Pueril sería hacer ascos a este fenómeno de vitalidad. Ahora que se cerraron los salones donde las asiladas sonreían ceremoniosamente; ahora que se apagaron esas cuecas tamboreadas, este libro adquiere un valor especial de documento. Es una reconstitución apasionada de vida popular que se extingue. Los personajes están fuertemente abocetados. Clorinda, Esmeraldo, son criaturas específicas del arrabal, a las que el novelista se ha acercado con curiosidad y ternura, sagaces y alertas sus pupilas de artista, de creador. Pero la obra no está plenamente realizada. Tiene, a ratos, fallas, fisuras, por las cuales se entrometen, de vez en cuando, tópicos de artículos de fondo. La intención del autor se hace a veces ostensible, por medios que no son estrictamente los de la expresión artística. Al dominio diestro, fácil, seguro de estos medios, no llega Edwards Bello sino en el Cap Polonio, novela corta, de

trama turística, de atmósfera móvil y transatlántica. Edwards Bello es, en el Cap Polonio, por la sensibilidad viajera y cosmopolita, un Paul Morand suramericano; pero un Paul Morand matinal, sin delicuescencia, de savia araucana, con el brío de una juventud todavía fresca y aventurera, en el fondo romántico. El color de sus descripciones, el tono de sus personajes, es estival y mediterráneo, con cierta alegría marinera, de playa, antípoda de esa emoción de acuario, mórbida, chinesca, de las "noches". La Paradita tiene un poco de la vivacidad brutal de la Bien Plantada. Se diferencia de la Bien Plantada, porque ignoramos sus raíces. El autor nos la presenta, pasajera del Cap Polonio, separada de su naturaleza, ausente de su contorno. En su encuentro hay ese elemento de imprecisión, de continencia y de fugacidad, que interviene en las impresiones del turista.

En *El Chileno en Madrid*, novela de mayor aliento, reaparece la experiencia turística, la actitud nómada de Edwards Bello. El chileno no es lo más vital de la novela. Su drama carece de verdadera tensión. Lo que vive, con energía, con voluntad, con pasión, es Madrid, esta estación de su viaje, en que su chilenismo se desvanece un poco, quizá para siempre. El chileno es un pretexto para mostrarnos Madrid en contraste o en roce con una sensibilidad suramericana. Carmen, doña Paca, la Angustias, Mandujano, el Curriquiqui, tienen en la novela una presencia más resuelta, más rotunda, en todo instante, que Pedro Wallace el chileno hispanizado y que Julio Assensi el español chilenizado. Estos personajes están absolutamente logrados: han encontrado a su autor. (Que ha ido a descubrirlos desde Suramérica). Pedro trata de reanudar su vida, Hay en su existencia una ruptura, un desgarramiento que le impide gozar ampliamente su actualidad. Entre su presente y su alma; se interpone una nostalgia que amortigua su choque con las cosas y frustra su posesión del mundo. Pedro va a Madrid a la *recherche du temps perdu*,* Una mujer española, femenina, doméstica, maternal y un hijo -su pasado, su juventud- son el centro de gravitación de su alma. Mientras no regrese a ellos, no recobrará su equilibrio. Chileno puro, pasa por la novela con un aire de *deraciné*** Lo aqueja un vago momadismo. Por esto, se adhiere ávidamente a un Madrid castizo, antiguo, tradicional. [* A la búsqueda del tiempo perdido. / ** Desarraigado]

La nota más acendrada de la novela es una amorosa reivindicación de este Madrid. Y ésta delata de nuevo, el sedimento romántico de Edwards Bello. Ningún español habría sentido acaso, con tanta ternura, lo castizo madrileño. El español, por tradicionalista que sea, no puede consentirse los mismos placeres caros, dulces, filiales que un turista suramericano, sentimental, artista, con dinero.

Pero, artística, estéticamente, en el caso de Edwards Bello, este sentimiento no deja sino ganancia: una bella novela. Una novela que, por otra parte, no será a la larga más que una estación de su itinerario de viajero y artista.

 * Publicado en **Variedades**: Lima, 19 de Diciembre de 1928. Y reproducido en **Amauta**: Lima, Noviembre-Diciembre de 1928.

- "LA OTRA EUROPA", POR LUC DURTAIN*

De su viaje a Moscú, Luc Durtain y Georges Duhamel han dado al público una versión en que la medida y la sagesse* francesas se combinan estrictamente con una sinceridad y una honradez intelectuales rigurosas. Ni Luc Durtain ni Georges Duhamel son hombres de partido. No son tampoco revolucionarios. Pertenecen a esa línea de artistas y escritores apasionadamente preocupados por la defensa de la civilización que reconoce su más alto líder en Romain Rolland. Sus nombres están inscritos en primer término en el escalafón de Europe. Pero ni siquiera en un "rollandismo" puro o rígido cabe situarlos, no sólo porque el "rollandismo" no existe como conducta de grupo -no es una actitud egregia y absolutamente personal- sino porque así Durtain como Duhamel, sobre todo el primero, tienen una curiosidad y un eclecticismo de artistas y muestran un goce un poco sensual en la indagación psicológica, en la "posesión del mundo" que no se avienen del todo con la manera un poco ascética del autor de Jean Christophe.** [*Prudencia. Sabiduría / ** Juan Cristóbal, de Romain Rolland]

Duhamel y Durtain se distinguen de casi la totalidad de los escritores que han visitado la Rusia soviética, en que no han ido a Moscú y Petrogrado* a interrogar a los jefes del bolchevismo, ni a los contrarrevolucionarios de derecha e izquierda, ni a las cifras de la estadística -que desde fuera es posible obtener y comprobar- sino a interrogar directamente; con sus lúcidos sentidos, con su segura intuición de artistas; a la vida, a la calle, a las almas, a la multitud. ¿Cómo ha trascendido la revolución a las cosas, a las costumbres? ¿Cuál es su poder de elevación moral e intelectual? De este género son las preocupaciones que Durtain y Duhamel manifiestan en sus insospechables testimonios, tan distantes, tan diversos del "reportaje" truculento y vulgar con que nos obsequió hace dos años el escandalismo de Henri Béraud. [*Leningrado actual]

Luc Durtain, novelista y poeta -y médico como Duhamel- tiene finamente entrenadas sus facultades de captación e interpretación de todo lo que hay que descubrir en un fenómeno de estas dimensiones históricas. Es uno de los escritores que, con más poderosa imaginación, a la vez que con más agudo análisis, ha explicado algunos profundos aspectos de la vida de

Norteamérica. El éxito de L'Autre Europa* sigue al éxito de Quarangtieme Etage** y de Hollywood dépassée.*** [* "La otra Europa" / ** Cuadragésimo piso" / *** Hollywood superado"]

Y esta experiencia resulta particularmente útil al objeto de Luc Durtain, porque le permite medir la exacta distancia que separa a estos dos polos de un mundo moderno -Nueva York y Moscú, Estados Unidos y la U.R.S.S.- al mismo tiempo que el extrañamiento parecido paradójicamente anexo a una radical oposición. Su conversación con el director de una de las grandes empresas del Estado ruso, le sugiere esta afirmación: «Hay más semejanza de la que se cree entre capitalismo y comunismo, que tienen la misma fecha y provienen del mismo año, iba a decir del mismo tonel. Estos hermanos siameses pueden aborrecerse: se encuentran ligados por el milésimo como por una membrana. El milésimo imparcial reina: el milésimo, es decir, el tanto de técnicas, de ideas, de pasiones, el tanto de necesidades idénticas que una misma época impone a los campos opuestos». La comparación o, al menos; la confrontación entre Estados Unidos y Rusia reaparece en varios otros instantes del viaje de Durtain. En el capítulo que resume sus impresiones, el paralelo se precisa. «Los dos países -observa Durtain- se encuentran compuestos de Estados casi independientes los unos de los otros, en teoría, enérgicamente soldados ante el extranjero por el interés y el orgullo. De una y otra parte, desdén por el imperialismo militar: las fuerzas de conquista confiadas aquí al dólar, allá a las ideas. En el fondo, teocracia, en Boston como en Moscú». Fiel a su método de investigación psicológica Durtain busca la prueba de estas semejanzas, dentro de la oposición, en el hombre de la calle. «Mirad -dice- los rostros en las calles de Chicago; ved después los de Moscú. Escuchad, aquí y allá, hablar a los hombres. Buscad la cantidad de satisfacción real...». Sin duda, Norteamérica asegura a sus hombres un confort material mucho mayor. Pero Rusia, donde el Estado de nada se preocupa tanto como del bienestar físico, con medios más modestos mantiene a los suyos en un equilibrio moral de fundamentos más nobles y humanos.

Para llegar a estas conclusiones, Luc Durtain se atiene a los datos obtenidos en sus propias pruebas, en sus propios sondeos. Sus notas sobre las calles de Moscú, los tipos que circulan por ella, los mercados y los almacenes, el tránsito urbano, los bancos y las cooperativas, los restaurantes y los comestibles, la escuela, el libro y el teatro, las costumbres, la mujer y el niño, las fuerzas y los adversarios del régimen, constituyen un documento de gran valor informativo y artístico que por sí solos convidan al más reacto, al más hostil, a la lectura del libro. Luc Durtain se ha acercado a la vida rusa con la más pura simpatía humana; pero no sin cierta cautela de cirujano, no sin cierta ironía parisiense, no sin cierta desconfianza

semiburguesa, que ponen a su objetividad a cubierto de todas las fallas a que podría exponerse un espíritu propenso al entusiasmo y a la admiración.

Moscú y su Fe se subtitula el libro. Porque la fuerza creadora, la virtud sobrenatural de esta nueva Europa, reside para Luc Durtain en su fe revolucionaria, en esa creencia y en esa esperanza, que dan tan extraordinario sentido histórico a los esfuerzos de la Rusia soviética. Durtain quiere comportarse con la sagesse de aquel cortesano que el 14 de julio del asalto a la Bastilla, decía a Luis XVI: «No es una revuelta, Sire, es una revolución». Hoy tal vez, hay que decir, según Durtain: «No es una revolución, es una religión nueva».

Su diagnóstico acepta la decadencia del Occidente europeo. «Los protagonistas de otro tiempo, el genio latino, germánico, o anglosajón, retrocediendo a modo de comparsas hacia el fondo de la escena, en tanto que -viniendo de los lados opuestos de ésta, derecha e izquierda- actores inesperados, Moscú y Washington, avanzan a las candilejas: tal es la peripecia de los nuevos tiempos». El conflicto implacable, el choque eliminador entre estos dos órdenes no parece, por lo demás, indispensable a corto plazo. Comunismo y capitalismo pueden coexistir mucho tiempo como han coexistido y coexisten catolicismo y protestantismo. Porque para Luc Durtain la mejor analogía, a este respecto, es siempre la que puede encontrarse en el paralelo de dos religiones.

* Publicado en Variedades: Lima, 8 de Diciembre de 1928.

- EL PROBLEMA DE YUGOESLAVIA LOS CROATAS CONTRA BELGRADO*

La historia de Belgrado, la capital del reino servio ayer, del reino servio-croata-esloveno desde la victoria aliada, parece marcada por un signo trágico. Los capítulos de su política se cierran con uno o varios asesinatos, como los más truculentos dramas de otro tiempo. El reinado de Pedro Karageorgevich arrancó de la más balcánica de las tragedias reales. (El asesinato de Sarajevo, que prendió fuego a Europa en 1914 es un episodio de la historia de Belgrado). Hoy, el asesinato de los jefes de la oposición croata, en plena sesión del parlamento de Belgrado, el 20 de junio último, es la señal de una lucha a muerte que no concluirá probablemente sino con el derrocamiento de una dinastía. Según afirma Vladimiro Raditch, hijo del célebre Esteban Raditch, muerto en agosto último a consecuencia de las heridas que recibiera en esa sesión sangrienta, ese asesinato "ha enterrado definitivamente, y para siempre, la estructura actual del Estado. Este régimen no existe más para el pueblo croata".

Se recuerda la insólita tragedia. Dos diputados de la oposición croata Pavlé Raditch y Gjoure Bassaritchev fueron muertos ese día en el Parlamento. Las balas de los diputados ministeriales hirieron mortalmente al viejo Raditch, jefe del partido campesino croata, a quien en la lucha contra el centralismo servio seguían masas fanáticas. Los Diputados croatas y servios que pertenecen a la coalición agrario-demócrata se retiraron del parlamento nacional. Y, reunidos en Zagreb, en la dieta croata, declararon el desconocimiento de esta asamblea y de todo el régimen constitucional. Desde ese instante, las fuerzas políticas que componen la coalición, se encuentran en abierta rebelión contra el Estado y la carta constitucional en que éste reposa.

Con esta declaración, la oposición croata no hace más que volver a su primitiva actitud. La constitución del reino servio-croata-esloveno careció desde su origen del consenso croata. Croatas y eslovenos que, dentro de Austro-Hungría, habían conservado ciertos derechos administrativos y se habían elevado a un nivel de educación política superior al de los servios,

fieles aún al estilo balcánico, propugnaban un régimen federativo que asegurase a cada una de las partes del nuevo Estado una relativa autonomía administrativa. Pero la clase gobernante servia, que se sentía absolutamente apoyada por las potencias vencedoras, no estaba dispuesta a renunciar a su predominio. Y aprovechó de esta ventaja para imponer al país una constitución de su gusto. Los grupos croatas y eslovenos hicieron, desde entonces, de la revisión de esta Carta la más esencial de sus reivindicaciones. Y el partido campesino acaudillado por Raditch se destacó en esta agitación por el numeroso proselitismo con que contaba en las masas su programa agrario.

Hubo un tiempo en que, puesto casi fuera de la ley, este partido daba la impresión de entrar en una vía insurreccional. Esteban Raditch adhirió a trabajos revolucionarios, con sede en Moscú, para crear una internacional campesina. La cooperación del partido agrario y del partido comunista parecía probable. Los comunistas habían obtenido, a poco de la organización de sus filas, dos-cientos mil votos sobre millón y medio de sufragios nacionales y 59 asientos en la cámara sobre un total de 419. No obstante la represión gubernamental, constituían una fuerza enorme. Los campesinos de Raditch tenían para actuar enérgica y eficazmente contra el régimen el doble estímulo de la cuestión agraria y de la cuestión constitucional.

Pero de pronto se produjo un cambio de conversión en Raditch y sus adeptos. El número de puestos ganado por este partido en las elecciones de representantes y la amenaza constante de una insurrección indujeron a Patchitch, el patriarca de la burguesía servia y jefe de la reacción, a atraer a Esteban Raditch a una política colaboracionista. Los políticos ingleses, según declara el propio Vladimiro Raditch, decidieron al líder croata a situarse en el terreno parlamentario y seguir una línea transaccional. Entre el compromiso, aconsejado por Londres y la revolución, propuesta por Moscú, Esteban Raditch prefirió el compromiso. Hay que hacer a su resolución el honor de suponerla ajena a toda sugestión mezquina. Pero una vez más se comprobó en la historia el peligro de que la suerte de un partido de masas esté en manos de un caudillo de autoridad absoluta y tipo taumáturgico. Raditch se equivocó. Ha pagado su error con su vida; pero a su causa este error le ha costado todavía más.

Después de un fugaz período de participación en el gobierno y de asistencia al parlamento, la oposición campesina vuelve a la lucha ilegal. El asesinato de tres de sus representantes y su máximo caudillo, ha abierto entre ella y el parlamento de Belgrado un abismo que el puente de ninguna transacción puede ya salvar. Vladimir Raditch anuncia la voluntad de las masas de

luchar hasta el fin. Esta misma era su voluntad cuando hace cuatro años Esteban Raditch las condujo al compromiso y las obligó a la espera.

Para defender al régimen no vigila ya en Belgrado el viejo Patchitch. La corte de Belgrado ha perdido con este veterano servidor, a su más experto político. Se habla, de vez en vez, como de una solución para el problema de Macedonia, de la reunión en un solo Estado de Bulgaria y Yugoslavia como también se llama el reino servio-croata-esloveno. Pero esta idea no podría realizarse sino después de otra guerra y con otro Patchitch, más experto y redomado todavía, como gerente. Además, en el plano de las previsiones y proyectos para el porvenir, la ha desplazado ya una idea más grande: la de la Federación de los Estados Balkánicos. Federación igual a desbalkanización, ha insinuado ya alguien.

* Publicado en Variedades, Lima, 15 de Diciembre de 1928.

- LA AMERICA LATINA Y LA DISPUTA BOLIVIANO-PARAGUAYA*

La facilidad suramericana, tropical, con que dos países del Continente han llegado a la movilización y a la escaramuza, nos advierte que las garantías de la paz en esta parte del mundo son mucho menores de lo que, por optimismo excesivo, nos habíamos acostumbrado a admitir. Sud-América como Centro-América, si nos atenemos a este aviso repentino, pueden convertirse en cualquier instante en un escenario balcánico. Un choque de patrullas, un cambio de invectivas, basta -si hay de por medio uno de esos pleitos de confines, que en nuestra América reemplazan a las cuestiones de minorías nacionales- para que dos pueblos lleguen a la tragedia.

La paz, como acabamos de ver, no tiene fiadores. Ni los Estados Unidos ni la Sociedad de las Naciones, en caso de inminencia guerrera, van más allá del ofrecimiento amistoso de sus buenos servicios. El pacto Kellogg, el espíritu de Locarno* no tienen -para América menos aún que para Europa- sino un valor platónico, diplomático. La paz carece no sólo de garantías materiales -el desarme- sino de garantías jurídicas. Si los combates paraguayos y bolivianos no hubiesen coincidido con la celebración de la Conferencia Pan-Americana de Conciliación y Arbitraje, en Washington, habría faltado el organismo capaz de mediar con autoridad entre los dos países. El Gobierno de Washington y la Sociedad de las Naciones se neutralizan cortésmente; el monroísmo descubre su sentido negativo, su función yanqui, no americana. Estados Unidos encuentra en una revolución como la de Nicaragua motivo suficiente para intervenir con sus barcos, sus aviones y su marinería; pero, ante un conflicto armado entre dos países hispano-americanos, siente la necesidad de no rebasar el límite de la más estricta y prudente neutralidad. [*Conferencia de paz que siguió a la guerra de 1914]

Los problemas de política interna concurren a hacer extremadamente peligrosa cualquiera fricción. En el caso de Bolivia, la situación del gobierno de Siles parece haber jugado un rol decisivo en el inflamamiento y exageración de la cuestión creada por el ataque paraguayo. (Ataque que habría estado precedido de la incursión de tropas bolivianas en territorio

situado bajo la autoridad del Paraguay. No discuto los comunicados oficiales. Los términos de la controversia no interesan a mi comentario). El gobierno de Siles es un gobierno de facción, que tiene como adversarios no sólo a los que lo fueron del gobierno de Saavedra, sino también a una gran parte de los saavedristas. Su estabilidad depende del ejército. Su política internacional tiene que entonarse, por ende, a un humor militarista. El llamamiento a las armas, el grito de la patria en peligro han sido, muchas veces, en la historia, excelentes recursos de política oligárquica. En Bolivia, Siles ha asido la oportunidad para constituir un ministerio de concentración que ensancha las bases partidistas de su política. Escalier y Abdón Saavedra se han puesto a sus órdenes. Don Abdón, ruidosamente expulsado a poco de la ascensión de Siles al poder, ha regresado a Bolivia. Puede suceder que, con todo esto, los riesgos para el porvenir se compliquen y acrecienten. Que el frente interno, la concordia de los partidos, signifique para el gobierno de Siles la amenaza de un caballo de Troya. Pero las oligarquías hispano-americanas han vivido siempre así, alternando la violencia con la astucia, girando contra el porvenir.

Sin estos elementos de excitación artificial, agravados por temperamentos más o menos patéticos, más o menos propensos al vértigo bélico, sería inconcebible el que una escaramuza de fronteras, un choque de patrullas -es decir un episodio corriente de la vida internacional de este Continente donde las fronteras no están aún bien solidificadas y definidas- pudiese ser considerado seriamente como un motivo de movilización y de guerra.

Los riesgos de conflicto armado se explican, sin duda, mucho más en Europa superpoblada, dividida en múltiples nacionalidades — nacionalidades reales y distintas— forzada mientras subsista el orden vigente a un difícil equilibrio. En este Continente latino-americano que, con excepción del Brasil, habla un único idioma, y que no tiene luchas ni competencias tradicionales, las rivalidades que enemistan a los pueblos, y que pueden precipitarlos en la guerra son, al lado de las diferencias europeas, menudas querellas provincianas.

Lo más inquietante, por esto, en los últimos acontecimientos, es que no hayan suscitado en la opinión pública de los pueblos latino-americanos, una enérgica, instantánea, compacta y unánime afirmación pacifista. La defensa de la Paz ha sido dejada a la prensa, a los gobiernos. Y la acción oficial, sin el requerimiento público, no agota nunca sus recursos. Tal vez la sorpresa ha dominado y paralizado a las gentes. Quizás los pueblos no han salido todavía del estupor. Ojalá sea ésta la explicación de la calma pública. El deber de la inteligencia, sobre todo, es, en Latino-América, más que en ningún otro sector del mundo, el de mantenerse alerta contra toda aventura

bélica. Una guerra entre dos países latino-americanos sería una traición al destino y a la misión del Continente. Sólo los intelectuales que se entretienen en plagiar los nacionalismos europeos pueden mostrarse indiferentes a este deber. Y no es por pacifismo sentimental, ni por abstracto humanitarismo, que nos toca vigilar contra todo peligro bélico. Es por el interés elemental de vivir prevenidos contra la amenaza de la balcanización de nuestra América, en provecho de los imperialismos que se disputan sordamente sus mercados y sus riquezas.

* * *

Mi artículo del número anterior de Variedades,* -por consideraciones que en cuanto importan atención a mis escritos no tengo sino que agradecer- no ha podido pasar sin protesta de mi distinguido amigo don Alberto, Ostría Gutiérrez, Ministro de Bolivia. Mis opiniones, sobre la cuestión boliviano-paraguaya, en general, no se avienen sin duda con los términos diplomáticos de los comunicados oficiales de Bolivia ni del Paraguay: me sitúo, ante este, como ante cualquier otro acontecimiento internacional, en un terreno de interpretación, no de crónica. Indago, quizá con alguna audacia, por razones de temperamento y de doctrina, lo sustancial, diversa y opuestamente a la diplomacia que tiene que contentarse con lo formal. Me es imposible, por tanto, discutir con el Sr. Ostría Gutiérrez, insistiendo en mis apreciaciones. El Sr. Ostría Gutiérrez, concede, en riguroso acuerdo con sus deberes de diplomático, todo su valor oficial, a convenciones que mi juicio, libre de toda traba, rebasa totalmente. Así, para el señor Ostría Gutiérrez, el gobierno del señor Siles no es un gobierno de facción porque reposa en dos partidos; pero para mí, estos dos partidos, uno de los cuales se ha formado precisamente al calor de este gobierno y tiene, por tanto, una discutible identidad, no son sino una facción de la burguesía boliviana. Sabemos demasiado el valor que se puede conceder a los partidos en nuestra política suramericana, tan dominada por los personalismos. Los partidos, en estos escenarios, se componen y descomponen con asombrosa facilidad en torno de las personalidades. Poco representaba la fuerza gubernamental de los nacionalistas y republicanos -divididos los últimos en dos ramas-, ante la oposición de Saavedra, Montes, Escalier, etc., que ahora se estrechan la mano, aunque no sea sino precariamente, en un frente único, del que se beneficia, también por el momento, el gobierno del señor Siles. El señor Ostría Gutiérrez, en su íntima consciencia de intelectual, convendrá en que los dos estamos en nuestro papel, con una circunstancia en mi favor: la de que mi crítica no está embarazada por obligaciones ni responsabilidades de funcionario. Siento una gran amistad por el pueblo boliviano, por sus buenos intelectuales, con algunos de los cuales cultivo las mejores relaciones: pero no tengo ninguna simpatía por el gobierno del

señor Siles, como no la tendría por el gobierno de un Escalier, un Montes,

etc. [* Este artículo lo publicó José Carlos Mariátegui en **Variedades**, el 29 de Diciembre de 1928, con motivo de una carta que le enviara el señor Alberto Ostría Gutiérrez, Ministro de Bolivia, cuyo texto es el siguiente;

Lima, 24 de Diciembre de 1928.

Señor don José Carlos Mariátegui.

Ciudad.

Mí distinguido amigo:

Sin pretender discutir los términos del comentario que, acerca del, reciente conflicto boliviano-paraguayo, publica Ud., en el último número de la revista **Variedades** y que me merece el más alto respeto por venir de Ud., me permito en honor a la verdad, expresarle lo siguiente:

1º- Que la situación del gobierno del doctor Siles no ha jugado ningún rol en dicho conflicto, motivado solamente por el sorpresivo ataque al Fortín "Vanguardia", que ha sublevado muy justificadamente el sentimiento patriótico de todos los bolivianos.

2º- Que el gobierno del doctor Sitas no es un gobierno de facción, pues con él colaboran dos partidos de opinión, el Nacionalista y el Republicano, además de varios eminentes hombres públicos de los otros partidos políticos,

3º- Que si bien en Bolivia como en todas partes del Mundo el ejército contribuye a la estabilidad del gobierno, cumpliendo así uno de sus fines, que es el mantenimiento del orden público, el señor Siles, no "se ha asido -como Ud. por error afirma- a la oportunidad para constituir un gabinete de concentración" (cosa que pudo haber hecho a su voluntad y en cualquier momento) sino que, dando evidente prueba del mas elevado patriotismo, ha realizado lo que el renunciamiento a los intereses de la política interna aconsejaba realizar en una hora de prueba: la unificación nacional, para afrontar, con el concurso de todos, el peligro de la guerra. En esta virtud, la formación del gabinete de concentración no ha obedecido, pues, al deseo de atraer a los partidos de oposición, sino al deber de defender el país contra la agresión extranjera.

Rogándole hacer públicas estas aclaraciones y agradeciéndole anticipadamente, me repito su atento y seguro servidor.

Alberto Ostría Gutiérrez,

Ministro de Bolivia]

Esta explicación de mis puntos de vista, me exime de toda réplica.

* Publicado en Variedades: Lima, 22 de Diciembre de 1928



Información disponible en el sitio ARCHIVO CHILE, Web del Centro Estudios "Miguel Enríquez", CEME: <http://www.archivochile.com> (Además: <http://www.archivochile.cl> y <http://www.archivochile.org>).

Si tienes documentación o información relacionada con este tema u otros del sitio, agradecemos la envíes para publicarla. (Documentos, testimonios, discursos, declaraciones, tesis, relatos caídos, información prensa, actividades de organizaciones sociales, fotos, afiches, grabaciones, etc.)

Envía a: archivochileceme@yahoo.com y ceme@archivochile.com

El [archivochile.com](http://www.archivochile.com) no tiene dependencia de organizaciones políticas o institucionales, tampoco recibe alguna subvención pública o privada. Su existencia depende del trabajo voluntario de un limitado número de colaboradores. Si consideras éste un proyecto útil y te interesa contribuir a su desarrollo realizando una DONACIÓN, toma contacto con nosotros o infórmate como hacerlo, en la portada del sitio.

NOTA: El portal del CEME es un archivo histórico, social y político básicamente de Chile y secundariamente de América Latina. No persigue ningún fin de lucro. La versión electrónica de documentos se provee únicamente con fines de información y preferentemente educativo culturales. Cualquier reproducción destinada a otros fines deberá obtener los permisos que correspondan, porque los documentos incluidos en el portal son de propiedad intelectual de sus autores o editores. Los contenidos de cada fuente, son de responsabilidad de sus respectivos autores, a quienes agradecemos poder publicar su trabajo. Deseamos que los contenidos y datos de documentos o autores, se presenten de la manera más correcta posible. Por ello, si detectas algún error en la información que facilitamos, no dudes en hacernos llegar tu [sugerencia / errata..](#)

